

se

RUBEM FONSECA

El caso Morel



Lectulandia

El fotógrafo Paul Morel recibe una inesperada visita en la celda donde está prisionero. El comisario Matos y su amigo Vilela, un famoso novelista, están dispuestos a todo para averiguar cuanto se refiere al crimen que imputan al artista. Este, al parecer, está escribiendo una autobiografía con la que pretende confesar unos actos que ni en sus más retorcidas pesadillas Matos podría llegar a imaginar. Pero ¿qué hay de ficción y qué de realidad en tan delirante texto? Sexo, violencia, depravación, abusos... todo cabe en el relato. ¿O quizá era eso su vida?

Lectulandia

Rubem Fonseca

El caso Morel

ePub r1.0

Titivillus 27-04-2019

Rubem Fonseca, 2012
Traducción: Carlos Peralta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

1

Matos y Vilela se encuentran en la puerta de la penitenciaría. Solo, Vilela tendría dificultad para entrar, pero con Matos las puertas están abiertas. Llegan a la celda de Morel.

Un cubículo pequeño. Cama estrecha con colcha gris. Mesa llena de libros, radio portátil, palangana, letrina, más libros apilados en el suelo.

Morel es un hombre flaco, pálido, de pelo oscuro, ya gris en las sienes. Surcos profundos le marcan la cara. Viste camisa blanca y pantalón color ceniza, arrugado. Posiblemente duerme con esa ropa.

—Tengo aquí dos de sus libros.

Los busca y solo encuentra uno.

—El otro desapareció. ¿No quiere sentarse? —Morel le indica a Vilela la única silla de la celda.

—Los dejo solos. Todavía tengo mucho que hacer —dice Matos.

—Gracias. —Morel aprieta la mano de Matos.

—Se van a entender bien. Cuando quiera salir, golpee la puerta y mande llamar al inspector Rangel.

Sale Matos.

—No sé cómo empezar —dice Morel—. El rey le dijo a Alicia: «comienza por el principio, luego sigue, y cuando llegues al final te paras». Pero ¿dónde está el principio?

Vilela:

—También puede empezar por el final y terminar por el principio o en el medio.

—Necesito su ayuda.

—Dígame cómo.

—Tengo que escribir un libro. ¿Matos se lo comentó?

—Me dijo que usted quería hablar con un escritor.

—Quiero ayuda para escribir un libro.

—Cuanta menos ayuda de los demás, mejor.

Morel reflexiona unos instantes.

—Estoy vacío.

—Así es como se escribe.

—Quiero tener la certeza de que se publicará.

—No puede tener esa certeza.

Morel está sentado en la cama. Se recuesta lentamente, con los brazos cruzados sobre los ojos. Vilela coge un libro sobre la mesa: *Visión e invención*.

—¿De qué sirve escribir, si nadie lo leerá?

—Siempre sirve.

—Paso las noches soñando con mi carrera literaria. —La ironía es forzada

—. ¿Quiere un bizcocho?

Una lata de bizcochos debajo de la cama.

Comen bizcochos.

—¿Dónde encontró ese montón de libros?

—Son míos.

—¿Quién se los trajo?

—El doctor Matos. Le di la llave de mi casa. Le pido los libros, él los busca en mi estantería y me los trae. A veces me compra algún libro, pero su gusto no coincide mucho con el mío.

—¿Ya ha escrito algo? —pregunta Vilela.

AVERTISSEMENT

Ce livre n'est pas fait pour les enfants, ni même pour les jeunes gens, encore moins pour les jeunes filles. Il s'adresse *exclusivement* aux gens mariés, aux pères et mères de famille, aux personnes sérieuses et mûres qui se préoccupent des questions sociales et cherchent à enrayer le mouvement de décadence qui nous entraîne aux abîmes.

Son but n'est pas d'amuser, mais d'instruire et de moraliser.

DR. SURBLED, 1913.

Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia.

Recuerdo que cuando entré en el *cabaret*, en Sao Paulo, la vieja Dorotea me pidió en seguida que le tocara la guitarra. Por desgracia no era posible, yo no sabía tocar la guitarra.

En Belo Horizonte el cielo estaba limpio. Yo salía con los bolsillos llenos de mandarinas y andaba por las calles tratando de chutar todas las cáscaras. En B. H. no era músico.

—De inmediato vi en tu cara que eras un hombre de mar —dijo Marlene Lima, que se pasó la vida tratando de ser actriz de cine y ahora era una treintañera descartada. Estábamos en la zona. Le describía a Marlene mis aventuras en los países de Asia.

En Río volví a mi impostura de músico de orquesta. El portero del hotel me miraba con respeto; quería ser músico, intentaba tocar el saxo, el trombón, pero tenía el pecho débil.

Las *boites* de la ciudad.

—¿Puedo ofrecerle una copa?

—¿Qué eres? ¿Un industrial rico o un vagabundo?

—Un industrial rico.

—¿De dónde?

—Sao Paulo.

—Ah, Sao Paulo... ¿Queda lejos de Porto Alegre?

Tenía acento de gringa europea. Alta, rubia, de ojos azules. Había conocido a un tío en Porto Alegre.

—¿No le conoces? ¿A Carlos Rocha?

—No.

Se apoderó de mi sexo. Preguntó:

—¿Quieres que te haga feliz?

Quería hacerme feliz allí mismo, en la barra del bar. Rápido y sin dolor.

—Aquí no, vamos a otro lugar —le dije.

—La gente paga doscientos para estar conmigo.

—Está bien.

—Pero solo si tienes un preservativo.

Salí y fui a la farmacia.

Volví a su lado. Le mostré el paquetito.

Eran las tres de la mañana.

Salimos a coger un taxi.

—Isla del Gobernador.

El conductor no quería ir. Violenta discusión. La mujer y yo ganamos.

Una casa pobre, increíblemente cálida. Diciembre. Las paredes llenas de fotos. Ella a los seis años, a los siete. A los quince, a los dieciocho. Siempre sola. Ni padre ni madre. Sola. Sin amigos.

—¿Sabes? Nosotros, los trapecistas, tenemos los pies muy hábiles —dijo. Supe entonces que había sido trapecista de niña. Había venido con sus padres, que trabajaban en el circo Sarrasani.

Pedí un *whisky*. Solo tenía coca o guaraná.

—Mi amigo de Porto Alegre es un intelectual. No me fío de los intelectuales.

—Yo tampoco.

Durante quince minutos se estuvo quitando horquillas del pelo. Era bonita. Me abrí la bragueta y me exhibí.

—Calma, muchacho, ¿dónde está el preservativo?

Los romanos inventaron el preservativo, según cuenta Antonius Liberalis en las *Metamorfosis*. En 1564 el doctor Fallopio lo redescubrió, al recomendar el uso de un saquito de

lino para prevenir las infecciones venéreas^[1].

Me dieron ganas de irme.

—Me voy.

—Calma.

Fui hasta el espejo que había en el cuarto. En verdad, tenía precisamente la cara peligrosa del tío con gonorrea.

Traté de pedir un taxi por teléfono sin conseguirlo.

—Me voy.

En la cara de la extrapequista vi que estaba como la mierda, igual que yo.

—¿Es por el preservativo? —Ya no tenía el aire de una persona de pies expertos. Era una mujer cansada.

—No.

—¿Los doscientos cruzeiros? ¿Esa es la razón?

—Me quiero ir. No es más que eso.

Se puso el pulgar en la boca y empezó a morderse las uñas.

—Hasta luego —dije.

Ella contestó:

—No tienes mi teléfono. —Sin inflexión, como si no supiese lo que decía.

Y yo:

—Así es, no tengo tu teléfono.

Salí.

Pensé: «nadie anduvo nunca por este lugar a pie, de madrugada». Tuve miedo. Grité «¡Paul Morel!» varias veces, para acostumbrarme al nombre.

En la avenida Brasil cogí un taxi.

Al llegar al hotel encontré un telegrama donde decía que mi madre había muerto y que la habían enterrado en su pueblo. Traer el cuerpo costaba mucho dinero.

Tiempo.

Aquel día en que todo comenzó y volví a encontrar a Joana, me desperté como siempre, con una sensación de desperdicio. Habían pasado muchos años.

Me levanté de la cama enfadado conmigo mismo, sin recordar si el ridículo papel que hice fue ayer o la semana pasada. ¿Dónde? ¿En casa de alguien? ¿Qué había ocurrido?

Mi cuarto estaba completamente desordenado. Al separarme de Cristina, una neurótica compulsiva, le dije: «Cuando te vayas, pondré esta mierda patas

arriba, basta de arreglar, de aspiradores de polvo, de gente que limpia y toca mis libros y mis cuadros, esto se va a convertir en una selva virgen».

(Me parece que exageré un poco).

Las ropas desparramadas por el suelo, junto con cámaras, lentes, fotos, botellas, libros, pedazos de chatarra, telas, tubos de color, discos, vasos. Mi cabeza, un palimpsesto.

Debajo de la ducha, sentado en el suelo, el agua fría caía sobre mí. «Lo que sientes son náuseas», dije en voz alta. Lo peor era que no tenía qué vomitar, mi ansiedad era otra.

Sonó el teléfono. Salí chorreando de la ducha, dije que no había nadie en casa, que era una grabación, «el viento no se lleva las palabras, cuidado con el acetato».

—¿Estás sobrio?

—No.

—Espera un momento, no cuelgues, soy Roberto.

Quería que hiciese fotos de cerveza.

—No voy a perder tiempo en eso.

—Es un desafío.

En algún lugar de la casa había una montaña de revistas internacionales de artes publicitarias, y en ninguna había una foto de cerveza, y si había alguna, era una mierda.

—Vamos a conversar —insistió. Era un hombre paciente.

—Ahora estoy todo mojado. Me has sacado de la ducha.

—Entonces te llamaré más tarde.

Enjabonándome el cuerpo: cada vez más flaco, ojeras negras, una imagen romántica. Todas las mujeres me hacían caso. Repugnancia.

Ese día estaba decidido a dejar de beber, a reintegrarme a la sociedad; ceder, transigir, maniobrar.

—¡Haré todo lo que quieran! —exclamé mientras me miraba la cara en el espejo.

Sonó el teléfono. Cocktail en casa de Miguel Serpa.

Después Roberto de nuevo. Era el director de la Andrade & Leitão.

Nada debemos temer
excepto las palabras.

—¿Puedes hablar?

—Sí.

—¿Entonces? ¿Haces las fotos?

Pensé un poco.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana. Hoy estoy muy apagado.

—Está bien. Mañana. Un abrazo. Cuento contigo. —Desde luego.

El verdadero escritor nada tiene que decir.

Tiene una manera de no decir nada.

Miguel Serpa me recibió con gran deferencia.

Muchas mujeres. Identifiqué en seguida a la señora Elisa Gonçalves. Cubierta por un vestido largo, sus movimientos eran equilibrados, tensos; sentía en mi propio cuerpo cada paso que daba, como si estuviéramos abrazados. Elisa caminaba impaciente por los salones, fumando, inquieta. Yo la conocía de oídas y retratos. Nunca me interesó, pero ese día sentí, inesperadamente, una atracción terrible.

Otra vez Elisa: cara delgada, ósea, pelo negro, boca grande y labios gruesos, ojos oscuros brillantes, expresión alerta. Me puse a imaginar actos lascivos con ella. Me quedé de pie a cierta distancia, observándola sin que se diera cuenta.

En ese instante apareció Joana, acompañada por sus padres, el embajador y la embajadora Monteiro Viana. Traté de seguirlos con la mirada, pero en seguida desaparecieron en medio de la multitud. Había, como mínimo, trescientas personas en el enorme apartamento de Serpa. Me hubiese gustado ver a Joana cerca de Elisa. Joana, decía de Elisa: «Un vejestorio sin gracia que cada año se hace recortar su propia y execrable piel flácida». Joana tenía veinte años exactos. Elisa estaba al final de la treintena.

Me acerqué a Elisa. Ella y quienes la rodeaban dejaron de hablar.

—Todos sus retratos están mal hechos. Ninguno tiene profundidad, ninguno es usted.

—¿Retratos? —respondió cortésmente Elisa.

—Fotos. Solo conozco las fotos. Permítame que me presente.

—Ya sé quién es usted y no me interesa. —Elisa siguió conversando con la persona que tenía al lado.

Vagué por los salones de Serpa, después del desprecio de Elisa, bebiendo con rapidez para embriagarme.

Encontré a Joana.

—¿Por qué no nos vamos de aquí? —preguntó Joana.

—¿Adónde quieres ir?

—A un lugar donde puedas explicarme qué son las Series de Fibonacci —dijo Joana, riendo.

—No sé si tengo ganas. Creo que me estoy volviendo impotente.

—¿Quieres quedarte aquí, entre estos advenedizos endomingados?

—Ya te he dicho que estoy flojo. ¡Ah, ojalá fuera un campeón de alcoba!

Su belleza me aceleró violentamente el pulso y me secó la boca. Nadie hubiera podido dejar de mirarla: era muy delgada, de senos pequeños, vientre plano, flancos rectos. Su triángulo estaba apenas erizado de vello suave. Me atormentaba exasperando mis deseos.

Levanté su cuerpo y apreté mis labios contra los suyos.

—Yo haré que tengas ganas.

—No sé.

—Salimos de aquí y compramos un látigo —dijo Joana.

—A esta hora no encontraremos una tienda abierta donde comprarlo —le contesté, mientras sentía un fuerte estremecimiento en mi cuerpo.

—Voy a buscar uno a la hípica. ¿No me quieres pegar con un látigo?

—Está bien.

—Salgo primero. Cojo el látigo y nos encontramos en tu apartamento.

Exit Joana.

Volví al salón para ver si conseguía alguna mujer. Yo no pensaba en otra cosa. Encontré una.

—¿Tienes papel en el bolso?

—Déjame ver... Sí.

—¿Y un bolígrafo?

—Lápiz de cejas.

—Entonces apunta tu nombre y el número de teléfono.

Me puse el papel en el bolsillo y salí.

En el papel ponía: «Ligia», y el número de teléfono.

Cogí mi coche. Fui al apartamento. Puse música. Esperé a Joana, pensativo.

Por encima de todo, sé veraz contigo mismo.

Llegó Joana.

—¿Has traído el látigo?

—Sí.

Joana me entregó un paquete. Lo abrí. Una fusta con cabo de plata, para caballos de raza.

Miré a Joana, sus collares, su pañuelo en la cabeza. Sentí una gran ternura hacia ella. La abracé.

—Me gustas mucho.

—También tú a mí.

—¿Quieres que nos quedemos juntos, sin hacer nada?

—Buena idea.

Nos acostamos, abrazados.

—Estoy aprendiendo tantas cosas contigo.

—Nada...

—Color. Yo no sabía nada del color. ¡Qué mundo tan inmenso...!

—La percepción del color es una experiencia personal, extremadamente subjetiva. Es imposible enseñar a ver el color, y hasta es difícil enseñar a usarlo.

—Me quedo en casa y miro mis libros de pintura y recuerdo las cosas que me dijiste. Ayer, por ejemplo, fue la visión esquizoide de Francis Bacon...

La frase era mía, literalmente. Me dieron ganas de decirle que ahora hablaba cada vez menos. No quería hacer arte tradicional. Cajas, objetos, montajes fotográficos, hacía cosas así; después, en verdad, me había cansado. Los cretinos de los críticos, esos pobres diablos, rufianes de la creatividad, descubrían siempre significados esotéricos en toda esa basura.

Yo estaba vacío, mi única salida era pegotear, soldar chatarra, mentir, simular, engañar, copiar tanto como pudiese.

Echados ambos panza arriba, Joana, con una pierna alzada, mostraba el muslo largo y carnoso. Pasé las manos por sus piernas. Tenía los brazos abiertos, las dos manos bajo la nuca. Le veía las axilas depiladas.

No diga «sobaco»,
diga «axila».

Besé la cavidad que había en la juntura del brazo con el tronco. Fragancia de desodorante. Con la punta de mi lengua toqué el sobaco de Joana.

—Me pone la piel de gallina.

Nos arrancamos la ropa, con prisa.

—En el suelo —dijo Joana.

Joana se acostó, desperezó su cuerpo flaco, estiró los brazos y las piernas.

Me eché sobre ella. Joana apretó su rostro contra el mío. Lo aparté.

—Quiero ver tu cara mientras entro en ti.

La euforia de Joana me llenó de alegría y exaltación.

—Abre los ojos —le dije—. ¡Mírame!

Los dos nos mirábamos mientras nuestros cuerpos se movían.

Le cogí la cabeza con fuerza y la atraje hacia mí.

—¿No me vas a pegar?

—¿Con el látigo?

Nuestros movimientos, cada vez más violentos.

—¿Cómo me vas a pegar? ¿Aquí, acostada? O salgo corriendo, y tú me sigues, y me acorralas en un rincón y entonces me pegas, me pegas, me pegas...

—No sé, como quieras —conseguí decir.

—Pégame con la mano, será suficiente —pidió Joana.

Apoyado sobre la mano derecha, le di en la cara con la mano abierta. Joana cerró los ojos, con el rostro crispado, no emitió siquiera un sonido. Le di otro golpe, ahora con la mano derecha, con más fuerza.

—¡Pega, pega!

La golpeé con violencia. Joana soltó un agudo gemido. Continué golpeándola sin parar.

—Llámame puta...

—¡Putas!

—¡Más, más!

Llamé a Joana con todas las palabras sucias imaginables, le pegué en la cara con fuerza. Nuestros cuerpos, cubiertos de sudor. Lamí su rostro, encendido por las bofetadas recibidas. Nuestras bocas sorbían el sudor que goteaba de la cara del otro. De mi interior, de un hondo abismo, venía el orgasmo, una acumulada presión que explotaba.

3

Las visitas son los viernes.

—¿Qué le pareció? Aquí dentro no pienso más que en el sexo, el sexo... Dígame algo.

—Ese orgasmo apoteósico cierra el capítulo como si fuese el final de una opereta.

—¿No le extraña que un sujeto con miedo de volverse impotente tenga un orgasmo?

—Me olvidaba de la conversación de Paul Morel con Joana. El personaje, Paul Morel, ¿es usted mismo? En la realidad no existe ningún industrial llamado Miguel Serpa, ni la agencia Andrade & Leitão. Lo verifiqué —dice Vilela.

Morel no responde.

—¿Por qué usa su nombre?

—¿Tiene importancia eso?

—No.

—Usted me decepciona. La única realidad ¿no es la de la imaginación? Digamos que esto no es mi vida; lo único que quiero es su opinión sobre el escritor.

—Prefiero no decir nada. Al menos por ahora.

—Por ahora está bien. Yo estoy motivado en este momento. Pero si desisto, va a tener que estimularme. Por favor.

—Está bien. Si desiste.

—Escribo y rompo, escribo y rompo. Rompo más de lo que guardo. ¿Está claro? Deliberadamente, estoy tratando de escribir bien, como esos putos de la Academia —dice Morel. Y continúa—: Yo pensaba que los escritores guardaban todo en la gaveta.

—Algunos lo hacen.

—¿Tiene dificultades con mi letra?

—Ninguna. Conseguí una mecanógrafa para picar los folios que me da.
—¿Es bonita?
—Más o menos.
—Describámela.
—Es morena. Inteligente.
—¿Ya se ha acostado con ella?
Vilela parece sorprendido ante la pregunta. Morel se da cuenta.
—Perdón.
—No, no me he acostado con ella.
—Ayer me masturbé. Por primera vez desde que estoy preso.

Cuando llegué a hacer las fotos ya me estaban esperando la gente de la Andrade & Leitão y la modelo. El contacto de la agencia preguntó qué me parecía la chica. Contesté que casi no la había visto.

Querían hacer una de esas fotos comunes de mujer con una cerveza, en la línea de los placeres de la vida, la playa, el mar, el sol. Le dije que era una antigüedad, pero al contacto, llamado Alipio, le parecía que el público se olvidaba de las cosas, y que todo el mundo era imbécil, incluso el cliente cervecero. Entonces hice poner de fondo un mar que podía servir, preparé la Sinar con la lente *portrait* y me fui a hablar con la rubia, que fumaba tranquilamente. Me dijo que ya había posado antes, una sola vez, para una pasta dentífrica, y sonrió, mostrando la dentadura; no sabía el nombre del fotógrafo, solo que era un gordo con bigote.

—¿Sabes mi nombre? —le pregunté.

—Y tú ¿sabes el mío? —respondió. Imitaba el tono «estoy harto», de mi voz. Nos dijimos nuestros nombres. Se llamaba Carmen. Mientras se ponía el biquini, le hice bromas al hombre del estudio, llamado Jair, y le dije que ese mar era una porquería.

Quien piense que la fotografía es una profesión muy excitante se equivoca por completo. Los fotógrafos gigolós que acompañaban a las actrices por el mundo a finales de la década de los sesenta crearon esa ilusión. Ser fotógrafo es una bobería. Un fotógrafo consigue mujeres, pero un dentista también.

Cuando terminamos le dije a Alipio:

—Déjame que me lleve a la rubia. —No le gustó mucho la idea, pero terminó por aceptar.

Carmen salió del camerino y le pregunté si quería dar una vuelta.

—Depende —respondió.

—¿De qué depende?

—De la vuelta que quieras dar —me dijo.

Contesté que iríamos a comer algo y después a escuchar música a mi casa.

—Depende —repitió.

—¿De qué depende?

Quería saber cuánto le iba a pagar. Yo no esperaba eso, no estaba acostumbrado a pagar y se lo dije.

—Entonces, adiós.

Le pregunté si aceptaba un cheque y fuimos a un restaurante.

—No tienes el aspecto de una prostituta —le dije, y me contestó «*Part-time*», tranquilamente, pero con cierta amargura.

Durante la comida noté que se ponía triste por momentos; cuando le pregunté la razón dijo que era debido a su hijo, «un chico de cuatro años que vive con mi hermana». Toda puta tiene un hijo, pero no me detuve a pensar en lo que eso significaba. No sé por qué, pero esa historia del chico me desmotivó.

Maupassant se envanecía más de sus hazañas amorosas que de su literatura. «Puedo más de seis veces en una hora», decía. Afirmaba también que es más fácil escribir una novela que un cuento.

Vivió en una época en que la gente se moría de sífilis, incluso él mismo.

—Mira, ¿lo dejamos para otro día? —dije.

—Como quieras —contestó Carmen.

Me había olvidado del viejo, enfermo.

En el hospital.

Con una bomba de succión la enfermera extraía el catarro del pulmón del viejo que, con los ojos cerrados, procuraba impedir que el tubo de goma descendiera por su garganta.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Igual —dijo la enfermera, una mulata delgada con el rostro indiferente de las personas que viven del sufrimiento de los demás.

El viejo estaba así desde hacía un mes.

El catarro oscuro bajaba por el tubo transparente a un recipiente en el suelo. Era tan espeso que repetidamente la enfermera le quitaba el tubo de la garganta al viejo y lo sumergía en un frasco de líquido de color para eliminar la obstrucción.

—Ahora voy a darle la vuelta, el médico ha mandado que lo cambiemos de posición cada dos horas —dijo la enfermera—. ¿Quiere salir, por favor?

Desde el corredor oía el ruido del aparato de succión: parecía una gasolinera.

Cuando la enfermera salió volví al cuarto. Me quedé mirando los brazos flacos del enfermo, hinchados y manchados de negro, de tanto recibir suero y transfusiones.

Mi padre abrió los ojos.

—Cuando quieras saber cómo estoy, pregúntame. Estas vacas no saben nada.

—Pensé que dormías.

—Y no preguntes cómo está *él*. Tengo nombre.

—¿Cómo está, señor Alberto?

—Mal —respondió—. Me duele.

—¿Te tratan bien?

—Me dan inyecciones y el dolor se pasa, pero siento algo que me empuja hacia abajo; tengo miedo.

El viejo hizo una pausa.

—Tengo miedo de caerme de la cama.

Papá cerró los ojos. Esperé que se durmiese.

Salí sigilosamente, y cerré la puerta sin hacer ruido.

Cuando salía, el viejo abrió los ojos y suspiró. Yo no lo vi, pero abrió los ojos y suspiró. Para ser exacto, bostezó. Quería suspirar, y sin embargo bostezó. Estaba tan en las últimas que no podía suspirar.

4

Matos al teléfono.

—No me ha contado el resultado de la entrevista.

—Morel quiere que yo lea lo que escribe —responde Vilela.

—¿Y qué escribe? ¿Sonetos?

Matos suelta una carcajada. En la facultad le pusieron el sobrenombre de Astucia.

—Sonetos —confirma Vilela.

—¿Puedo verlos?

—Solo si Morel está de acuerdo.

—¿Pero no son para publicar?

—Cuando los publique, compre el libro. —Vilela imita la carcajada de Matos.

—Pregúntele si lo puedo leer.

Viernes, en la penitenciaría.

Vilela le dice a Morel:

—Matos me ha pedido que le muestre lo que usted escribe. No estoy de acuerdo.

—¿Por qué?

—No sé.

—Sí que lo sabe.

—Tal vez porque creo que un escritor no debe mostrar lo que escribe.

—A usted se lo muestro.

Vilela pasa por alto la observación de Morel.

—O tal vez porque me parece que Matos quiso tomarme por tonto.

—¿Cómo?

—No perdamos más tiempo con Matos —dice Vilela.

—¿Qué le pareció mi *Testament*? ¿Estoy demasiado *ouï sont les neiges d'antan*?

Morel mira a Vilela, inseguro. Vilela no responde. Junta los papeles y se despide.

Tiempo.

Lo importante no es preguntar como el cardenal Hipólito de Este a Ariosto, que le había dedicado el *Orlando Furioso*: «¿Dónde descubrió tantas historias, Ludovico?». Los Ludovicos tienen cada vez más historias para descubrir. La cuestión es saber si todavía interesan a alguien.

El último objeto de valor empeñado fue el reloj de oro de mi padre. Nunca sabíamos la hora. La iglesia protestante, cerca de casa, tenía un reloj en la torre, pero después la demolieron. Mamá cosía para fuera; mi hermano y yo trabajábamos de día y cursábamos la escuela nocturna. Era raro el día en que la familia se reunía a comer.

En aquella época mi padre tenía una peletería. En la ciudad hacía un calor insoportable todo el año; nunca vi clientes en la tienda de papá.

Era un hombre extraño, mi padre. Le ponía a mamá un abrigo de visón y ella desfilaba para nosotros en el estrecho salón mal iluminado en que vivíamos, encima de la tienda.

—Es el abrigo más bonito que hay en Brasil —exclamaba.

Una sonrisa delicada afloraba en el rostro de mamá; su piel tenía el mismo color que el abrigo. Parecía un circo de sueño, color ceniza, silencio y penumbra. ¡El más bonito del mundo!

Nos acostábamos con hambre, fantaseábamos hasta que el sueño nos vencía.

En el fondo había un cuarto separado por un pequeño sector de servicio.

Mamá reunió a la familia y nos preguntó si nos avergonzaría alquilar a un extraño una habitación de la casa.

—Puedo garantizar que es una cosa provisional —afirmó papá. A él sí le parecía indecoroso.

Alquilamos habitaciones durante muchos años. Nuestro primer inquilino se llamaba señor Guimarães. Un viejo portugués. Llegó con una maleta estropeada y un acuario con un pez dorado. Estaba separado y tenía dos hijos, un muchacho y una chica, que nunca lo visitaron. Vendedor ambulante. Estaba siempre sumergido en misteriosos pensamientos, de los que salió una mañana para decirme en el pasillo de casa:

—Un chico flaco, pero fuerte. —Caminó medio encorvado hasta su cuarto, abrió la puerta e hizo un gesto fatigado para llamarme. Se quitó las gafas con montura de carey, cogió una botella de la mesa de noche y le dio de comer al pez dorado.

—¿Cuánto ganas en la oficina?

Se lo dije.

—Levanta esa maleta del suelo. —Era una maleta de muestras, las cosas que vendía.

—¿Pesa mucho?

—A lo sumo diez kilos.

—¿Crees que podrás llevarla, digamos, toda una mañana?

Así empecé a trabajar para el señor Guimaráes. Salíamos de casa a las 8.30 y recorríamos las tiendas del centro. Vendíamos cinturones, bolsos y botones. Entrábamos en la tienda, hablábamos con el encargado de compras. El sujeto hacía un pedido. Pedía que pasáramos la semana próxima. Decía que no le interesaba. No nos recibía. Había solo cuatro alternativas.

Cuando nos mudamos a la calle Evaristo da Veiga, el señor Guimaráes vino con nosotros. Un día me pidió que le acompañase a Copacabana.

—Deja el muestrario, ya sabes que solo trabajamos en el centro.

En el autobús estaba muy encorvado, como si estuviese cabeceando, y sus ojos húmedos estaban muy abiertos y fijos a lo lejos. Bajamos, fuimos a la avenida Atlántica, caminamos por la calzada de la playa, y luego se detuvo y estuvo largo tiempo mirando la muralla de edificios.

—¿Ves esa casa? —preguntó por fin; su voz parecía venir de otro lugar, como si fuese el muñeco de un ventrílocuo, y también su cara parecía la de un fantoche castigado por el mal trato—. ¿Aquella de mármol blanco y vidrios oscuros? Allí vive mi hija con su amante rico. El otro día la fui a ver y no me recibió. Eso debe de haberla hecho sufrir mucho, pero ella no soporta las cosas feas y gastadas como yo. Quería decirle que la he perdonado.

Después volvimos a casa y el señor Guimaráes no volvió a hablar de su familia.

Un día... ¿cómo fue?

«Tomó demasiadas píldoras para dormir y murió, pobrecillo», dijo mi madre.

El señor Guimaráes estaba acostado en la cama de soltero, dura y estrecha, completamente vestido, con chaqueta, corbata, zapatos y calcetines negros... Recordé la última historia que me había contado: cuando su hija

abandonó la casa, se quedó despierto toda la noche, estremecido por la desgracia.

—Me levantaba a cada rato, ¿sabes para qué? Para ir al lavabo... Los viejos orinan...

Vinieron dos hombres de traje gris, y nos miraron como si hubiese un criminal oculto en casa. En seguida llegó un tío de gafas, que parecía refinado en comparación con los otros y que traía una maleta negra. Luego el ataúd vacío, el primero que vi en mi vida, cargado por dos hombres de uniforme.

Durante algún tiempo los extraños se quedaron en silencio mirando la puerta. Entonces apareció la hija del señor Guimaráes, apoyada en el brazo de su protector.

Inmediatamente los hombres empezaron a actuar. El de gafas tomó el pulso del señor Guimaráes, le alzó el párpado arrugado y examinó la pupila. Uno de los dos hombres de gris revisó la casa, mientras el otro le preguntaba a mamá:

—¿Dejó alguna carta, algo escrito? —Todos, como perros, miraban constantemente al jefe, que seguía del brazo con la joven, como figuras de una vieja postal. Era un hombre moreno de pelo lacio peinado hacia atrás, cejas gruesas, cara delgada y surcada de arrugas. Observaba los acontecimientos ligeramente enfadado. La mujer se apoyaba con fuerza en el brazo de su compañero, pálida, de ojos muy negros. Parecía sentir miedo y enojo por la casa y por el muerto.

El hombre de gafas le mostró al jefe el frasco de comprimidos.

—Pondré síncope cardíaco en el acta de defunción.

El jefe lo aprobó; fue un gesto imperceptible.

Colocaron al señor Guimaráes en el ataúd. Salieron sin prestar atención a la gente de la casa.

La maleta de muestras quedó en la habitación. Fábrica de cinturones, G. Lotufo.

Fui a ver a G. Lotufo. Estaba de viaje. Diariamente iba con la maleta al escritorio de la firma, en la calle de Andradas. Por fin el señor Lotufo me recibió. Le expliqué que el señor Guimaráes había muerto y que me proponía reemplazarle como vendedor de la fábrica.

—Ajá —dijo G. Lotufo—. ¿Qué edad tienes?

—Catorce.

—Ajá —repitió.

—Conozco a toda la clientela del centro —le dije.

—¿Y te sientes capaz de representar a G. Lotufo & Cia. Ltda.? Ajá. Un chiquillo de catorce años. —G. Lotufo se acarició la barba de dos días; se limpió las gafas con la corbata—. ¿Quién es el gerente de Pavilhão?

—El señor Gomes —respondí en seguida.

—¿Y de Escolar?

—El señor Monteiro.

—¿De la camisería Progreso?

—El señor Agostinho.

—¿Y de la Imperial?

—El señor Fonseca.

—Ajá —exhaló, como si tosiera—. Pueden ser todas mentiras, apenas conozco la plaza de Río. —G. Lotufo se limpió el sudor de la cara con un pañuelo cuadriculado. Alcé el muestrario sin esfuerzo, con la mano izquierda, para que viera que yo era fuerte, aunque delgado.

—No te puedo pagar la misma comisión que recibía Guimarães —declaró G. Lotufo.

Estuve de acuerdo.

5

—Esto no tiene nada que ver con las cosas que escribo. Es una carta para usted^[2].

Vilela trae una bolsa de ciruelas. Comen.

—Mi abogado es una bestia —dice Morel—. ¿Usted era abogado, verdad?

—Sí.

—¿Y también policía?

—Sí.

—Qué vida tan sórdida la suya. Policía, abogado, escritor. Siempre con las manos sucias.

—También he sido otras cosas.

—Pero no tan viles.

Vilela se queda callado.

—No me siento feliz de haberle escrito esa carta.

Vilela devuelve la carta a Morel.

—Llévesela. —Morel se encoge de hombros.

—¿Por qué no le ha pedido a Magalhães que editara su libro? —¿A quién? ¿A ese asno?

Morel parece más tenso. Profundos surcos cortan la carne de su rostro, entre las cejas, en las comisuras de la boca. Vilela ya ha visto esto antes en las personas confinadas.

Entré en el hospital y canté:

Cómo estás papá.

Tus ojos son muy azules.

Ah, ah, papá, de ojos azules, azules.

Luego bailé un poco.

—Siempre serás un payaso. Pero a tu edad yo tenía mucha más gracia que tú —dijo el viejo.

Le parecía que era mejor que yo en todo.

—¿Necesitas algo?

—¿Por ejemplo, qué? No puedo tener mujeres ni melocotones. Las cosas que más me gustaban —tosió.

—Y una botella de sangre fresquita, ¿eh?

—Buena idea. La sangre que me ponen aquí es una mierda. Incluso temo volverme sifilítico.

Me reí, pero el viejo no respondió.

—Pienso que no saldré más de esta cama, no veré París de nuevo. ¿Ya te conté mis aventuras en París? ¡Cómo amé en París!... Y aún mejor que el amor era caminar por los Champs Elysées una tarde de setiembre o de abril. Todo eso se acabó.

Su voz estaba llena de amargura, todo se había acabado, realmente.

El peor de todos los venenos.

—Pero no solo se acabó para mí —continuó el viejo, con voz débil—. También para ti. Se ha acabado el mundo. Antes de que Venecia se hunda, la petroquímica hará que las estatuas, podridas, exploten.

En la ventana se veían ramas de árbol, con las hojas sucias de polvo. Hacía varios días que no llovía.

—En Londres —continuó— los jóvenes escupen a los viejos.

Roma se ha convertido en un circo, y Viena, después de Schicklgruber, ya no ha sido nunca la misma.

Comprobé que el viejo estaba todavía más pálido que la vez anterior.

—Estoy como la Sibila presa dentro de la botella, pero no tengo valor para decir lo que ella decía.

La piel estirada, lustrosa, parecía parafina. No tenía el valor de decir, aunque fuera mentira, «quiero morir, quiero morir», nadie quiere morir, la gente dura todo lo que puede.

Dura, papá, dura.

Hacía diez días que no dormía, para no ser cogido por sorpresa.

Desde la recepción llamé por teléfono a Ligia.

En 1795 el infame *gourmet* Grimode de la Reynière fundó en París, en el Palais Royal, un club llamado *Diner des Mistificateurs*. Allí se comían los platos más sofisticados y se usaban abundantes afrodisíacos, en especial cantárida.

—Pensé que nunca ibas a llamar —dice Ligia.

—Mi vida es muy complicada.

—¿Alguna novedad?

—Todo viejo.

Nos quedamos en silencio. Yo estaba muy cansado.

—¿Tienes algún compromiso para hoy?

—Tengo, pero lo anulo. ¿Quieres que salgamos?

Nunca le he dicho que no a una mujer. Hubiera preferido que Ligia no pudiese salir, me había pasado el día lleno de gases, eructando. Aerofagia.

—Mi coche es un Karman Ghia rojo. Pasaré a buscarte a las nueve.

Echado en la cama miré mi sexo. Estaba caído, una tripa inerte. Siempre me ha dado vergüenza estar así delante de las mujeres. Mi pito parado es portentoso, modestia aparte; blando, casi desaparece.

Alguien que entendiera de penes, como W. H. Auden, por ejemplo, al ver el mío en reposo sabría por las arrugas de la piel que, duro, aumentaría mucho de ancho y de largo y que se pondría rojo y cubierto de venas salientes. Pero no todos tienen ojos de poeta para ver.

Las mujeres eran cada vez más bonitas. Y más poderosas, porque no necesitaban una erección para amar. Les bastaba con ser penetradas. En aquella época de transición era cada vez más difícil ser hombre.

Las nueve.

Me detuve en la puerta de la casa de Ligia. Yo había bebido ya algunas copas. Mientras esperaba, encendí la radio y escuché música.

Cuando Ligia llegó, bajé y le abrí la puerta. Un caballero.

—¿Vamos a comer? —pregunté.

—Vamos.

Esa compulsión de querer llevar a la cama a todas las mujeres me obligaba a hacer papeles absurdos como aquel. Conversaba con Ligia sin prestar la menor atención a lo que decía. Le dije que era bonita, hablamos de sus ojos verdes, y de vinos.

—¿Me vas a pintar desnuda?

Ya no recuerdo qué comimos, atendidos por un camarero viejo, humilde y resignado.

—Ni enredo, ni rondó, ni rococó —dije. Ligia prometió que se acostaría conmigo, pero no esa noche.

—Así, en seguida, la primera vez, no está bien, ¿no te parece? —Pero me hizo prometer que la segunda vez cumpliríamos nuestro deber.

Nada debemos temer
excepto las palabras.

Fui a visitar a Ismenia, la pintora *naïve*.

—Me compran cuadros en Europa y América, pero aquí no —dijo Ismenia.

Me mostró los cuadros. Una calle de casas bajas, cortada por cables de energía eléctrica. Los cables no se veían, solo unos pajaritos posados en ellos.

—No me interesa ver esto —le dije.

—Entonces, ¿qué has venido a hacer?

—Érase una vez un chico de ojos grandes que llevaba por la ciudad una maleta de muestras.

—¿Y qué tiene eso de extraordinario?

—La maleta pesaba veinte kilos; yo, cincuenta.

—¿Sabes una cosa?

—No.

—Todo el mundo dice que estás medio loco. No te conozco bien, pero empiezo a pensar que la gente tiene razón.

—¿Cuántas veces nos hemos visto?

—Esta es la segunda, y según los rumores que corren, hoy mismo querrás llevarme a la cama.

—Así es. Y *no* es la segunda vez que nos vemos.

—Ah, ah. Eres de veras idiota, además de mal pintor.

—Calle Evaristo de Veiga, 26, ático. Siempre pensé que eras francesa. Alquilaste el cuarto de enfrente, y yo me quedaba en la sala y fingía estudiar, cansado de cargar con la maleta todo el día, y esperaba que tú vinieras a lavarte los dientes en el fregadero de la antecocina.

Los ojos de Ismenia se enternecieron.

—Cuéntame más.

—En tu cuarto había una cama grande y un cuadro en la pared.

—¿Recuerdas cómo era el cuadro?

—Varias casas, una calle, un árbol en el centro, gente acostada en el suelo, subida a los tejados, gente que baila, cocina, come, pelea, duerme, salta.

Ismenia me cogió de la mano y me llevó a su cuarto.

—¿Es este?

Claro que lo era.

—La vida debería ser así, como una fiesta —dijo Ismenia—. Pero los automóviles lo impiden.

—Venías vestida con una bata, traías un cepillo de dientes, una toalla en torno del cuello, te lavabas la cara y las manos y luego ibas al lavabo a hacer

pipí. Simónides de Ceos, que vivió en la corte de Hiparco, tenía fama de gran poeta. Inventó el epinicio.

Dedicó un epitafio a los que murieron en las Termópilas: «El musgo no tendrá poder sobre esta piedra, y ni siquiera lo tendrá el tiempo, que lo domina todo».

Era el año 480 a. C. y en el mundo vivían cerca de doscientos millones de personas.

—Sigue.

—Un día me preguntaste: «¿Te gusta ver cómo me lavo los dientes?». Contesté que sí. Y tú dijiste: «¿Por qué no te acercas a mirar?»; y acercaste tu cara a la mía, con la boca bien abierta y los dientes envueltos en espuma blanca. Y yo oía el ruido del cepillo. —Sigue.

—Luego te llenaste la boca de agua, y te reías, y me diste un rápido beso con la boca mojada y te apartaste y aún te reías.

—Han pasado muchos años.

—Es verdad. Hemos perdido todos estos años.

Ismenia encendió un cigarrillo y se puso a hacer anillos de humo.

—Lo dejaremos para mañana —dijo.

—Tal vez mañana sea tarde. Mi padre está enfermo.

—¿Se va a morir mañana?

—¿Quién sabe? Tenía unos ojos azules que se le están poniendo negros.

—Ven mañana. Si quieres, trae el cadáver de tu padre. Hoy no puede ser.

Me fui a casa.

Leí el periódico.

Casi todas las cosas, según la ley, se purifican con sangre. Sin derramamiento de sangre no hay remisión.

Los Gonçalves abrieron ayer sus salones para recibir a los amigos de Elisa, que cumplía años.

Ayer había sido el día 17 de mayo.

Escribí una carta:

Querida señora de Gonçalves,

Si hubiese sabido que era usted tauro, cuando nos encontramos en lo de Miguel Serpa, habría intentado decir las palabras que ahora me tomo la libertad de escribirle.

Yo soy sagitario, mitad hombre, mitad animal. Mi naturaleza jupiterina no entiende la sofisticación de las mujeres tauro. Nos gustan las cosas simples, al natural, carne cruda, frutas. En el amor somos unos pobres intuitivos. Siempre tenemos dificultad para enfrentar la actitud

aristocrática de las mujeres tauro. A estas no les gusta ser obligadas a hacer nada, y reaccionan ante el desafío con vigor increíble. Una mujer de ese signo no puede ser cambiada. Su personalidad es fuerte, hace siempre lo que le parece bien, sin tolerar la influencia de nadie. ¡Qué locura la mía, querer obligarla a posar para mí!

Nosotros los sagitario somos atraídos irremisiblemente por la voluptuosidad de las mujeres tauro. Nuestra sensualidad instintiva está influida por la refinada pasión sexual de las taurinas. Está por encima de nuestras fuerzas. Y ayer, en una entrevista conseguida de milagro por un amigo, estuve con el misterioso profesor Khaiub. Me llevaron con los ojos vendados, prometí no hablar de él. Solo su última frase: «Sagitario no desiste, quiere VER. Tauro no cede: quiere TENER».

Respetuosamente,

Paul Morel

Yo no sabía nada de astrología. No había visto a ningún profesor Khaiub. Intentaba una celada. Elisa Gonçalves era tauro, lo había visto en los horóscopos del periódico, después de enterarme del día de su cumpleaños. Yo no era sagitario, ni me preocupé nunca por eso. O tal vez lo era; me tenía enteramente sin cuidado. Pero sabía dos cosas: a) que cien palabras en una carta valen más que mil sopladas al olvido, y b) que a todo el mundo le gusta oír hablar de sí mismo y la astrología es el mejor pretexto.

Sonó el teléfono.

—He recibido su carta.

—Perdone usted mi audacia. Pero me parecía que teníamos muchas cosas de que hablar.

Increíble: yo estaba temblando de excitación.

—Me interesa mucho la astrología. ¡Qué frase extraña la de ese hombre, el profesor Khaiub! ¿De veras estuvo con él?

—Así es.

—¿Y cómo es?

Contesté que no le había podido ver con nitidez. Estábamos en la penumbra. Khaiub tenía una barba negra y su edad era indefinible. Un hombre de manos delgadas, nerviosas, peludas, dedos anchos y nudosos, uñas largas.

—No podía apartar la vista de esas manos. Era como si Khaiub las tuviese sobre mí. Su voz era baja, gruesa, sin compasión, parecía penetrar por todos mis poros. Una experiencia emocionante.

—Me gustaría conocer a ese hombre.

—Veré si puedo conseguir que le conozca.

—Trátame de tú.

—Quizá pueda conseguir una entrevista. Y mientras tanto, me gustaría verte.

—Me verás el día de la entrevista.
—Pero tenemos que hablar antes de otras cosas.
—Recuerda tu carta, no nos gusta ser obligadas. No seas tan impaciente.
—O. K. ¿Puedo llamarte a tu casa? —Sí. El número está en la guía. Clic.

Sonó el teléfono.

—¿Paul?
—Sí.
—Joana.
—Sí.
—Sabes, acabo de sacar mi pasaporte.
—¿Adónde te vas?
—A París.
—¿Con tus padres?
—Sola.
—¿A hacer qué?
—Nada.
—¿Cuándo?
—La semana que viene.
—¿Te veré antes?
—¿Ahora?
—Ahora.
—Está bien.

Me quedé leyendo mientras Joana llegaba.

Aunque había sido contemporáneo de Balzac, sus palabras no eran las de un hombre senil. ¡Cómo consiguen alcanzar tan extraordinaria edad estos hechiceros visuales! Decía: «¡Giotto... Blotto!... Miguel Agnolo... un pequeño presumido». Le llamó Agnolo, como si hubiera sido un amigo de la infancia. «Monet... nada... Pobre Cézanne... un culo pesado que se preparaba todo el tiempo para un examen que nunca se planteó... El arte no es nada de esto».

Llegó Joana.

El arte es una locura.

—¿Conoces la historia de Watteau cuando tiraba piedrecillas al río? —
preguntó Joana.

—Sí. ¿Vamos a la cama?

Joana rio.

—Me parece muy buena idea, pero antes vamos a comer. Mientras bebíamos, Joana me preguntó:

—¿Has trabajado mucho?

Eludí la pregunta.

—Tus piernas son tan bonitas. ¿Ves? Estamos aquí, en un restaurante de lujo, pero sin la menor intimidad. Si estuviésemos en el siglo XIX, en París, en una novela de Maupassant, esto sería una salita reservada, con las paredes revestidas de terciopelo rojo, y un diván a un lado, y nosotros estaríamos bebiendo champán y follando.

Las personas que no tienen nada que decir
son muy cuidadosas
con la forma de decirlo.

Llamé al camarero y le pedí champán.

—¿Tienes dinero para champán? ¿No has dejado de hacer fotografía comercial?

—Todavía no. La semana pasada saqué algunas fotos. Y ayer vendí una caja. Una mierda. Los burgueses lo están comprando todo.

—¿Mandaste algo a la Bienal?

—Sí. Conexión.

—¿Conexión?

—De desagües. Varios tubos unidos, un intestino cuadrado.

—¿Lo aceptaron?

—Así es.

Hubiese querido decirle a Joana ponme la mano aquí, me muero de deseo por ti. Pero no estaba en condiciones. Pensé un montón de obscenidades sin éxito. Tenía frecuentemente esos síntomas de debilidad. Una tensión loca en la cabeza, pero nada de *erectio penis*. Comimos ostras, después gambas a la griega. El champán francés era muy bueno.

—Pensaba pedirte que me pusieras la mano aquí, para que vieras qué duro estaba, y decirte: «Estoy así desde que hablamos por teléfono por la mañana». Es un truco que uso con gran éxito desde hace quince años —expliqué.

Joana rio.

—Me gustas.

Terminamos de comer y fuimos a mi casa.

—No mires el desorden.

—No me gustan las cosas que estás haciendo —dijo Joana, después de ver los objetos sobre el suelo.

—A mí tampoco. ¿No tienes ganas de hacer pis?

Yo tenía urgencia de orinar. Cuando era niño, leí en un libro erótico un fragmento que me pareció de un mal gusto terrible: «Dolly entró en el lavabo y oí el ruido de la orina en el váter. Eso me excitó enormemente».

La aversión a comer carne humana no es instintiva. Según san Jerónimo, los ingleses, aunque tenían gran cantidad de ganado, preferían un muslo de pastor o un trozo de seno de mujer como golosina.

Joana se quitó la ropa. Yo también. Joana me estimulaba de verdad: el hueso ilíaco se veía aun cuando estaba vestida; el culo tenso, duro, los glúteos separados, la raya bien delineada, sólida, del tamaño justo, las piernas carnosas.

Me excité tanto que ni siquiera fui al lavabo.

Nos acostamos. Joana ya estaba húmeda, esperando que la penetrara. La vejiga llena aumentaba mi deseo. ¿O sería una simple ilusión? En un libro del Marqués de Sade uno de los personajes afirma en una de esas largas explicaciones didácticas que era más excitante ser sodomizado con el intestino repleto. Siempre pensé que el personaje se limitaba a revelar una faceta de su perversidad escatológica, pero tal vez la cosa tuviese algún fundamento fisiológico.

A pesar de mi excitación, no eyaculé. Dejé que Joana tuviese, sola, dos orgasmos.

—Goza conmigo —me pidió.

—Estoy gozando —fingí, mientras gemía y respiraba hondo.

—¿Todavía estás así? —preguntó Joana al sentir mi rigidez penetrante. Yo era un exhibicionista. Me quedé muchísimo tiempo así. Cuando noté que empezaba a flaquear dije:

—Será mejor que descanses un poco. —Y salí de ella lentamente.

Yo no había gozado, pero no quería que ella lo supiese. Me estaba reservando.

—Yo te lavaré —le dije. De ese modo ella no sabría que yo no había eyaculado.

La llevé al lavabo. Joana se sentó en el bidet, con las piernas abiertas. Le enjuagué el coño con agua tibia, lo enjaboné, hice mucha espuma, usé bastante agua.

—Haz pis en mi mano. —Puse la mano abierta entre las piernas de Joana, sentada en el bidet.

—No puedo, estoy inhibida.

—Pues yo sí que puedo.

Estaba de pie. Joana, sentada en el bidet, me cogió el pito y estiró el brazo, colocando la mano sobre el inodoro.

Empecé a orinar en su mano.

—Qué bien —dijo Joana, mientras giraba su mano.

—¿Quieres que orine sobre tu cuerpo?

—Sí.

Joana, bronceada por el sol, con sus pequeños senos destacados por una estrecha franja blanca, donde sobresalían sus pezones rosados. Oriné encima de sus senos, de su piel blanca, de sus pezones. La orina corrió por su vientre, por el vello del pubis, y cayó en el bidet. Mojada de orina, la piel de Joana brillaba y reflejaba la luz del techo del cuarto de baño.

Joana tenía los ojos cerrados:

—¡Qué maravilla! ¿Te parece que soy muy perversa?

—No. No me lo parece —contesté.

Joana siguió sentada en el bidet hasta que acabé de orinar. Nos metimos los dos en la vieja bañera, enorme, yo de un lado y ella del otro.

—Si no fueses fotógrafo y pintor, ¿qué querrías ser?

—Escritor.

—Yo quería ser directora de cine. Pero no pensaba ser una Agnes Varda cualquiera. Ya tengo muchas películas en la cabeza. ¿Y tú?

—¿Yo qué? —Miraba a Joana. El cuerpo humano es la mayor maravilla de la naturaleza.

—¿Tienes pensado algún libro?

—Sí.

—¿Cómo es?

—A. M. Carvalho, de ochenta años, come filete con patatas fritas. Su nieto, de dieciséis años, come en el mismo plato. Inversiones diferentes.

Nada debemos temer
excepto las palabras.

—¿Y qué más?

—Eso es todo.

—Pero un libro tiene que tener cierto número de páginas.

—Las tiene. Cuatrocientas páginas. En todas las páginas está escrito: «A. M. Carvalho, de ochenta años, come filete con patatas fritas. Su nieto, de dieciséis años, come en el mismo plato. Inversiones diferentes. A. M. Carvalho, de ochenta años, come filete con patatas fritas», etcétera, desde el

principio hasta la página cuatrocientos, un solo párrafo único, compacto, coherente, consonante.

Salimos del cuarto de baño, fuimos al dormitorio. Hice que Joana se sentara en el borde de la cama con las piernas abiertas y empecé a besar su cuerpo. El coño de Joana estaba frío, mojado, y tenía un leve sabor a jabón. Poco después empezó a entibiarse hasta que se volvió salado. Joana se acostó. Estiró las manos buscando las mías.

—Entra en mí... ¡quiero que lo hagas todo conmigo!

Joana quería que la golpeará, la sodomizara, la vejara; quería tener la cara manchada con mi semen. Hice lo que ella quería.

6

Vilela le entrega a Morel una copia de los papeles que Hilda ha mecanografiado.

Morel empieza inmediatamente a leerlos. Sus manos tiemblan.

—¿Hoy no tiene bizcochos?

—Se acabaron. Y no quiero más bizcochos. Estoy engordando. He comenzado a hacer gimnasia. Voy a llegar a mil flexiones por día. Un Pantera Negra condenado a muerte lo hacía. Lo leí en una revista.

Morel sigue flaco, un poco más pálido.

—¿Le parece bien que hable de mi padre?

—Si es verdad, está bien.

—¿Y ha visto que hablo muy poco de Cristina? Aquí tengo algunas páginas más sobre ella. Esa mujer estuvo casada conmigo diez años.

—¿Cómo es?

—Parece una de esas suecas de Bergman. Una mujer imposible.

Extendido en el suelo, Morel ocupa toda la longitud de la celda. Hace cincuenta flexiones.

—Destructiva —termina.

Me acuerdo de Cristina cuando me decía:

—Siento que ya no estás cerca de mí como antes, que algo se acaba. Por amor de Dios, no dejes que eso ocurra, era una cosa tan bonita.

Una capa líquida cubrió los ojos castaños de Cristina, corrió por su cara.
Leíamos juntos a Rilke.

O dieses ist das Tier, das es nicht gibt.

Pound, Eliot, Rimbaud. Fotografié mil veces su rostro. Fijé los rápidos instantes que se perdieron en el aire.

—Dices que es así porque vendieron la casa. Cómo odio ese poema, cómo odio a la gente cuya casa fue vendida y por eso se entrega.

—Y yo, ¿a qué me entrego?

—¿Por qué no quieres tener un hijo?

—No quiero ser el instrumento ciego del instinto de conservación de la especie —respondí. La frase era ampulosa, pero era lo que yo sentía.

—Ten cojones por lo menos una vez en la vida —dijo Cristina.

—¿Haciéndote un hijo?

Estábamos casados desde hacía diez años.

Yo cada vez me volvía más egoísta. Pensaba: no aguanto más esta vida, pero no tenía valor para abandonar a Cristina. No se debía a ningún sentimiento de generosidad. Pero no soportaba la idea de que alguien se fuera a vivir con ella. Para decir la verdad, no sentía el menor interés sexual por ella. Después de diez años de casado todo se acaba. Es una pena, pero se acaba. De nada sirve tratar de seguir las instrucciones de los manuales que procuran garantizar la supervivencia del matrimonio por medio de ejercicios sexuales, recetas de comprensión y autoanálisis, y demás. Yo no había dejado a Cristina tan solo porque la consideraba mi propiedad privada.

Ese día, al entrar en mi estudio, Cristina dijo:

—Esto parece una pocilga.

—Es mi manera de trabajar.

Cristina me miró con expresión misericordiosa.

—Tú no sirves para nada. ¿Qué quieres de la vida?

—Quiero ser libre.

—¿Y por qué no lo eres?

—Yo no me dejo. Y tú no me dejas.

—Yo no, querido. Fuiste tú quien quiso casarse conmigo. Tú me lo pediste —dijo. Trataba de mostrarse sarcástica.

—Yo nunca quise sentarme en el sillón del dueño de la casa, con un perro echado sobre mis chinelas.

Mientras decía eso, comprendí mi vida.

Yo quería ser dueño de una mujer. Para eso debía ser dueño de una casa, dueño de un empleo, dueño de una gran cantidad de cosas.

—Esto no puede seguir así —dijo Cristina.

—¿Me voy yo o te vas tú? —pregunté.

—Me voy yo. Me marcho a casa de mi madre.

Cristina estaba segura de que, tarde o temprano, terminaría por llamarla.

—Voy a poner patas arriba esta mierda de casa.

—Esta mierda ya está patas arriba.

Mi vida estaba cabeza abajo.

Tiempo.

El cuarto del señor Guimarães no quedó vacío mucho tiempo. Lo alquiló una chica llamada Ismenia. Algunos días después de mudarse, llegó de fuera una amiga de ella, declamadora. Subieron la escalera hasta el último piso, mientras yo las seguía con las maletas. Esa noche no salieron del cuarto. Varias veces fui hasta la puerta cerrada. No conseguí escuchar ni el menor ruido. Pensé: «Deben de caminar de puntillas, hablarse al oído». Mi imaginación inventaba situaciones con Ismenia y su amiga, mujeres imaginarias con cuerpos misteriosos y fascinantes, tesoros escondidos bajo la ropa.

Yo tenía catorce años y se me pudrían los dientes por falta de dinero. Por fin ahorré la cantidad necesaria para el tratamiento dental.

El dentista quería ponerme en la boca un canino de oro.

—¿De oro? Me parece feo —argumenté con timidez.

—¿Te vas a ganar la vida sonriendo o mordiendo? —preguntó el dentista.

Insistí en que era feo.

—El oro es oro —dijo el dentista—. Dura toda la vida, nunca más tendrás que preocuparte.

—Te enseñaré a bailar —me dijo Yara, mi compañera del curso nocturno.

Estábamos en el campo de baloncesto de la escuela. Piso de cemento. Se oía un tocadiscos. Yara tenía labios gruesos y rojos.

—¿Nunca sonríes? —preguntó Yara.

—La boca ha sido hecha para morder —respondí.

—Eres guapo —me dijo en la plaza Quinze mientras mirábamos las barcas que iban a Niteroi—. ¿Quieres besarme? Te dejo.

Ya me había besado antes una vecina llamada Silvia. En la esquina de Senador Dantas y Evaristo da Veiga, Silvia me invitó a acompañarla a la modista. Cuando el ascensor empezó a subir, pegó sus labios a los míos y me

introdujo la lengua en la boca. El ascensor se detuvo, ella salió y me dejó solo, asustado por aquel beso insólito.

—Te dejo —repitió Yara. «¿El oro tendrá sabor?», pensé, tragando mi propia saliva. Yara me abrazó. La sentía caliente entre sus piernas rollizas—. Tienes maña para bailar. ¿Quieres que te enseñe, siempre?

Tiempo.

Consulté la guía telefónica, pero evidentemente no había ningún Khaiub. Recordé a un conocido que frecuentaba cartomantes: Raúl.

—¿Conoces a un tal profesor Khaiub?

—Sí.

—¿Me quieres hacer un favor?

—Sí.

—Querría que me lo presentaras.

—¿A Khaiub?

—Así es.

—Bueno... No le conozco personalmente. Pero un amigo mío sí. —Y tu amigo, ¿querrá presentármelo?

—Me parece que sí.

—¿Me das su teléfono? ¿Puedo hablarle de tu parte?

—No tiene teléfono.

—Cono.

—Pero sé su dirección. Es en Gloria, en la calle Cándido Mendes.

—¿Cómo se llama?

—Rogerio.

Un ático, antiguo. Toqué la campanilla.

Apareció un tío en la ventana.

—¿Qué desea?

—Busco a un tal Rogerio.

—¿Quién le busca?

—Paul Morel.

—Él no conoce a nadie con ese nombre. —Vengo de parte de Raúl.

—¿Raúl qué? —Desde la ventana de arriba el tío lanzó un escupitajo a la calle.

—Raúl no sé cuántos.

—Tampoco conoce a esa persona.

—¿Y cómo lo sabe? Llámeme para que se lo pueda preguntar. —¿Qué llame a quién?

—Al tal Rogerio.

—Rogerio soy yo. Y no sé quién es usted.

—Soy Paul Morel.

—¿Y usted quién es?

—Me duele el cuello. ¿No puedo subir, o no puede usted bajar, o lo que sea?

El último gran libro que descubrí es un diccionario de administración aduanera. Se titula *Répertoire Général du Tarif* y apareció en 1937. Dos volúmenes que pesan 50 kilos.

Rogerio se apartó de la ventana.

Poco después, el ruido de una puerta que se abre.

—Pase —gritó Rogerio.

Empujé la puerta. El tío estaba en el descansillo de la escalera; había abierto la puerta tirando de una larga cuerda atada al picaporte.

Subí la escalera, llegué al descansillo.

—¿De qué se trata? —Era un hombre flaco, que parecía enfermo. —Raúl me dijo que usted conoce al profesor Khaiub.

—¿Le dijo eso?

—Sí.

—¿Quién es Raúl?

—Un tipo que se pasa la vida consultando a cartomantes.

—¿Es uno delgadito, medio entrecano, de barba?

—No, es gordo.

—Entonces no sé quién es —respondió Rogerio.

—Es delgadito, me confundí.

¡Todo esto para encontrar al profesor Khaiub!

—Está bien, pero no conozco a ningún Raúl delgadito.

—¿Bromea? —pregunté.

—No sé.

—Raúl no me interesa. Quiero pedirle un favor. Necesito encontrar al profesor Khaiub. Pago cincuenta por su dirección.

—Aunque necesito un poco de dinero...

—¿Qué?

—No conozco al profesor Khaiub.

—¿No le conoce?

—He oído hablar de él. Pero no le conozco.

—¿No?

—Pero hay uno que le conoce —continuó Rogerio.

—¿Y me ayudará? ¿O es una persona difícil, como usted?

—Le ayudará. Llévele coca y le ayudará.

—¿Y dónde consigo cocaína ahora?

—Yo tengo. Quinientos.

—Deme.

Rogerio me dejó plantado en el descansillo mientras iba a buscar el material.

El sujeto que conocía a Khaiub vivía en la Gávea pequeña, en una casa enorme. Cuando llamé al timbre, un perro ladró. Por el ruido debía de ser un animal muy grande.

Un joven vestido de camarero abrió la puerta.

—Quiero hablar con el señor Daniel.

—¿Quién le busca?

—Paul Morel.

—¿Cómo?

—Paul Morel.

El camarero me hizo entrar.

Jardines bien cuidados. Un magnífico césped.

—Un momento, por favor.

—Espere. Llévele este papel.

El camarero cogió el papel y se retiró.

Yo había escrito: «Coca».

El camarero volvió.

—Sígame, por favor.

Fui hasta donde estaba Daniel, sentado al borde de una piscina de agua azul, bebiendo ginebra.

Gordo, de unos veinte años, engreído, de pelo largo.

—Me gusta su cara —dijo—. Ningún policía podría pensar que usted tiene encima la Cosa.

—Verdad —respondí.

—No quiero saber nada de sus conexiones. La Cosa debe ser entregada aquí, en casa. Si le cogen no ganará nada con decir mi nombre.

El tío pensaba que era un distribuidor.

—¿Cuánto puede traer?

Saqué la droga del bolsillo y se la di.

Daniel respiró profundamente.

—¿Cuánto me puede hacer llegar por semana?

—No tengo más que esto.

—¿Cómo?

—Solo esto. Y no sé cómo conseguir más.

—¡Portos! —gritó Daniel.

Apareció el camarero con el perro retenido por una correa. Vi por qué ladraba tan fuerte. Era más grande que yo.

—¿Quién le ha enviado aquí?

—Un tío llamado Rogerio, que vive en la calle Cândido Mendes.

—Mentira. No conozco a ningún Rogerio.

—Es un manco que vive en un ático.

Daniel me miró con desconfianza.

—Mi nombre es Paul Morel. Soy pintor.

—Nunca he oído hablar de usted. ¿Qué viene a hacer aquí?

—Me dijeron que usted conoce al profesor Khaiub. Le traje la coca de regalo.

—No conozco a ningún Khaiub. Váyase.

Daniel no estaba para bromas.

—¡Llévese la Cosa! —gritó, y arrojó el material al suelo.

Subí al coche y salí sin rumbo. Después de cierto tiempo advertí, sorprendido, que estaba en la puerta del hospital.

Mi padre estaba pálido, con unas ojeras negras que le daban un aire invadido, condenado, devastado.

—No paso de hoy —consiguió decir.

Vi que era así, verdaderamente.

Con los ojos muy abiertos, miraba la claridad que entraba por la ventana. Quería dormir, pero suponía que si permanecía despierto la muerte no le sorprendería.

—Nadie me dice una palabra, nadie me cuenta nada.

Traté de pensar en algo que decirle.

—Estas vacas solo saben meterme cosas en las venas, en la garganta, en la uretra. Hasta ahora el único agujero que se va salvando es el del culo.

—Estoy jodido, papá.

—Todo el mundo está jodido.

No pestañeaba. Quizá pensaba en su padre, mi abuelo, que salía del interior de su velero como del útero de su madre, o remaba solitario en un

bote, en busca del maldito pez, en una torva madrugada y en un mar feroz, con fe en Dios y en sus brazos musculosos.

Cogí la mano de mi padre. Sus brazos estaban enrojecidos por las porquerías que las enfermeras intentaban meterle en el cuerpo y que escapaban de sus venas como el agua que brota de los desagües durante las tormentas. Le giré las manos descoloridas y allí, en las palmas, tenía callos amarillentos y duros como escamas de pez.

En ese instante mi padre murió.

No había dejado de estar alerta, pero no era suficiente quedarse con los ojos azules abiertos para seguir vivo.

Su rostro empezó a tranquilizarse.

Recordé la época en que jugaba al tenis y conducía velozmente su coche, y las mujeres se mostraban seductoras para que él se acostara con ellas.

Avisé a Cristina. El viejo la quería mucho. No conseguí hablar con mi hermano, no sabía dónde encontrarle.

En el entierro hubo más sepultureros que asistentes. Eran tres hombres, y solo estábamos Cristina y yo. Cristina puso una flor sobre el ataúd.

El cementerio estaba desierto. Caminamos lentamente por la alameda.

—Ya no te odio —dijo Cristina.

Estaba más delgada. Bonita.

—Te encuentro muy cambiado —continuó.

—Estoy muy bien —respondí.

—No me parece que estés muy bien. Perdóname la franqueza.

—Estoy cansado.

—¿Has trabajado mucho?

—No. ¿Qué haces ahora?

—Tengo un compromiso... —respondió Cristina, afligida.

En la puerta del cementerio le apreté la mano.

—Hasta luego.

—Adiós.

De allí fui a casa de Ismenia.

—No pude traer el cadáver de mi padre, lo han enterrado hoy.

—Nunca sé cuándo hablas en serio —contestó Ismenia.

—Tengo mucha hambre. La muerte de mi padre me ha dado hambre. La muerte me hace descubrir dos cosas: que estoy vivo y que eso no durará mucho tiempo.

—¿Tienes hambre? —preguntó Ismenia.

—Y también deseo.

—¿Tendrás el valor de comer lo que cocine?

—Hum... No sé —repuse. De veras no lo sabía. Nunca había conocido a una pintora que supiese cocinar.

—¿Qué quieres?

—Haz macarrones. Es más seguro.

Fui a verla a la cocina.

—¿Has pintado algo? —preguntó.

—Tú sabes que el arte ha terminado.

En todo el Louvre solo se salva la *Batalla* de Uccello.
El resto es basura.

—No estoy de acuerdo contigo.

—Eres una primitiva. Es decir, una persona que solo ve la superficie de las cosas.

—Si continúas así no te doy de comer.

—Retiro todo lo que he dicho. Vivan los primitivos y sus hermosos colores.

Leonardo aconsejaba detenerse de vez en cuando, mirar las manchas de la pared, las nubes, las cenizas, las llamas, los lugares donde se pueden encontrar ideas maravillosas. Pero en las personas todavía hay más para ver.

—Lamento haberme portado mal contigo —dijo Ismenia.

—No te preocupes.

—¡Qué pena que fueses tan jovencito en esa época!

—¿No conoces al profesor Khaiub?

—No. ¿Se acabó todo el arte, o solo lo que nosotros hacemos?

—Todo. *Kunst ist überflüssig*.

—Sí. Deberíamos hacer otra cosa, algo menos inútil. Un arte que realmente llegue al pueblo. El pueblo necesita el arte.

—El pueblo sufre la influencia de los *connaisseurs* y los críticos de mierda. En el Louvre siempre hay una muchedumbre de idiotas que miran la Venus de Milo.

—Eres un frustrado, como todos los artistas de vanguardia. Solo nosotros, los primitivos, tenemos aún un poco de salud y de entusiasmo por la vida.

—Cuidado con los macarrones —respondí.

Estaban deliciosos. Y el vino que Ismenia sirvió era también muy bueno.

—Me voy a poner cómodo —dije.

Me quité la camisa.

Ismenia me miraba.

—Tienes un bonito cuerpo.

La abracé.

—¿Has pensado en mí todo este tiempo? —preguntó Ismenia.

—Sí —respondí, mientras le besaba la oreja.

—¿Desde que eras un chico, desde la época en que yo alquilaba una habitación en tu casa?

—Así es. No veinticuatro horas al día, ni todos los días, pero pensaba mucho en ti.

—¿Cómo me encontraste?

—Vi tu foto en una revista. Y me dije para mis adentros: «Esta Ismenia es *aquella* Ismenia».

Erectio. Ismenia pegó su cuerpo al mío. Nos besamos un rato. Le quité la blusa.

—Vamos a quitarnos este montón de ropa —le dije.

Quería exhibirme.

Me desnudé por completo. Ismenia, después de contemplar mi roja erección apuntando al techo se desvistió. Estábamos en la sala.

—Ven a mi cuarto —dijo.

Acostumbrada a ver su cuerpo solo de frente, se asustó cuando compró un espejo doble que le mostraba el culo. ¡Dios mío! —pensó—, este espejo debe de ser defectuoso, esta no puede ser mi carne, ¡qué falta de firmeza, qué piel triste y enfermiza!

El culo de Ismenia, abajo, en la curva inferior, donde se unía a las piernas, presentaba un doblez que desanimaba. Me pareció ver una marca rosada, del tamaño de una espina. El color de la piel no era homogéneo. Yo no sabía que era difícil encontrar una coloración firme en esa parte del cuerpo, pero era optimista y esperaba encontrar únicamente traseros que parecieran de loza, a la vista, y de goma consistente, al tacto.

Ismenia alzó la colcha de la cama, la dobló cuidadosamente y se acostó. Me eché a su lado, boca abajo. Mi erección se terminaba.

—¿Has tenido alguna experiencia homosexual? —pregunté.

—Sí, con aquella declamadora. ¿Recuerdas a la declamadora que pasó unos días conmigo?

—Sí.

—¿Y tú?

—No. ¿Cómo te fue con la declamadora?
—No lo recuerdo bien. No fue gran cosa.
—¿Tomas la píldora? —dije. Quería ganar tiempo.
—Sí que la tomo, no te preocupes, tampoco yo quiero tener un hijo tuyo.
Nos besamos más. Tenía mi pierna entre las de Ismenia, sentía su coño húmedo.
—Ven, ven —dijo Ismenia.
No reaccioné.
—¿Qué ocurre?
—No sé. Probablemente, exceso de ansiedad.
—¿De veras? ¿Y no puede ser otra cosa?
—¿Por ejemplo?
—Quizá estés decepcionado, después de todos estos años de expectativa...
—Tal vez esté impotente.
—Hace poco no lo parecía.
—O tal vez me esté volviendo impotente, apenas capaz de una rápida penetración.
—Si fuera eso, no estarías tan tranquilo.
No lo estaba. A la primera oportunidad, me vestí. Ismenia se puso una bata.
—Qué cosa... —dije, desanimado.
—Al menos, espero que la comida te haya gustado.
—Era excelente. Me parece que nunca he comido unos macarrones tan buenos.
Nos quedamos callados un momento.
—¿En qué piensas? No me lo vas a decir.
—En nada. Creo que soy la única persona del mundo capaz de quedarse absolutamente sin pensar. La cabeza vacía. Como si estuviera muerto.
Pensaba en Joana. Pensaba en mi padre, y sentí ganas de llorar.

—El viernes pasado no vino —dice Morel.

—No pude —responde Vilela.

—Estuvo Matos. Me pidió que le mostrara lo que estoy escribiendo. Le dije que no tengo copia.

—Hizo bien.

—Le pedí que me trajera las cartas que escribió Joana desde París. No las encontró, he tenido que reconstruirlas de memoria. Está todo aquí, junto con esas tonterías de Elisa Gonçalves. En una comida de esas que aparecen en el periódico un caballero hablaba únicamente de su Rolls Royce, y decía que nunca lo dejaba al sol. Las mujeres comentaban los telefilmes. Creo que ya he hablado antes de eso.

Morel hace flexiones.

—¿Cuántas hace por día?

—Trescientas. Sin beber, sin fumar, con ocho horas de sueño diarias, me siento perfectamente sano, y en mejor forma que nunca. ¿Pero de qué me sirve?

—Puede escribir.

—En lo único que pienso es en salir de aquí y buscar una mujer. La vida es una sucesión de tonterías. Por lo menos la mía. ¿La suya también? —pregunta Morel.

—También.

—¿Quién dijo «nacimiento, cópula y muerte, esto es todo lo que hay»? ¿Pound?

—Eliot.

—A usted, yo no le gusto mucho, ¿verdad? —Todavía no lo sé.

—¿Y por qué viene?

—Me interesa el final de la historia.

—¿No ha leído los periódicos?

- No. Estaba de viaje.
—Pregúntele a Matos.
—Si es necesario, lo haré.

Yo quería acostarme con Elisa Gonçalves porque era una mujer rica y famosa. En Río había miles de prostitutas mejores que Elisa: en la cama de poco sirve la *haute couture*.

Llamé a Elisa.

—¿Encontraste a Khaiub? —preguntó.

—Así es —respondí de improviso.

—¡Qué bien!

—Está dispuesto a concederte una entrevista.

—Qué maravilla. ¿Cuándo y dónde?

—En mi casa, dentro de unos días.

—¿No puede venir aquí?

—No.

—Está bien entonces. ¿Cuándo?

—Te avisaré luego. Otra cosa: seguramente te cobrará algo.

—No hay problema... ¿Cuánto te parece que pedirá? —En su voz había una sombra de mezquindad.

—No sé.

—¿No tienes una idea?

—Quinientos, mil, algo así.

—Pensé que sería más.

Nos despedimos y llamé luego a un sujeto llamado Zé.

Más tarde, en un bar, mientras bebíamos cerveza:

—Estoy buscando financiación —dijo Zé—. Los banqueros son unos burros.

Tuve que escuchar cómo era su película.

Sinopsis. Rui es un poeta ladrón y malvado que le saca dinero a los pobres para dárselo a los ricos. Los ricos están representados por una mujer de mediana edad, de rostro tenso, aristocrática y cruel, con quien Rui tiene relaciones sexuales limitadas: ella solo le permite que le lama los pies.

—¿Qué te parece?

—Los banqueros son burros, esta película va a ser un éxito —respondí—, al menos en Europa.

—Es una pena que no seas banquero.

—Yo también tengo un guión de película: un pintor decadente quiere acostarse con una aristócrata tonta, pero ella solo acepta si él le presenta a un astrólogo llamado Khaiub. Khaiub no existe. El artista decadente le pide a un amigo que haga el papel de Khaiub. Los dos se van a la cama y termina el filme.

—Romántico, algo trivial, pero interesante.

—¿Quieres hacer el papel de Khaiub?

—¿Cuánto tiempo de filmación? Sabes, en cualquier momento puede resolverse la financiación de mi película.

—Un día de ensayo, un día de filmación.

—De acuerdo —responde Zé.

Le di los libros que traía.

—Lee esto atentamente. La mujer es tauro. Su nombre es Elisa. Aquí hay una enumeración de tauros famosos. Shakespeare, Freud, Balzac, Catalina la Grande, Ella Fitzgerald, Hitler...

—¿Hitler? —preguntó Zé, ofendido.

—Olvídate de Hitler. Pon a Marx en su lugar. Hay tauros para todos los gustos.

—¿Eso dice el guión de la película?

—¿Qué película, macho? ¿No has entendido que esto no es una película?

—Ahora entiendo.

Dedicamos el resto del día a ensayar.

La carta de Joana, enviada desde París en junio, decía al comienzo que se moría de nostalgia. Aquí festejan el aniversario de Proust, con exposiciones especiales de revistas y otras chorradas, decía. Describo todo lo que he visto. Retrato: un hombre de ojos suaves, cerca de la madre y el hermano. El hermano, cómodo, recostado sobre el respaldo de la silla. La madre sentada, con un rostro severo; es una mujer de labios finos y hace con la mano un gesto que podría ser obsceno. (No sé si la carta de Joana hacía verdaderamente referencia al gesto obsceno. Quizá esa impresión fuera la mía al contemplar el retrato en el álbum).

Ilustración de Phillipe Julián: Marcel llega a un restaurante u otro lugar de moda, envuelto en un pañuelo, una especie de larga bufanda, y le entrega al portero el sombrero de copa y el bastón. Detrás de él, una mujer con sombrero de plumas, y vestido largo y lujoso de *soirée*, que aparenta entre cuarenta y cinco y cincuenta años, observa al escritor a través de un *pince-nez* que

sostiene con la mano derecha. (¿Estoy confundiendo mis impresiones con las de Joana?).

Cocteau, testimonio: Proust nous reçoit sur son lit, habillé, colleté, cravaté, terrifié par la crainte d'un parfum, d'un souffle, d'une fenêtre entr'ouverte, d'un rayon de soleil.

Proust soldado, Orleans, 1890, con el pie torcido. Proust con la mano en el mentón. Pierre, un muchacho de aquí, me dice que esta es clásica. (El tal Pierre era un francés que Joana encontró por primera vez en el Carré du Vert-Galant, entre los vagabundos, artistas y turistas que frecuentaban el lugar. Me llamó la atención, decía Joana, porque hablaba en voz muy alta, arrancó la guitarra de manos de una chica y empezó a cantar y bailar en medio de la gente). Proust y la flor en la solapa. (Sin embargo, la foto que más impresionó a Joana fue la última que le tomaron. Proust había ido a ver una vez más, en los últimos días que le quedaban, la *Rué Delft*, de Vermeer, su pintor favorito. A Joana la emocionaba ese hombre de ojeras, enfermo, flácido, que fingía un aire varonil, respetable, educado, demacrado, con cuello duro, sin nada del ascetismo de que habla Lacretelle. Es un retrato lamentable, que *Les Nouvelles Littéraires* del sábado 25 de noviembre de 1922, una semana después de la muerte de Proust, no tuvo el coraje de publicar. Prefirieron la iconografía clásica, la mano en el mentón).

¿Te acuestas con una más bonita e inteligente que yo? Lo dudo. Las mujeres inteligentes de allí son una basura, y las bonitas también. No encontré ningún francés al que le guste caminar como a ti. (Diariamente, Joana salía del hotel, cruzaba el Pont des Arts —vivía en la Rive Gauche—, iba a las Tullerías, recorría los Champs Elysées hasta el Arco de Triunfo, continuaba por la avenida Mariscal Foch y se quedaba finalmente en el Bois de Boulogne, entre el verde de los árboles). Se me está poniendo el culo duro como una piedra y las piernas gordas de tanto caminar. ¿No es eso lo que te gusta? ¡Ven, ven, ven! ¿Necesitas dinero? (Ella siempre terminaba así sus cartas).

Respondí:

Proust no me interesa. Muchas gracias por su carta, querida *madame* de Sévigné. Nado en dinero y ya estoy cansado de París. Y también siento nostalgia, ¿por qué no vuelves?

Los contrastes salvan de la monotonía la vida de los libertinos (*débauchés*).

Otras cosas se apoderaban de la imaginación de Joana en sus cartas: en un *strip-tease* de Pigalle una negra alta escapa a la melancolía general. Está desnuda, con un *cache-sexe* idiota que más parece un vendaje médico. Pisa el estrado con nobleza, cumple su obligación y, cuando termina, las personas presentes —parejas de edad mediana, unos pocos turistas jóvenes—, sin saber por qué, aplauden respetuosamente y la negra sonrío. La sonrisa de alguien que parece decir: «No sois culpables de estar aquí, en este lugar infeliz, y yo tampoco, nada tenemos que ver con esto, simplemente gastamos nuestra vida, muchas gracias».

En el café de Cluny (*coiti* St. Germain-St. Michel) un hombre masticaba un plátano. Conté veinte masticaciones para cada trozo; era una persona organizada que cortaba el plátano con cuchillo y tenedor. Cortaba, dejaba el cuchillo, se ponía el trozo de plátano en la boca, dejaba el tenedor y masticaba, masticaba, masticaba. Moreno, podía ser francés, o de Túnez, Costa Rica, Brasil, Cuba. Tenía una cartera negra, quizá hubiese venido a doctorarse en la Sorbona. Un hombre joven, que un día sería ministro, o cosa parecida, en su país. Por la forma en que masticaba plátanos puedo asegurar que el día en que lo fuese, su país estaría jodido.

Era verano, pero ese año hacía mucho frío en París. Joana pasaba el tiempo en los museos, y terminó apasionada por el *Baño turco* de Ingres. «Ya sabes —decía ella—, yo quiero hacer cosas de vanguardia, como tú; la basura clásica de los museos no me interesa, pero tuve el deseo irresistible de pintar también *mi* Baño turco, como Picasso». (Quizá Joana ignoraba que, además de Picasso, otros, como Rauschenberg, Mlynarcik, Man Ray, Pounders, habían rendido también homenaje a Ingres). Joana pasó días y días frente al cuadro, *viendo*. He aquí una reproducción:

a) Las cuatro mujeres con los brazos levantados, esparcidas por la tela, y, entre ellas, destaca la que está a la derecha del observador, una barrigona sin vello en el pubis, con un collar de oro en el pescuezo, boca roja, pelo rojo, un aire bovino de imbécil sobrealimentada o drogada; en una palabra, una hembra pulposa y admirable.

b) Las dos mujeres abrazadas. Una tiene pelo castaño, lleva en la cabeza un fez adornado de piedras rojas y verdes, y en ella destacan el rostro aristocrático, inteligente, tranquilo, y la mano izquierda, una mano posesiva, dominadora, sádica, que aprieta firmemente el seno de la otra mujer. La Mujer de Fez transmite un aura de urgencia: es alguien que sabe lo que debe hacer y aguarda el momento preciso. La otra, la Mujer del Seno Apretado, es un ser voluptuoso, de ojos almendrados y con la placidez de quien acaba de

tener un largo orgasmo. Las dos mujeres observan a una tercera que toca un instrumento de cuerda, probablemente una mandolina. (Joana creía que este cuadro era una de las pocas producciones eróticas del arte visual occidental). Ingres arrojó luz sobre el flanco de la Mujer de la Mandolina; yo lo hice sobre el seno y la mano. Trabajé en el cuadro todo el mes. Dejé aflorar el interior y el revés del seno y de la mano, el hueso y el tejido glandular, cartílagos diáfanos, finos vasos sanguíneos, linfas doradas, todo luminoso, transparente, imbricado, superpuesto. Alrededor apenas se presienten los ojos de las otras mujeres. Un clima siniestro, misterioso, excitante. (El cuadro no era tan bueno como la literatura de Joana). «¿Y tú? ¿Amas a alguien?».

Respondí:

Te extraño tanto que ya no lo soporto más. Nada importante ocurre allí, en ese viejo desierto. ¿Ya has visto la tumba *bordeaux* de Napoleón en los Inválidos? Es para morirse de risa. Vuelve en seguida, puta.

8

Matos invita a cenar a Vilela.

Son veinte personas.

Vilela elude los apartes con Matos, escapa de varios ardides.

Al despedirse, en la puerta, Matos dice:

—Cuando yo quiera, escuche bien porque yo diré cuándo, usted me mostrará lo que Morel está escribiendo.

—Entonces lo veremos.

—Sí que lo verá. —Los dos hombres conversan tranquilamente.

Matos tiene un as en la manga.

Viernes. En la penitenciaría. Vilela le dice a Morel que no le muestre a Matos lo que escribe.

—Vino aquí, pero no ha hablado del asunto —responde Morel.

«Oh, Astucia», piensa Vilela.

Vilela evita hacerle preguntas a Morel. Detesta los rompecabezas con piezas marcadas.

El sonido breve del timbre.

Elisa estaba de pie en la puerta.

—Estás en tu casa —dije, invitándola a entrar. Elisa entró.

—¿Ya ha llegado el profesor Khaiub?

—Todavía no, pero no tardará.

Elisa permaneció de pie y observó los cuadros de la sala.

—El Vassarely es original, lo compré en París hace unos años; los demás son reproducciones. Prefiero la reproducción de un artista que me guste a un original mediocre. Claro que los esnobs no piensan así. Para los esnobs la pintura, como todo lo demás, es un símbolo de estatus.

Elisa miraba las paredes.

—¿Alechinsky?

—¿Te gusta la pintura?

—¡Qué artista tan cruel, Man Ray! —dijo Elisa ignorando mi pregunta.

—Y a eso le llama *Cadeau*...

Elisa me sorprendía. El *Cadeau* de Man Ray era conocido; pero el Alechinsky era una reproducción que yo mismo había hecho.

—La hice yo.

—Son muy buenas —condescendió Elisa—. Y me imagino que todas las fotos son también tuyas.

—Sí.

—Ni un solo niño, animal, hombre, objeto... Solo mujeres... —dijo Elisa.

—Me gustaría que me permitieras hacerte una foto.

—Ya me lo has dicho.

—Un *clóse up* blanco y negro, la cara crudamente expuesta, todo el canibalismo de tu cara.

Elisa dejó escapar una carcajada. Me acercaba a ella. Nadie resiste oír hablar de sí mismo.

—Dime más.

Sonó el timbre.

Era Khaiub, vestido de negro. Caminó hasta Elisa y después de mirarla fijamente a los ojos durante algún tiempo, dijo con voz profunda:

—Tengo poco tiempo.

Nos sentamos.

—Escriba en este papel hora, día, mes y año de su nacimiento —dijo Khaiub.

—No sé la hora.

—Entonces, día, mes y año.

Elisa lo escribió y Khaiub guardó el papel en el bolsillo.

—Profesor, no dudo de sus poderes, ¿pero con esos únicos datos está usted en condiciones de descubrir mi futuro?

—Señora, desde hace millares de años, cuando salió de Mesopotamia y pasó a Grecia, donde recibió sus fundamentos científicos, la astrología tiene por objetivo el descubrimiento de las verdades que pueden unir a la humanidad y elevar al individuo por encima de sus preocupaciones egoístas. No soy un gitano ambulante que se aproveche de la credulidad de las personas. Mis estudios se fundan en Kepler, Copérnico, Brahe...

—¿Quiere usted decir que es un hombre de ciencia? —dijo Elisa, con una nota irónica en su voz.

—En cierto modo.

—¿No leerá mi mano?

—Tricassus Mantuanus enumera ochenta variedades de manos. Sin embargo creo, como Corveus, que no pasan de setenta —dijo Khaiub cogiendo la mano de Elisa.

La miró un rato.

—Caridad mezclada con impulsos voluptuosos y una alta dosis de orgullo... Eso está aquí, en los montes de Venus y Júpiter... Saturno muestra prudencia, sabiduría, buena suerte; pero el monte de Mercurio señala pereza y también ambición de ganancias... Veo también en Sol y en Marte el éxito, la audacia, junto a una inesperada timidez... Gran sensibilidad...

Elisa escuchaba todo sin decir una palabra.

Khaiub se apretó las sienes con ambas manos. No se parecían a las que yo había descrito a Elisa. Eran finas, sin vello, frágiles. Pero quizá Elisa no recordase lo que yo le había dicho.

No tengo esperanzas en el futuro de nuestro país. Nuestra juventud es insoportable, sin educación, terrible.

Hesíodo, 720 a. C.

—Hay más de cien marcas que pueden leerse en las manos —dijo Khaiub—. Aquí en la falangeta del índice, está la marca del idealismo... en la falange del anular, el amor a la verdad... en la falangina del meñique, la prudencia...

Elisa continuaba en silencio.

—Veo una larga vida... El amor recorre caminos de tribulación y finalmente se realiza... esto acontece ya o acontecerá en breve... Usted no ama a su marido... Pero seguirá con él... son amigos... El hombre que surge en su vida...

—¿Sí?

—Mi tiempo se ha terminado —dijo Khaiub, como si oyese una llamada interior—... otro día...

Zé se levantó y salió corriendo de la sala.

Elisa empezó a reír.

—Eres un idiota —dijo Elisa.

—¿Por qué?

—Porque piensas que *los demás* son idiotas.

—No entiendo.

Elisa cogió el bolso y antes de salir dijo con ironía:

—Esta vez no ha resultado.

Yo no dije una palabra, no hice ni siquiera un gesto para impedir que se marchara.

Me quedé bebiendo cerveza y después me acosté. Cuando Elisa sea vieja sufrirá mucho, pensé con satisfacción. Resolví saborear mi larga venganza. Una gran dama envejece: sus piernas se afinan, aumenta la rotunda flaccidez abdominal. Elisa pierde el equilibrio, y se cae en la calle, patas arriba. Veo caer el pelo seco y lacio por el uso de tinturas, y aparecen arrugas, doble mentón, grasa en los senos, ojos hinchados, tontería, miedo, rencor, envidia, desesperación, mezquindad, aliento mohoso, ovario averiado; la enfermera le quita la dentadura por temor a que se la trague, en una infecta cama de un hospital de ancianos; las cataratas no le permiten ver los antiguos retratos gloriosos, la memoria le duele de manera insoportable y siente frío en los pies.

Dormí satisfecho.

Tiempo.

En el mes de setiembre, dos acontecimientos importantes: gané un premio en la Bienal, con *Conexión*, y Joana regresó de París. Apenas apareció la noticia en los periódicos, empecé a recibir llamadas de *marchands* y de personas interesadas en mi trabajo. Sin embargo, nada de eso tendría influencia en mi vida. El regreso de Joana, en cambio, puso mi vida del revés. Pero no sospechaba siquiera lo que iba a ocurrir.

Magalhães telefoneó.

—*Venus R. B.* te está esperando.

—No quiero hacer más cosas de encargo. Basta de fotografías de cerveza.

—Paul —dijo Magalhães, dramáticamente—, te doy la libertad de hacer lo que quieras. El mundo solo piensa en sexo, todo es sexo; los regímenes de adelgazamiento, la cirugía plástica, los cosméticos, la moda, la cultura, la religión, la política, el poder, la ciencia, el arte, la comunicación, todo está al servicio del sexo.

—Y yo ¿qué tengo que ver con eso?

—Te pagaré bien. No me dirás que no necesitas dinero.

—No necesito. —Me dieron ganas de agregar: métete el dinero...

—Te pagaré como si fueses Picasso. Un montón.

—Te lo metes en el culo —dije finalmente.

—Ya está: se enfadó —respondió Magalhães, riendo.

Después de media hora terminó por convencerme.

En la literatura, el pene siempre es comparado con un instrumento de agresión. Empecé a imaginar la primera ilustración para *Venus R. B.* Un pene que fuese al mismo tiempo clavo, lanza, espada, bastón, tronco (árbol), ariete.

La vagina: gruta, nicho, concha, flor, nido.

En una sola tarde dibujé la vagina. Una flor (no figurativa) con un botón negro en el centro, que contenía todas las indicaciones indirectas de sus posibles plenitudes. La flor tenía movimiento, tensión, ritmo.

Sospecho que el universo no solo es más extraño de lo que suponemos: es más extraño de lo que somos capaces de suponer.

El pene quedó finalmente así: una especie de viga-émbolo-pistón-verga; tenía en un extremo una masa que parecía al mismo tiempo un diamante, un rostro humano y un glande, y en el otro un engranaje de cojinetes, ejes, embragues, palancas.

La función real del arte, antes que expresar sentimientos, es transmitir comprensión.

Hice también anos, mares de semen, senos. ¿El mundo no quería sexo? Un ano era el globo terrestre y estaba combinado con cruces, signos de dólar, triángulos y otros símbolos.

Estaba trabajando cuando sonó el timbre.

Era Joana. Estaba bonita y sonreía alegremente. Traía dos maletas y un bolso grande.

—¿Me puedo quedar aquí unos días? —preguntó, después de los besos y los abrazos.

—¿Y tu casa? ¿También vendieron tu casa? —le dije, en broma.

—No quiero ir a casa. Quiero vivir separada de mi familia. Si vuelvo a casa, no salgo más, me quedo presa en el engranaje.

La idea no me gustó mucho.

—Te prometo que no me quedaré mucho tiempo. Solo hasta que consiga un apartamento.

Mientras Joana abría las maletas, conversamos sobre mi premio en la Bienal, París, Río, el arte contemporáneo, el viaje, las comidas, y temas por el estilo.

—En París la moda no es ya la hiperfiguración, ni el arte conceptual ni el arte de actitudes. Es la transfiguración, una cosa parecida a la que tú hacías

antes. Es bueno lo que hacen ahora los austríacos. La Documenta, de Cassel, va a reformularlo todo.

Me quedé callado. Sentía rabia y envidia de esos tíos que tenían la dosis de estupidez e idealismo suficiente para continuar intentando cosas, inclusive *acabar* con el arte.

Joana sacó de la maleta un pantalón de terciopelo y una botella de vino tinto del bolso.

—Es para ti. Chateau-Lafitte.

Me pidió que me probase el pantalón. Me quedaba perfecto.

—¿Sabes cómo hice para comprártelo? No sabía tu talla, pero un muchacho atendía la tienda: le abracé, palpé su cuerpo, pasé las manos por sus caderas y le dije: «Dos centímetros menos de cintura».

—Depravada.

—El vendedor estaba tan asustado que ni siquiera respiraba.

—¿Me extrañabas? —pregunté.

—Me moría.

—Entonces, quítate la ropa —le dije, mientras me desnudaba.

—¡Qué hermosura! ¿Me dejas hacer un modelito así, durito, en oro, para llevar en el cuello?

Se rio con la boca cerrada, como los que no tienen dientes delante. Luego abrió la boca y sus dientes surgieron como un chorro de luz en su cara morena.

En la cama:

—Quiero que me pases esa cosa tan bonita por la nuca, y luego me la pongas en el sobaco, y en las corvas y en... —dijo Joana.

No la pegué. La amé delicadamente, sin violencia.

Joana, mientras preparaba el café:

—¿Por qué no dejas que me quede? ¿Hasta que nos cansemos?

—¿Y tus padres? ¿Qué va a decir Su Excelencia el embajador?

—El embajador no importa. Soy mayor, tengo veintiún años.

—Veinte.

—Cumpló los veintiuno la semana que viene.

—Estás envejeciendo.

—Déjame... Te cuido, arreglo la casa, te enseño a pintar...

—En verdad, necesito alguien que me enseñe a pintar. —(Sumidero).

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—No, ya no tengo paciencia para vivir otra vez con una sola mujer.

—No es necesario que sea una sola. Puedes vivir con todas las que quieras, siempre que yo sea una de ellas.

—¿Hablas en serio?

Joana me miró largo tiempo. Después se miró sus propias manos, como si se examinara las uñas.

—Sí.

Me lo imaginé: yo vivía con varias mujeres en la misma casa. Cuanto más lo pensaba, más me agradaba la idea.

—Como si fuera una familia —dije.

—Como si fuera un harén. —Joana no parecía tan entusiasmada con la idea como yo.

—No —insistí—. Una familia.

Yo habitaba una enorme casa vieja, en Santa Teresa. Siempre me gustaron las casas grandes. Tal vez, para compensar el período de pobreza durante el que toda mi familia vivía en un piso, con dos habitaciones, encima de la tienda de papá. O tal vez, por nostalgia de la casa de mi infancia. O por las dos cosas.

Joana empezó a sacar la ropa de la maleta. Se instalaría en un cuarto desde donde se veía la ciudad: una masa de bloques de cemento, a lo lejos.

—Ya sé quiénes serán las mujeres de nuestra familia —le dije.

—¿Quiénes?

—Carmen, Ismenia y Ligia.

—No las conozco...

—Carmen es una modelo; Ismenia es pintora, Ligia... no sé bien qué es...

—¿Y esa va a ser nuestra familia?

—Pienso también en Elisa...

—¿Cinco entonces?

—... Elisa Gonçalves...

—¿Elisa Gonçalves? ¡Esa no!

—¿Por qué no?

—¿Quieres que tu *familia* aparezca en la sección de sociedad? —¿Y las otras? ¿Tienes algo contra las otras?

—No. Ni en contra ni a favor.

Compré una alianza de oro para Joana. Hice grabar en el interior: *Paul ama a Joana*.

9

Vilela llama por teléfono a Dulce.

—¿Vamos a salir?

—¿Te parece que vale la pena?

—Tenemos que hablar.

—¿Todavía queda algo por decir?

Comen en silencio.

—Hoy hace seis meses, me dijiste que me querías. ¿Recuerdas lo que hice yo? —pregunta Dulce.

—Sí.

—¿Qué?

—Me besaste la mano —responde Vilela.

—¿Por qué lo hice?

—Yo te quiero —dice Vilela.

Dulce no contesta. Su rostro pálido, inmóvil, no expresa ninguna emoción.

Llegan a la cuarta *boite* poco antes de la salida del sol.

—Muy bien, una noche entera conmigo —dice Dulce—. Te felicito.

Vilela pide té con tostadas. El *maitre* se disculpa, pero no hay té. Vilela escoge una sopa. Dulce va al lavabo.

Un hombre de blanco, con corbata negra, en la mesa vecina, sigue a Dulce con la mirada. Luego se inclina, y coge la mano de Vilela:

—Permítame decirle, con todo respeto y consideración, que esa mujer es la más hermosa que he visto en mi vida.

Es un hombre de setenta años, de largo pelo blanco ondulado y mano caliente. A su lado está una mujer de edad indefinible, con el pelo teñido de rubio.

—Bailaremos un tango en su honor —dice el viejo.

Dulce regresa. En ese instante, sirven la sopa, la pareja de ancianos se levanta, el hombre le grita al pianista que dirige un pequeño conjunto de tres instrumentos:

—¡Un tango!

Bailan el tango con todos sus rebuscados floreos. Dulce no presta atención a lo que ocurre.

—Es un médico famoso, un gran cirujano —explica el camarero.

El médico y la mujer vuelven a su mesa.

—Muy bien. —Vilela elogia al médico.

—Un ejercicio magnífico, excelente para la salud —responde el médico. Salen.

Dulce en la puerta de la casa, antes de entrar:

—Estoy cansada de ser la mujer de tu vida, mientras sigues casado con otra mujer, que además no te quiere.

Dentro del coche, en la avenida Atlántica, Vilela espera que sea de día. Está cansado, pero no quiere ir al nuevo apartamento donde vive. Cuando abre el bar de enfrente, Vilela ocupa una de las mesas exteriores y bebe cerveza. La gente que pasa en dirección a la playa es fea y triste. Una mujer pecosa, con una niña al cuello, le pide:

—¿Me quiere ayudar? La niña no sabe lo que son las patatas fritas.

La niña gime para confirmarlo.

Vilela le da dinero a la mujer.

—¿Dónde vive? —le pregunta.

—En Caxías, solo vengo aquí a buscar dinero —responde la mujer, con inocencia.

En una mesa próxima un hombre come longaniza, bebe cerveza. Vilela y él son las únicas dos personas solitarias del bar.

—Estas mujeres son unas embusteras —dice el hombre—. ¿No ha visto a esa que se pasa el día en la calle Ouvidor con un chico en el regazo? El chico es alquilado, la mujer lo lleva para engañar a los bobos.

Vilela no responde. Paga y vuelve a su coche. Le gusta estar solo en su coche mientras conduce al azar. Repasa su vida. Casi cincuenta años, dos matrimonios fracasados, una amante nueva que ya no le quiere.

Por la noche, al volver a su casa, ve a los obreros nordestinos (que terminan la construcción del edificio y duermen en un enorme garaje); llevan palos, barras de hierro y otros instrumentos contundentes. Uno (son ocho), que parece comandar el grupo, espía debajo de un coche.

—¡Está aquí! —dice.

—¿Quién? —pregunta Vilela.

—Un gato —le responden.

Vilela tiene prisa. Quiere telefonar a Dulce.

—¡Allá va! —gritan. El gato corre, espantado. Un trozo de palo le da en el lomo, una pala golpea violentamente su cuerpo. Se siente el entusiasmo y la alegría de los hombres mientras persiguen al gato.

«Tengo que llamar a Dulce», piensa Vilela.

Dulce atiende, fríamente.

—Hablemos —dice Vilela.

—Ya no hay de qué hablar —responde ella, con voz triste.

—Entonces, adiós —dice Vilela. Es un hombre orgulloso, que solo gusta de quien gusta de él.

Vilela baja. El garaje está en silencio, los obreros duermen en sus hamacas. Vilela encuentra el gato en el basurero, los ojos abiertos, brillantes en la penumbra, el cuerpo frío. Si hubiese sido una persona, también la habría abandonado para hablar por teléfono con Dulce; el amor es eso, piensa Vilela.

Dulce. Tiene el pelo negro, pero le brilla en torno a la cabeza como una antorcha.

El primer encuentro fue desesperante. Él no quería cosas instantáneas, quería que no tuvieran fin: la intrusión, la pasión, la entrega, el fondo.

La llevó al cuarto de baño y encendió el calentador de agua (estaba en mal estado, pero él no lo sabía). Se bañaron juntos con agua caliente y cuando vio que había vencido su sorprendente inhibición, la acostó en el frío piso de baldosa para no perder tiempo. Ella, con una mirada asustada, intentaba comprender lo que ocurría. No ocurrió nada, excepto que un chorro de agua hirviendo brotó del caño, en la pared, mientras la ducha caía estruendosamente sobre la bañera.

Muy frustrante.

Vilela regresa al apartamento vacío y se duerme, sentado en un sillón. A la madrugada se despierta, va a la cama, pero no consigue volver a dormir. Asiste impaciente al final de la noche, tiene ganas de beber, se resiste al impulso. Recuerda que, en una época, cuando tenía insomnio, buscaba su máquina de escribir. Habían pasado dos años desde que terminara su último libro. Ahora solo producía con enorme esfuerzo pequeñas obras de encargo, cuya publicación en revistas le dejaba deprimido. «Estoy vacío —piensa Vilela, y recuerda en seguida que Morel había dicho lo mismo—. He estado vacío toda la vida». Vilela se levanta, va al cuarto de baño, se ducha, se afeita.

Estos gestos le integran nuevamente al mundo. Le lleva toda la mañana escribir un artículo sobre la violencia.

Cita: «No tiene importancia quién ha cometido de hecho el asesinato. La psicología apenas se preocupa por saber quién lo deseaba emocionalmente y quién acogió con agrado el hecho de que ocurriera. De este modo, todos los hermanos de la familia Karamazov (y de la familia humana) son en realidad culpables».

Luego va a la agencia de colocaciones de modelos, donde obtiene la información que necesita.

Al salir de la agencia se encuentra con el señor Gonçalves Silva, que escribe eruditos ensayos sobre literatura inglesa.

—¿Cree usted que Shelley, al escribir «*sometimes the Devil is a Gentleman*» habrá plagiado a Shakespeare, que decía «*The Prince of Darkness is a gentleman*»?

El diablo no era una figura apta para ser examinada con Gonçalves Silva.

—Creo que Shelley corregía a Shakespeare.

Gonçalves puso cara pensativa. La literatura inglesa es cosa seria, es preciso reflexionar.

Vilela se despide antes de que Gonçalves pueda proseguir, y coge de prisa un taxi.

10

—¿Has tenido algún problema?

—Ninguno. Pregunté por el inspector Rangel, como me habías dicho, y él me llevó a la celda de Morel.

—¿Te ha dado algo?

Hilda saca del bolso unos folios doblados.

—¿Cómo fue?

—Llegué y le dije que trabajaba contigo. «Tú eres Hilda», me dijo.

—¿Y qué más?

—Me deprimió mucho ver a ese hombre preso... Yo tenía otra idea de él...

—¿Cuál?

—Yo... esperaba una persona viciosa... una cara cínica... Creo que por las cosas que escribe...

—Las palabras...

—Me miró el cuerpo... de una manera... melancólica... Me turbó mucho, no porque me mirara, por todo lo demás, nunca había estado en una cárcel junto a un preso...

—Háblame más de él.

—Estaba muy triste y, no sé cómo explicarlo, parecía atraerme hacia él; estaba quieto, apenas se movió en todo el tiempo que estuve allí, pero aun así era como si tuviese en su interior una especie de trampa y en cualquier momento fuese a...

—¿Atacar?

—No, a abrazarme, pero no sé qué clase de abrazo. O tal vez era yo quien quería abrazarle. —Hilda ríe—. ¡Qué horror!

Lúcido y fatigado, me desperté con una de esas revelaciones imbéciles que causa la resaca.

La víspera, en casa del editor Pedro Magalhães, una noche de locuras. Alguien había escrito un libro llamado *Venus R. B.* y Magalhães quería que yo lo ilustrara.

—El libro habla de todas las perversiones: sadismo, robofilia, bestialismo, fetichismo, necrofilia, parafernalismo, bisexualismo, gregarismo libidinoso.

—Ni siquiera sé qué es eso —le dije.

El apartamento estaba lleno de mujeres. También algunos hombres.

—¿Qué es robofilia? ¿Y parafernalismo? —pregunté.

—Yo solo inventé las palabras. Las perversiones ya existían.

Magalhães debía de haber tocado un timbre, porque apareció una negra alta, vestida de negro.

—Trae a Gretchen.

La negra volvió con una muñeca de plástico, alta como ella.

—¿Nunca se acostó con una de estas muñecas? —preguntó Magalhães.

—No.

—Una cantidad cada vez mayor de personas se acuesta con muñecas. Eso es robofilia. Una palabra inventada por mí. Tienen dos orificios, como *las otras*, uno adelante y otro atrás, forrados de materia esponjosa muy suave.

Magalhães sostenía la muñeca sobre sus rodillas.

—Usted mismo gradúa las dimensiones de los orificios para obtener mayor o menor constricción. Algunos usan sustancias untuosas, por ejemplo vaselina, leche condensada, sangre, resina. Una invención de la sociedad industrial.

—Interesante.

—Yo soy un moralista, quiero atacar la hipocresía, necesitamos más perversión para moralizar el país. ¿Qué le parece esta teoría?

—Interesante —repetí—. ¿Y qué es parafernalismo?

En el acto apareció la negra. Parecía telepatía.

—Trae los instrumentos de la maleta negra.

La negra y la maleta tenían el mismo color profundo. Magalhães abrió la maleta.

—El parafernalismo consiste en el uso de instrumentos que conducen al orgasmo. Este vibrador —Magalhães me mostró un objeto de cerca de quince centímetros de largo y cinco de ancho— es alimentado por pilas de mercurio.

Cuando se enciende, su cabeza (glande) gira a una velocidad mayor que la de un torno de dentista. No hay ninguna zona erógena femenina que resista a su sofisticada tecnología. Tiene cabezales intercambiables en cuatro formatos distintos. El cabezal Clásico, que es el que ve, el Flute, el Glossiana y el Pasión Rosa. Está claro que solo son denominaciones comerciales del producto.

—Interesante.

—Este pseudopene —continuó Magalhães— debe ser usado como coraza de un verdadero pene de carne y hueso. Vea las protuberancias, los salientes, los espolones distribuidos en su corrugada superficie. Su simple visión aterroriza. Puede causar horripilantes placeres a las personas más experimentadas y veteranas.

—Interesante. —¿Qué otra cosa podía decir?

—Vea estos anillos: se ponen en torno del pene, que al dilatarse los fija. Al mismo tiempo impiden que la sangre se retire del miembro. Se corre el riesgo de una necrosis, pero antes un pito amputado que blando. Esta cajita se llama «Belle de Jour», no es necesario decir qué tiene dentro, todo el mundo lo sabe. ¿Ilustrará el libro?

—Primero quiero leerlo.

—Le enviaré los originales.

—¿Y tendremos hoy aquí gregarismo libidinoso? —pregunté.

Magalhães pensó un poco.

—Puede acostarse con quien quiera, menos con mi mujer, que es esa morena de verde, y con la negra.

—¿Por qué con la negra no?

—Yo tuve una infancia muy pobre, y veía a los demás chicos en el regazo de sus niñeras. No tenía madre, y pensaba que nadie tenía madre, y que los chicos felices tenían niñeras. Por eso, cuando me hice rico, lo primero que busqué fue una niñera. Me baña, me lee cuentos en la cama, elige mi ropa, me viste. Nuestra relación contiene una alta dosis de erotismo reprimido. Reprimido, ¿comprende? Agregaré, de paso, que ella es virgen.

—¿Y es feliz ahora que tiene una niñera?

Por lo tanto, es la justicia de Dios lo que nos juzga y nos salva. Y esas palabras se convirtieron en un suave mensaje para mí. Este conocimiento me fue proporcionado por el Espíritu Santo, en la letrina de esta torre.

—No del todo. Pero un día llegaré a serlo.

—¿Puedo usar cualquier cuarto?

—Sí. Use el mío. Está todo forrado de espejos, satén, aparatos de sonido, fotos y estatuas de gente desnuda, una mezcla de burdel de Macao, lupanar romano y Sears Roebuck.

No logré entrar en el cuarto de Magalhães. Fui a otro, con una chica que me dijo:

—Eres un ejemplo típico de nuestra cultura. Una persona que ha tenido todas las oportunidades en la vida y llega a la edad adulta y es... ¿qué?

—No sé. Tú me lo dirás.

—Una persona incapaz de un pensamiento original, un único pensamiento, tan solo uno.

—Es la pura verdad —le contesté.

—Puedes ser médico, abogado, ingeniero, economista, arquitecto. Hasta dentista. O también, banquero, sacerdote o periodista. Pero no tienes la menor capacidad para examinar o entender cosas fundamentales como la justicia, la moral, la belleza, el amor, la verdad.

—Tienes toda la razón.

—¿Te burlas de mí? ¿Cómo te llamas?

—No me burlo. Mi nombre es Paul Morel.

—El pintor... Tan estúpido como todos los otros. Estoy segura de que vives con miedo a perder la virilidad.

—Me quitaré la ropa. ¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Mi nombre no importa. Lo único que quieres es usarme y tirarme.

—Te llamaré Kate.

Esto es así porque nuestra sociedad, como todas las demás civilizaciones, es un patriarcado. El hecho resulta evidente cuando se recuerda que las fuerzas armadas, la industria, la tecnología, las universidades, la ciencia, la política, las finanzas, en suma todos los caminos hacia el poder dentro de la sociedad, inclusive la fuerza coercitiva de la policía, están enteramente en manos masculinas.

—¿Y por qué tú no me usas y me tiras?

—Desconfío mucho de las figuritas que hablan suave como tú. —Sí, pero eso no impide que te desnudes. No te voy a hacer nada, solo te voy a follar.

—¿Me ayudas? —dijo Kate, poniéndose de espaldas.

Le abrí la cremallera del vestido. Kate se lo quitó por los pies. Solo llevaba bragas.

—Tienes un pecho bonito. —Era verdad.

En ese momento llamaron a la puerta.

La entreabrí.

Un tío calvo, flaco, muy pálido, en calzoncillos. Dos mujeres estaban con él.

—Eh, compañero, ¿no tienes un lugarcito?

—¿Lugarcito?

—Todas las habitaciones están llenas. El único lugar que queda para hacer unas piruetas es este —dijo, atisbando el interior.

—¿Por qué no vas a hacer unas piruetas en la sala?

—La sala está aún más llena —dijo una de las muchachas.

—Déjanos entrar, vamos —dijo la otra—. Es para armar una orgía como la gente.

—Solo si Kate está de acuerdo.

—¿No le gusta?

—Nunca lo ha hecho —dijo yo.

—¡Un huevo que nunca lo he hecho! —gritó Kate.

—Está bien, entrad todos —dije.

Entraron los tres.

—Esta es Kate. Yo soy Paul.

—Mi nombre es Guilherme. Y ella se llama...

—Mónica.

—... Y esta es...

—Diana.

—¿Alguien está follando con esa negra? —pregunté.

—¿Qué negra? —respondió Guilherme.

—Esa negrona grande, vestida de oscuro. Debe de llamarse Lurdes. (Con la bandeja de plata).

Nada debemos temer
excepto las palabras.

—No la he visto —dice Guilherme.

Lo malo de las orgías es que siempre terminas follando con quien no quieres.

—Hoy no me acostaré con nadie, que use la cama el que quiera —dije, echado en el suelo. El suelo estaba forrado por una suave alfombra.

Guilherme se acostó en la cama abrazado con Mónica.

Kate se sentó en una silla.

Diana se echó a mi lado.

—¿Mónica es amiga tuya?

—Nos conocemos.

—¿Cómo vinisteis a parar aquí?

—Oímos decir que había una fiesta de campanillas y vinimos. ¿De veras no quieres nada?

Mientras, Guilherme follaba con Mónica. Miré un rato, pero no le encontré la menor gracia. Definitivamente, no era un *voyeur*.

—¿Qué tal un sesenta y nueve vertical? —preguntó Diana.

—Hoy no, estoy muy cansado —respondí.

—¿Quieres ver cómo te levanto eso? —agregó Diana.

—Sí.

Diana estaba vestida. Pensé que empezaría por quitarse la ropa. No. Entonces pensé que empezaría con una *fellatio*. Pero comenzó por besarme los ojos. Después las orejas. Diana usaba los labios, los dientes con gran suavidad, y la lengua. Bajó por el cuello hasta llegar a mi pecho.

Miré hacia Kate, en su silla.

Descubrí que no me gustaba ver a los demás, pero sí que los demás me mirasen. Y también me gustaba hablar de esas cosas.

La boca de Diana estaba en mi barriga. Yo ya presentaba una erección completa. Su rápida lengua saltó a la pierna, al muslo, a las rodillas. Se me encrespó todo el cuerpo.

Oí los gemidos de Mónica en la cama.

Kate, en la silla, empezó a masturbarse.

—Acuéstate aquí —le dije a Kate.

Kate se echó a mi lado. Su boca buscó la mía. Mientras, la lengua de Diana se deslizaba entre los dedos de los pies. Eso me excitó. Diana metió el dedo gordo de mi pie en su boca. Kate me cogió el pito. Sentí que la lengua de Diana subía, y que también lamía los dedos de Kate. La boca de Diana me envolvía. Sentía la mucosa, la saliva, el calor.

—Para un poco —pedí—. No aguanto.

Diana se quitó rápidamente la ropa, se puso en cuclillas y de espaldas sobre mí y, cogida de mis piernas, bajó lentamente el tronco. Por unos momentos vi su pequeño esfínter rosado entre las dos masas glúteas. Observé cómo mi pito entraba. La cintura fina y la espalda delgada de Diana contrastaban con sus anchas piernas.

Mónica se levantó de la cama y preguntó:

—¿Dónde está el cuarto de baño en esta casa?

Diana, sin separarse de mí, giró su cuerpo y quedó cara a cara conmigo. Con las rodillas apoyadas en el suelo se mecía acompasadamente y profería un delicado gemido.

—Ahora ven encima —dijo Diana.

Kate seguía al lado.

Cuando Diana se apartó de mí, me giré hacia Kate y entré en ella.

—¡Eh! —protestó Diana.

Se transformó en un Latah mientras intentaba perfeccionar el POA (procedimiento de obediencia automática). Un mártir de la industria... (Sanos aparte de esto, los latahs imitan compulsivamente los movimientos si se despierta su atención con un chasquido de los dedos o una llamada incisiva. A veces se lastiman cuando intentan imitar los movimientos de varias personas al mismo tiempo).

Mónica, que continuaba en la habitación, abrazó a Diana, buscando una posición en que sus sexos se rozasen.

Guilherme estaba en la cama con los ojos cerrados. Quizá durmiese.

Diana y Mónica hablaban con excitación, entre besos.

Todo esto duró un rato hasta que concluyó, como siempre, en cansancio y desinterés.

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—Lo buscaremos. Eh, Guilherme, ¿vienes?

Guilherme no respondió. Dormía profundamente.

—Ya llegó muy alto —dijo Mónica.

—Lo dejamos donde está —sugirió Kate.

—Espera, que voy a buscar un óvulo de dexametazona con dihidroxiquinina y clorato de benzalconio. Siempre lo uso, después de lavarme —dijo Mónica.

—Dame uno —respondió Kate.

—Yo también quiero —agregó Diana.

—El agua está llena de gérmenes —observó Mónica, mientras buscaba los óvulos en su bolso.

—Y los hombres también —dijo Kate.

Cuando salimos, Kate cerró la puerta.

—Así nadie tocará nuestras cosas.

En la sala, media docena de personas desnudas, pero solo dos se abrazaban sobre un sofá. Los demás descansaban, conversaban, dormían.

En un aparador había varias botellas de *whisky*, hielo, soda y otras bebidas.

Preparé un trago para cada uno de nosotros y, copa en mano, continuamos la búsqueda del cuarto de baño. Abrimos varias habitaciones llenas de gente desnuda.

De repente, la negra.

Who is not engaged in trying to impress, to leave a mark to engrave his image on the others and the world? We wish to die leaving our imprints burned into the hearts of others. What would Ufe be if there were no one to remember us when we are absent, to keep us alive when we are dead? And when we are dead, suddenly or gradually, our presence scattered into ten or ten thousand hearts, will fade and disappear. How many candles in how many hearts? Of such stuff is our hope and our despair.

—Después las busco —dije. *Exit* Diana, Kate y Mónica.

—Hola —le dije a la negra. Llevaba el mismo vestido oscuro y largo.

—En esta parte de la casa no puede estar así.

Estábamos en la cocina. Yo, desnudo. Sobre la mesa había una botella y un vaso. La negra bebía sola.

—¿Por qué no se puede?

—Órdenes del doctor Magalhães.

Mi copa estaba vacía.

—¿Me das permiso? —Cogí la botella y me serví—. Estoy un poco bebido, y cuando estoy así me vuelvo amable con la gente. La negra no respondió.

—¿Te llamas Lurdes?

—No. Rosario.

—Estás sola.

El hecho de que estuviera sola me intrigaba.

Ella no respondió; me miraba con sus tranquilos ojos amarillos.

—Antes de que nacieras, eras mi niñera. No la de él.

Una bola o un círculo amarillo con fondo castaño.

—También yo quiero la niñera que perdí.

La cara negra, inmóvil.

—Él, Magalhães, nunca tuvo. Sufre menos.

Sentía un fuerte deseo por las cosas hermosas de la vida, los cuerpos de las personas. Una voluntad de contacto físico. Mi cuerpo junto al de ella.

—No me hagas esto —continué.

Vací y llené varias veces mi copa.

Rosario callaba, no apartaba los ojos de mí.

—No quiero iniciar contigo una secuencia erótica gratuita —le dije.

Le cogí la mano.

Ella se dejó hacer, decorosa y distante, como un niño ante un amigo de la familia.

—Así no es posible —dije.

Salí de la cocina. No sé cómo llegué a casa.

11

Vilela le da a Morel los folios mecanografiados por Hilda.

Morel concluye la lectura. Se tiende en el suelo y comienza a hacer flexiones.

—¿Espera a que yo llegue para ponerse a hacer flexiones?

—Lo hago cada hora. Cincuenta veces.

—¿Cuántas horas?

—Ocho. Cinco veces ocho, cuarenta: cuatrocientas flexiones.

—Dentro de poco se convertirá en un Pantera Negra.

—Eso es lo que me mantiene vivo aquí. Las mil flexiones. Quiero llegar a eso. No es el libro. ¿Y usted? ¿Qué le mantiene vivo? —Morel mira a Vilela desde el suelo. En su frente aparece una vena en forma de V.

—Es la primera vez que llama libro a lo que está escribiendo.

—¿De veras?

—Creo que sí. Pero no tengo su memoria.

—¿No me va a contestar?

—¿Qué?

—¿Por qué sigue vivo?

—Porque quiero.

—Considero evasiva esa respuesta. ¿Y un perro? ¿Por qué subsiste?
¿Porque quiere?

—Yo no soy un perro.

Morel ríe. Ríe un buen rato.

—¿Ha escrito algo?

—Sí.

Paul le da los papeles a Vilela.

La primera elegida para nuestra familia, después de Joana, fue Carmen.

Estaba muy agresiva.

—No estoy agresiva, soy así. Solamente me defiendo.

—Quería hablar contigo.

—Entonces, habla.

—Sí, pero me inhibes con tanta aspereza. Ya sabes que soy un hombre tímido.

Carmen rio.

—Si fueras tímido, no te entregarías tanto. Tímida soy yo, por eso me defiendo.

—¿Por qué eres tímida?

—Ah, si hubieses vivido la vida que yo he llevado...

—¿Qué vida?

—No te la voy a contar, es demasiado aburrida.

—Está bien. Si no quieres contarla, no la cuentes. ¿Qué tal si comemos juntos?

Fuimos a comer.

Comimos y bebimos mucho.

—Ya te he dicho que tengo un hijo, ¿no?

—Sí.

—¿Y también que mi hijo no tiene padre?

—No recuerdo los detalles.

—¿Quieres saber los detalles?

—Sí.

—Es hijo del hombre que está casado con mi hermana. Carmen dejó de hablar. Yo también me quedé callado.

—Mi hermana está a favor de él y en contra de mí. Él quería vivir con las dos en la misma casa.

—Y tu hermana ¿aceptaba la situación?

—Sí.

—¿Y tú? ¿No querías vivir con los dos? ¿O querías estar sola con él?

—Lo odiaba. Solo quería a mi hijo. Él me poseyó casi a la fuerza.

—¿A la fuerza?

—Casi. Tengo una cicatriz, me hirió con un cuchillo.

—¿El día que te poseyó?

—No. Eso fue la segunda vez. Solo estuve dos veces con él.

—¿Te poseyó herida?

—Sí, sangrando.

—¿La herida te dolía?

—Sí.

—¿Gozaste?

—No.

—¿Y tu hermana?

—Él la pegaba. Pero, en el fondo, todo eso no la incomodaba.

—¿Qué edad tiene tu hermana?

—Treinta años.

—¿Y tú?

—Veintitrés.

Carmen calló. Raspaba el mantel con el cuchillo.

—Llegué a pedirle a un tipo que le matara.

—¿A quién?

—A uno con quien yo andaba. Un policía.

—¿Dónde era esto? ¿En Río?

—Comenzó en Minas. Luego vine a Río, sin mi hijo. Fue entonces cuando quise matar a mi cuñado. Recurrí a la justicia, pero el juez me engañó. Dijo que el niño se iba a quedar con los abuelos, con mis padres. Pero un día volví, y el chico estaba con mi cuñado, en casa de mi hermana.

—¿Y abandonaste la idea de matar a tu cuñado?

—Mi hermana tiene cuatro hijos. No puede mantenerlos ella sola.

—¿Aún le odias?

—Más que a nadie. Pero mi mayor tristeza es no poder tener cerca a mi hijo.

—¿No te incomodaría?

—No. Y voy a ir a buscarlo como sea. Estoy decidida. Allí le tratan como a un perro. El año pasado encontré a mi hijo flaco, esquelético, comiendo caca de gallina. Al padre no le gustan los niños, también maltrata a los de mi hermana.

—¿Cómo es tu hermana?

—Delgadita, por los sufrimientos que padece con el marido. Aparenta más de cuarenta años. Está hecha un trapo: el marido anda con las criadas, trae prostitutas a casa, gasta el dinero en el juego.

—¿Tiene criadas?

—Dos. Y anda descaradamente con ellas. Una es una niñera negrita de nueve años. Él es un degenerado. También anduvo con mi otra hermana, la mayor. Somos tres, y ha andado con todas.

—¿Quería vivir con las tres?

Yo pensaba en mi caso.

—Sí. Prefería a la mayor, que tiene treinta y seis, pero desistió y se quedó con su mujer.

—¿Tu madre vive?

—En la época en que me perdí mi madre estaba de viaje. Vendía oro y joyas. Nunca más la vi, no sé si está viva o muerta, no quiero saberlo.

—¿Y tu padre?

La trama y la secuencia tradicionales no tienen ya significado... El escritor tiende a una conciencia más aguda de sí mismo en el acto de crear. Lo exterior disminuye y el escritor se aleja de la realidad objetiva, de la historia, de la trama, del carácter definido, hasta que la percepción subjetiva del narrador es el único hecho garantizado en la ficción.

—Mi padre era un vagabundo, solo le interesaba beber. Y mi madre, pobre, tenía que encontrar alguna forma de ganar dinero.

—¿Adónde viajaba tu madre?

—A Bahía, a Minas, a Sao Paulo, por todo Brasil.

—¿Y tu padre? ¿Murió?

—No.

—¿Cómo es?

—Nunca se ocupó de sus hijas. Cuando yo era una chiquilla siempre me hacía bromas, decía que iba a ser una prostituta. Terminé por serlo de veras. Pero cuando volví bien vestida y con dinero, se arrodillaron a mis pies y se olvidaron de que me habían echado como a una perra.

—¿Y cómo viniste a Río?

—Cuando fui al juez, a resolver el problema de mi chico, conocí a un abogado. Me ofreció trabajo y me llevó a su casa. Estaba casado.

—¿Se acostaba contigo?

—Pasó una sola vez. Yo le dejé. Vino de noche, cuando su esposa estaba dormida, y lo hicimos. La mujer no lo supo nunca. Eran muy buenos, pero me quedé poco tiempo. Una vecina decía siempre que si iba a su casa no sería una criada, sino una hermana, y que me daría todas las comodidades y demás. Tenía mucho dinero.

Luego supe que su amigo era un banquero de bicho^[3], que le prohibía salir de su casa. Ella necesitaba compañía, de verdad. El banquero era un viejo muy feo que venía en un Ford Galaxy, y tenía una medalla de san Jorge colgada del cuello. Era un sujeto repugnante.

Carmen volvió a guardar silencio.

El primer color que me impresionó fue el azul de una chaqueta que me regalaron de niño. No sé de qué paño era, quizá terciopelo. Y nunca más vi ese color. Mezclé tintes durante años sin conseguir reproducirlo.

—¿Y después?

—Un día el banquero me pidió que saliera con él. Dijo que me convertiría en una mujer muy rica. Me llevó a un apartamento, me dio champán y empezó a chuparme. Yo nunca había hecho eso; quise irme y no me dejó, quería que también yo le chupara. —¿Hiciste lo que te pedía?

—A medias; le dejé hacer.

—¿Te gustó?

—No. Era la primera vez. Él tenía una cara muy fea y llena de cicatrices. Al día siguiente volví a casa. La amante me preguntó dónde había dormido, y le dije que en casa del abogado que me había llevado a Río. Ella lo creyó. Unos días después, estábamos los tres en la sala, el banquero, la amante y yo, y él me puso un billete en el regazo, pensando que la mujer no le veía. Pero lo vio, montó un escándalo y me expulsó de la casa inmediatamente. Siempre me echan de las casas. Mientras estaba parada en la calle, con la maleta en la mano, sin saber qué hacer, el banquero de bicho apareció en su enorme coche, y dijo que me llevaba a casa de una amiga. Cuando llegamos, una chica muy bonita y bien vestida abrió la puerta. Pregunté quién era, y él respondió que trabajaba allí. Nunca había visto una criada tan elegante. «Trabaja con el cuerpo», agregó él. Me había llevado a un burdel.

El restaurante se había quedado vacío. Un camarero, de pie, miraba de vez en cuando en nuestra dirección.

—¿Quieres un licor? —pregunté.

—Sí.

Pedí un licor.

—Yo estaba asustada. El banquero me dijo, yo soy un hombre de más de sesenta años, no voy a alquilar un apartamento para una chiquilla bonita que terminará por ponerme los cuernos, coge este dinero para volver a tu tierra, si quieres. Me dio dinero para el pasaje. Yo pensé que volver a casa sería peor. Tenía diecisiete años. Me quedé cuatro años en el burdel. A principios del año pasado, un cliente me sugirió que fuese a una agencia de publicidad a trabajar de modelo. Fui y conseguí trabajo. Salí del burdel. Como te dije, ahora soy una puta *part-time*.

—¿Quieres venir a vivir a mi casa?

—¿En tu casa?

—Tengo una casa grande en Santa Teresa.

—Y después de todo lo que te he contado, ¿todavía me invitas a tu casa?

—Sí.

—Para acostarte conmigo no necesitas invitarme a vivir en tu casa.

—Yo no quiero acostarme solamente contigo. Voy a hacer un experimento. Quiero vivir con varias mujeres. Ya tengo una. Tú eres la segunda. E invitaré a dos más.

—Esta idea me parece una locura.

—Puedes traer a tu hijo. ¿Qué edad tiene ahora?

—Cinco años.

—Espléndido. Aumentará aún más el clima de familia de nuestro grupo.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro que sí. Y podrás continuar trabajando, siempre habrá alguien para cuidar al chico.

Al salir del restaurante, Carmen preguntó:

—¿Cuándo puedo ir a buscar a mi hijo en Minas?

—Cuando quieras.

—¿Mañana, entonces? Vuelvo directamente a tu casa. —Está bien. Anota la dirección.

En seguida, Ismenia.

En un desierto, muerta de sed, una mujer bien peinada, de pelo liso, bonita, abrazada a un hombre barbudo y cansado preguntaba con voz dolorida: «Franz, qué va a ser de nosotros». Salí. No les iba a pasar nada. Y además, cuando se despertaba por la mañana esa actriz tenía la cara mucho más desarreglada que en aquel ardiente desierto.

En la calle estaba peor que en el cine. Yo reunía valor para hablar con Ismenia. Llovía, y había gente que me miraba, dispuesta a conversar conmigo. Un vendedor de pisos en la zona sur, un homosexual en busca de compañía, un forastero de Minas que deseaba saber dónde estaba la calle Álvaro Alvim, un contrabandista de relojes japoneses. Mi imaginación vagaba. Llegar a casa de Ismenia, tocar el timbre, «Hola, ¿me das otra oportunidad?». Ella, con voz apenada: «Está bien...».

Me quedé un rato parado en una esquina sin saber qué hacer.

—¿Qué tal es ser un artista laureado? —preguntó Ismenia, al abrir la puerta.

Le miré la cara para descubrir alguna huella de desdén, aún inconsciente. Sentada en el sofá de la sala, Ismenia sonreía.

—No pareces muy feliz con el premio.

—No lo estoy.

—Pues yo estaría feliz.

—Esos premios no valen nada.

—Yo me puse muy contenta y orgullosa. Le digo a todo el mundo: «¿Paul Morel? Es muy amigo mío». Somos amigos, ¿verdad?

Yo estaba sorprendido por el rumbo que tomaba la conversación.

—Claro que sí.

—¿Quieres ver el cuadro que estoy pintando?

Asentí. Solo colores calientes. No me gustaba la pintura *naïve*.

—Estás muy callado hoy.

Tenía muchas cosas en la cabeza y eso me desarticulaba. Los mejores conferenciantes son los que tienen una sola idea. Los mejores profesores, los que saben poco.

—Tengo la cabeza como un remolino.

—No te entiendo.

—Antes de venir aquí fui al cine, después he caminado por las calles, mientras preparaba mi discurso... Tan solo porque no sé decir simplemente: ¿quieres venir a vivir a mi casa con otras mujeres —una puta, una *jeune filie* con inclinaciones artísticas, una aristócrata que no sé si aceptará...?

Pausa.

—¿Y quién va a lavar los platos? —Ismenia no se lo creía.

—No sé. Yo. Por turnos. Todos nosotros.

—¿Hablas en serio?

—¿Te acuerdas de mi padre? Se había muerto, yo hablaba en serio y tú no me creíste. Créeme hoy.

—Hum, hum.

—Por favor.

—Está bien. Te creo. Pero a mí me gusta mi casa. ¿Por qué voy a vivir con un montón de mujeres y un pintor loco, perdona, neurótico, quiero decir, difícil?

—¿Recuerdas a la declamadora?

—Tú solo me invitas a recordar...

—¿La recuerdas?

—Sí. Yo misma te lo he contado.

—Entonces, ya sabes.

Ismenia encendió un cigarrillo.

Le dije:

—No hables, vamos a ver si conseguimos quedarnos callados por lo menos diez minutos, diez miserables y jodidos minutos.

Ya nadie sabía ni quería estar en silencio. Viví cerca del Instituto de Sordomudos: pasaba centenares de veces ante la puerta y los mudos conversaban furiosamente con gestos violentos. Gritaban como locos.

—Las otras mujeres ¿son bonitas?

—Bonitas de verdad.

—Tengo dudas.

—Hazte cuenta de que estás de vacaciones. Es una experiencia interesante. Tendremos largas conversaciones sobre el arte, el mundo, la gente...

—Me quedaré unos días, si me parece aburrido me vuelvo a casa.

—Como si fuera una familia —continué—, una familia diferente, que todavía no existe, donde todos los integrantes son libres, donde los lazos no son de protección sino de amor.

Lo que estaba diciendo era pura mierda.

12

Telegrama:

VIAJO BRASILIA HOY. VUELVO DIEZ DÍAS. AVISE CUANDO MOREL TERMINE.
SORPRESA INTERESANTE. MATOS.

Vilela le muestra el telegrama a Morel.

—No lo entiendo. El horror de estar preso es que en poco tiempo uno se convierte en un oligofrénico.

—Yo sí lo entiendo —dice Vilela.

Morel, echado en la cama, mira el techo.

Vilela hojea un libro. Poesía griega. No encuentra a Simónides. ¿Citado de memoria?

Vilela abre su cartera. Le entrega a Morel unos folios mecanografiados. Morel los tira al suelo con displicencia.

—¿Quiere darme lo que ha escrito? —pide Vilela.

—Me harté.

—Siga. No abandone ahora.

Morel no responde, mira inquisitivamente a Vilela. Recoge los folios que había tirado al suelo, y los pone sobre la mesa.

—Volveré el viernes —dice Vilela.

En casa de Joana.

La criada, una española flaca, hostil, me llevó a la biblioteca, donde estaba Joana, abstraída, escribiendo en un gran cuaderno de tapa verde.

—¿Usas gafas? —pregunté.

—Cuando no hay nadie cerca. Acabas de sorprenderme en flagrante delito.

—¿Cuándo te mudas?

—Habla bajo. ¿Quieres que Amparo lo descubra todo?

—¿Descubra qué? ¿Te vas a ir secretamente?

—No quiero que sepa que me voy a tu casa.

—Te extraño —dije.

—Yo también.

—Voy a salir con Ligia hoy.

—¿Para qué tantas mujeres?

—¿Puedo telefonar desde aquí?

—Sí.

Joana volvió a escribir. Llamé a Ligia. Salí.

Nos encontramos en casa.

Empezamos a beber inmediatamente. Embriagada, Ligia hablaba sin parar:

—Si un hombre se me acerca y me dice «Ven conmigo», y encuentro que es una persona sensible y atractiva, no me resisto. Cualquiera me levanta por la calle. Ya anduve con todas las letras del alfabeto.

—¿Ipsilon?

—Con Ipsilon no. Solo Iván, si se escribiera así.

~¿K?

—De primer nombre no. Tengo Klein. ¿Vale?

—Vale.

—Siento remordimientos. Cuando vuelvo a casa y veo a mi padre me arrepiento. Me doy largas duchas. Me lavo, por esa cosa psicópata, pero al día siguiente vuelvo a empezar. No me intereso mucho tiempo por el mismo hombre. Una sola vez. Si él no insiste mucho, si no me lo implora, no quiero una segunda vez. Solo me quedo con los intelectuales, tengo miedo de perderlos.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco. Tengo complejo de vieja. Hago gimnasia tres veces por semana. Dieta. Miedo de envejecer. Soy una perdida. Mi padre es muy bueno, mis amantes tiemblan ante él, le lamen los pies. Son unos pobres diablos. Todos los hombres que se han acostado conmigo son unos infelices. Si mi padre se lo manda, comen mierda. Este vestido es francés, lo diseñó para mí un costurero famoso, tal vez me despreciaba, una subdesarrollada que gasta fortunas en ropa mientras los niños se mueren de hambre.

Ligia se levantó y empezó a quitarse la ropa.

Si la realidad pudiese entrar en contacto directo con nuestra conciencia, si pudiéramos comunicarnos inmediatamente con las cosas y con nosotros mismos, probablemente el arte sería inútil; o mejor, todos seríamos artistas.

—Por favor, entiéndeme, no se trata solo de sexo... Por eso bebo, fumo, tomo pastillas, para liberarme. Soy una puta.

Le contesté que era una mujer pura y generosa.

Cogí el vibrador.

—¿Eso no me va a lastimar?

—No.

Solo me detuve cuando me dolían los brazos. Ligia tuvo varios orgasmos. Todos los orificios de su cuerpo fueron penetrados por mí y por aquel objeto.

Continuamos bebiendo y escuchando música. Copa en mano, Ligia bailaba frente a mi cuadro *Cien culos*, inspirado en el anuncio publicitario de un francés alucinado, que llevaba como epígrafe una frase de *Madame de Sévigné*: «*La plupart de nos maux viennent d'avoir le cul sur la selle*». Ligia no tenía ritmo, bailar con ella exigía una adaptación constante a su falta de compás. Solo un buen bailarín puede hacer eso, y, por lo tanto, si alguien nos hubiese visto bailar, no habría percibido la falta de equilibrio de Ligia, que daba la impresión de ser un animal de cuatro patas que tratara de imitar los movimientos de un bípedo. La música me ponía tenso, estirado como una cuerda a punto de romperse. Ligia dijo: «Te amo, me haces feliz». La abracé y dejé mis manos libres por detrás; junté el pulgar y el índice de la mano izquierda en forma de círculo y con el índice de la derecha penetré en el agujero; mientras Ligia hablaba, yo gesticulaba obscenamente a sus espaldas.

En la calle, ya en el coche, cuando iba a llevarla a su casa, me dijo que había olvidado su polvera. Volví, abrí puertas, encendí luces, encontré el objeto, lo puse en el bolso. ¿Quién era la mujer que me esperaba en el coche? Lo había olvidado.

13

—Hay algunas incoherencias en el relato —dice Vilela.

—¿Por ejemplo?

—El vibrador que utiliza con Ligia. Este instrumento aparece inesperadamente. Tuve la impresión de que se había sorprendido, en la casa de Magalhães, al ver los objetos de la maleta negra, donde había un vibrador idéntico.

—No era idéntico. El mío no tenía pilas y lo usé como un pene convencional, dotado solamente de movimiento longitudinal. No me sorprendí en casa de Magalhães, lamento haber dado esa impresión.

—No ha escrito mucho esta vez.

—A medida que estoy más cerca, es más difícil.

—¿Cerca?

—De la pesadilla. Pensé que podía escribir sobre lo que me ha ocurrido, pero ahora que estoy cerca...

Un hombre tenía miedo de encontrar un asesino. Otro tenía miedo de encontrar una víctima.
Uno era más sabio que el otro.

—Trata...

—Un filósofo griego, instado a dar un ejemplo de lo fácil y lo difícil, dijo que fácil era dar consejos, y difícil conocerse a sí mismo. Como no puedo dar consejos, intento conocerme —respondió Morel, sarcástico.

—Le envidio —dijo Vilela— en ese sentido, por poder dejar de pensar, para pensar.

—No me dirá que no hay mal que por bien no venga, espero.

«Mira cómo esos cristianos se aman los unos a los otros», dijo Tertuliano.

No tuve valor para incorporar a Ligia a nuestra familia. Era muy estúpida.

Elisa Gonçalves:

El señor Ricardo Gonçalves y su señora tienen el placer de invitar al señor Paul Morel a cenar el día 16 de noviembre a las 21 horas. R. S. V. P.

Detuve mi coche cerca de la mansión de los Gonçalves. Dentro había un guardia de uniforme, armado. Le dije que estaba invitado a la cena. Me preguntó el nombre. A su lado, un portero leía una lista que iluminaba con una linterna. Miedo, inseguridad. Mi llegada a pie, aparentemente, había perturbado a los guardianes.

Por fin abrieron el portón. Entré. A lo lejos, la casa iluminada. Caminé por un jardín: el césped estaba iluminado por lámparas ocultas entre el follaje.

Llegué a la casa al mismo tiempo que un Rolls Royce. De él salió una mujer vestida de largo. Subimos juntos las escaleras de mármol.

En el *hall* de entrada, un hombre bien vestido, de pelo oscuro, con los huesos del rostro cubiertos por una capa de carne dorada por el sol, recibió cariñosamente a la mujer y la besó.

—Luiz no pudo venir, tuvo que ir a Sao Paulo, mañana temprano es la reunión del Consejo...

—Paul Morel —me presenté, cuando me miró.

—¿También viene solo? ¿Se pusieron de acuerdo? —Gonçalves nos sonrió a ambos. La mujer le devolvió la sonrisa, confundida. Permanecí impasible. La sonrisa se enfrió en la boca de Gonçalves: llegaron más personas y el anfitrión se dirigió a ellos.

Había mucha gente.

Tardé en ver a Elisa.

—Eres un loco furioso —dijo Elisa.

—Es la pura verdad —admití.

—Inventar esa historia de Khaiub... Loco, mentiroso, farsante... —Sin embargo, Elisa no parecía realmente enfadada—. ¿Por qué lo has hecho?

—Por amor.

—Ahora quiero hablar en serio. Dime la verdad.

—Por deseo.

—¿Tú me deseas?

Los ojos de Elisa brillaban, dilatados.

—Sí. Locamente —exageré.

Pensé que quizá había fumado marihuana. La marihuana estaba todavía de moda.

—¿Cómo te has decidido a aceptar la invitación a esta cena burguesa? El gran premiado de la Bienal. ¿Ha sido por mí?

—Sí.

—¿Sabes que mi marido me engaña?

—¡Ah, cariño, qué hermosa estás! —dijo una mujer que se acercó.

—Y tú, maravillosa —respondió Elisa.

—¿Y por qué no engañas tú también a tu marido? —pregunté, cuando la mujer se alejó.

—No hago otra cosa —contestó Elisa.

—Engañar para triunfar. ¿Quién tiene dinero en la familia?

—Él.

—Eso modifica un poco las cosas. Te quería invitar a participar en una experiencia. Vivir conmigo y con otras tres mujeres...

—¿Tú eres el único hombre?

—Prometo cumplir con mis obligaciones.

—¡Ah, qué cosa más alucinada!

—Tal vez dure poco. Nunca se sabe.

—Loquito, tengo un apartamento en París, otro en Londres, una casa de campo en Itaipava, otra en Angra dos Reis, un yate, vivo en este palacio... ¿Crees que puedo abandonar todo esto para integrarme al harén de un pintor de peligroso aspecto, delgado y hambriento?

—Si vuelves a citar a Shakespeare te violo aquí mismo —amenacé.

—No le prometa cosas a Elisa, cobra sin piedad. —Gonçalves había aparecido inesperadamente a mi lado—. Hortensia y Lulú te buscan, querida. Fueron hacia la piscina —agregó. No parecía feliz.

—Después de la cena, no te vayas. Estás invitado a un rito secreto —murmuró Elisa.

La gente era elegante, limpia, se movía bien, sonreía amable, ceremoniosa, satisfecha, y todo eso me llenaba de odio.

Me presentaron a todos como el premio de la Bienal. A los ricos les han gustado siempre los artistas visuales; inofensivos, aprecian el patrocinio de los mecenas, como en el Renacimiento. Patrono: del latín *patronus*, en la antigua Roma, el señor, en relación con los libertos. Somos los favoritos de los poderosos. Me trataron con deferencia; las mujeres se mostraban predispuestas, me pedían mi opinión:

—¿No es mucho cinco millones de dólares por un Velázquez?

Cogía rosas y las introducía en su pene, o las insertaba en su recto y luego se quedaba de pie frente al espejo y se miraba, dijo el psiquiatra. No obtenía con ello gratificación sexual. Finalmente, se comía las flores. Más tarde, el abogado declaró a los periodistas: jamás le mostraré a nadie sus escritos, son la más sucia enumeración de obscenidades que he leído en toda mi vida.

—¿Y Tiziano?

—Acaba de llegar de Bahía y pinta asombrosamente.

—Ya no tengo más sitio en las paredes. Ni en el sótano. Le presto a los amigos, cuando no tienen niños pequeños.

—Por muy poco, le compré uno a una chica a quien él se lo había regalado en Belo Horizonte un día que estaba borracho. Él vivía borracho. Estos artistas son unos... Oh, perdón, no me refiero a usted, desde luego.

Era una conversación. Yo no respondía, pero igualmente ellos conversaban conmigo. Era impresionante la cantidad de gente que hacía preguntas sin buscar una respuesta. Era conmovedora la voracidad con que comían caviar gratuito.

Servilletas de hilo, loza importada, copas de cristal. Las mujeres habían sido tratadas por especialistas (dientes recubiertos, piel estirada, peso controlado, cuerpo masajeador). El ambiente me corrompía: no me marchaba, me divertía, deseaba a las mujeres, me integraba, pertenecía. Pintor.

A mi lado se sentó una mujer delgada, de pelo rubio, espalda desnuda, escote bajo y senos diminutos, de niña.

—Mi nombre es Gigi Joffre.

Agregó que sabía quién era yo. Le contesté, mientras la miraba apreciativamente, que lamentaba que fuera esa la primera vez que nos veíamos.

—No seduzca a una mujer que ya es abuela —dijo.

—No te creo —exclamé, exagerando mi espanto.

—Pues lo soy —repuso riendo. Apoyó los codos sobre la mesa, una maniobra para mostrar los dos limoncillos.

—Debes de haberte casado muy joven —le dije.

—Sí. Y mi hija también. Lo curioso es que las dos nos casamos con hombres mucho mayores.

—Entonces tu marido tiene cara de abuelo.

Gigi Joffre rio, indecisa, como si estuviese pensando: «¿Debo defenderme de este tío?».

—¿Conoces a mi marido?

—No.

—Es uno de los principales exportadores brasileños.

—Mis felicitaciones... ¡Y viva Brasil!

—¡Viva! —respondió ella, seriamente, alzando la copa de champán.

Un típico día de la vida de Gigi Joffre: se levantaba a las diez, bebía un vaso de zumo de naranja y comía doscientos gramos de requesón. La esperaba

ya la masajista, una japonesa («la señora tiene bonito cuerpo, buenas carnes, ¿verdad?»). Después del masaje, clase de gimnasia con *Madame Kedova* («una polaca maravillosa que me mata de fatiga»). Comía un bistec a la brasa, con verduras cocidas, incluso cuando iba a casa de sus amigas, como ocurría con frecuencia («pero al caviar no me resisto»). Una siempre era obsequiada con festejos porque: salía o regresaba de viaje; el marido había hecho o quería hacer un negocio importante; había bautizado a una hija o (más raramente) un nieto; se había separado del marido; se había casado de nuevo; cumplía años; convalecía de una enfermedad; acababa de comprar un cuadro u otra adquisición importante; inauguraba la nueva decoración de su apartamento; hacía mucho que su nombre no aparecía en los periódicos.

—Pobres de los ricos —dije.

—Bromeas, pero pobres, de veras. El otro día, el chófer de mi marido dijo: «Doctor, yo no querría su vida por todo el dinero que gana; sale todos los días a las siete de la mañana y vuelve a las ocho de la noche, no es poca cosa».

Le pregunté si el chófer no hacía más o menos lo mismo.

—Ah, pero él se pasa la tarde durmiendo dentro del coche, y no tiene responsabilidades, tensiones, preocupaciones...

—Ni dinero. Tener dinero es muy doloroso.

Llegamos a la conclusión de que el dinero significaba tan solo algunas mínimas ventajas. El que nunca lo ha tenido no sabe nada de esto y ni siquiera sufre esta pequeña frustración. Cuanta más gente pobre hubiese, más felicidad habría en el mundo.

—Una conclusión swiftiana —respondí.

Gigi Joffre reía mucho, me cogía la mano, arrimaba la rodilla a mi pierna, me daba golpecitos con el codo, me miraba a los ojos, pero no me interesaba. No porque fuera abuela: eso hasta hubiera sido excitante, yo nunca me había acostado con la abuela de nadie; pero una mujer como esa me desanimaba. Yo necesitaba respetar a una mujer para sentir deseo por ella.

—La mayoría de los hombres de nuestra clase social —le dije a Gigi— inicia su vida sexual con putas o criadas, chicas importadas del norte o traídas de las favelas, en su mayoría mulatas a las que el hijo de la familia jode con desdén. «Sabes, Laura, ayer mi marido pescó a Eduzinho en la cama de la criada»: una frase dicha con gracia y alivio por las madres el chico aprende a ser hombre y no es necesario darle más dinero. —Gigi me miraba asustada—. El chico crece con la idea de que el acto sexual es una experiencia indigna y subterránea, y que las mujeres *que se someten* no pueden ser nunca dignas de

respeto; se las culpará de todo lo malo que pasa en la Casa del Patriarca y se las considerará débiles mentales porque solo así, por la falta de respeto del hombre a la mujer, podrá subsistir el matrimonio. El gran mito brasileño de la mulata como diosa sexual deriva de esta contingencia cultural. La mulata tiene la piel bastante oscura para parecer inferior a las mujeres de la familia del macho blanco, lo que le permite a este rehacer las deseables condiciones de la primera experiencia sexual sin la menor ansiedad. Nada mejor que una mulata para la sodomía, es un tópico en todo el país.

Así pontifiqué ante Gigi Joffre, la mujer del exportador y creador de divisas, que se asustó del giro que había dado nuestra conversación. Cuando apareció Elisa, la señora de Joffre aprovechó para huir.

—Ven —dijo Elisa.

Entramos a una habitación donde había cinco personas, tres mujeres y dos hombres. Uno de los hombres tenía el pelo blanco largo; todos los demás parecían de veinte a treinta años.

—Esto es solo para jóvenes —agregó Elisa.

El hombre de pelo blanco dejó escapar una carcajada ronca y breve.

—Para nosotros eres un muchacho, Miguel.

—Solo en el alma —repuso este.

—¿Quieres?

Todos estaban fumando.

—Prefiero pincharme —respondí. Sabía que no tenían otra cosa que marihuana.

—¿De veras?

—Mírame el brazo —dije, mientras me arremangaba. La penumbra no habría permitido ver ninguna marca, aunque las hubiese.

Se hizo silencio. Elisa encendió un cigarrillo. Todos fumaban laboriosamente, apenas se oía el rumor del aire que se aspiraba con el humo.

—¿Qué sientes cuando te pinchas? —preguntó una de las chicas. Las otras dos reían.

—Es difícil de explicar. Pero sé una cosa: no me río como un idiota. También yo empecé fumando, pero después decidí ir más lejos, romper el bloqueo, arriesgarlo todo.

—¿Y cuánto hace que...? —preguntó Miguel.

—Ahora estoy en eso.

Las chicas me miraron con admiración.

—Todo el que fuma es un tímido. Pequeños actos ilícitos, pequeñas inmoralidades, pequeñas incomodidades, pequeños peligros. Ya pasé por eso.

—No te creo —dijo la chica que había hecho la pregunta.

—¿Y estas marcas de qué son? ¿De vitaminas? ¿De extracto de hígado?

—Cualquiera de esas cosas.

—Está bien. Lo confieso. Tengo el vicio de las inyecciones de calcio. ¿Me consigues una?

—No es necesario que pongas esa cara de... enfadado —respondió la chica.

Risas.

Cogí del brazo a Elisa, salimos, bajamos las escaleras, cruzamos el jardín. Los guardias nos observaban. Uno de ellos saludó, alzó los dedos a la punta de la gorra. Elisa se dejaba llevar impasible, sin decir palabra y sin mirarme. Al llegar a mi coche abrí la puerta y Elisa entró apática, sonámbula. Me senté a su lado. Miré su definido perfil. Ella miró como si yo no estuviese.

En casa, la tendí en la cama y le quité el vestido. Besé sus senos, y los pezones se endurecieron. Apagué la luz. La luna entraba por la ventana. Me quité la ropa con rapidez y disimulo, como un ladrón de bolsos. Me acosté y la abracé.

—Es muy difícil hacerme el amor —dijo Elisa, sentada en la cama. Ella no estaba allí, y yo tampoco.

Me levanté, me vestí, puse de pie a Elisa y le metí el vestido por la cabeza.

Cuando regresamos, advertí que el portero miraba los pies de Elisa: iba descalza.

Empezó a subir las escaleras de mármol y se detuvo:

—¿Cuál es la dirección de tu casa?

—Almirante Alexandrino 6088. Lo olvidarás —grité mientras entraba.

Tiempo.

Yo pensaba que odiaba a los niños. Siempre me parecieron estúpidos y aburridos.

Cuando llegó Marcelo, me llené de paciencia para soportarlo. Pero debo admitir que al final de la semana estaba encantado con el chico. Era estúpido y aburrido, pero me gustaba.

A Joana y a Ismenia también les gustaba. Vivíamos en paz. Yo no me interesaba por ninguna otra mujer aparte de Joana, Carmen e Ismenia. A veces dormía con Carmen e Ismenia al mismo tiempo.

A veces, Carmen e Ismenia dormían juntas. Joana, si no se acostaba conmigo, dormía sola. Todos cocinábamos. Yo solo sabía hacer bistecs con patatas fritas, pero aprendía a preparar otras cosas. La mejor cocinera era Carmen. La peor, Ismenia. Joana tenía más imaginación, pero a veces le fallaba la creatividad y teníamos que buscar una *pizza* en el restaurante.

Ismenia preparaba con entusiasmo una exposición en Buenos Aires. Trabajaba todo el día y de noche, en la cama, era una agradable compañía, para mí o para Carmen. Carmen estudiaba inglés y taquigrafía, y trabajaba de modelo en una fábrica de tejidos. Mis trabajos anteriores al premio empezaban a venderse a buen precio. Tenía muchos, pero vendí solo uno por mes, porque no quería saturar el mercado.

Casi todos los días salía con Joana y caminábamos por las playas de la ciudad. Nos gustaba caminar. A veces dormíamos en la arena.

Todos éramos felices, suponía yo.

Un día, durante una de nuestras largas caminatas, Joana dijo:

—Esta vida de jeque ha hecho de ti un idiota.

—¿Cómo?

—Has perdido la sensibilidad y la inquietud. El otro día te miraba mientras te bañabas. Hasta tu cuerpo está diferente, ya no tienes esa musculatura enjuta. Estás debilitado y corrompido, feliz con tus mujeres y tu hijo, piensas que la promiscuidad te curó de la apatía. Estás jodido.

(La frase final era exactamente la misma que yo le había dicho a mi padre, hablándole de mí, poco antes de su muerte).

—¿Y todo eso es porque ya no te pego?

—No seas tonto.

Caminamos algunos kilómetros. Más tarde, Joana preguntó:

—¿Por qué ya no eres el mismo, conmigo, en la cama?

Expliqué que la casa estaba llena de gente.

—Entonces, ¿por qué no me llevas a uno de esos hoteles de la Barra y me follas como antes?

—Otro día.

—No, hoy.

—Vamos a casa.

—Al menos, llévame a comer algo.

—Tengo vino en el bolso —le dije.

Joana quería cerveza. Fuimos a un bar.

Pasamos la tarde bebiendo, en silencio. Luego salimos y Joana se acostó en la arena. Contemplamos la puesta de sol. Después le di puntapiés a Joana, como si fuera un bote vacío.

—¿Ves lo que me has hecho?

No respondió.

—Siento horror ante la crueldad —le dije, casi llorando.

Joana abrió los ojos y miró tranquilamente el cielo. Tenía la boca manchada de sangre, pero no parecía sentir dolor.

—No quiero verte más —dije.

Me fui a casa.

No dormí bien aquella noche. Me desperté varias veces, fui hasta la ventana y miré la calle vacía.

Nada debemos temer
Excepto las palabras.

Describo otra vez lo que ocurrió, con más detalles. (Lo recordé anoche).

Habíamos bebido durante toda la tarde.

Joana: «Quiero ver el mar».

Caminamos.

—¿Estás bien? ¿Esos zapatos son cómodos?

Respondí que sí. Pregunté:

—¿Y los tuyos? ¿El bolso pesa mucho?

Joana calzaba sandalias, y traía al hombro un enorme bolso de tela. Caminamos con las sombras atrás; pisábamos firme, con paso rápido y largo.

El sol desaparecía cuando llegamos a la playa desierta. Ella dijo:

—Quiero quedarme aquí.

Nos acostamos en la arena.

In quanti diversi modi, attitudini, posituri, giaccino i dionesti oumini con le donne. 1524.

—Mira cuántos tonos de luz. Nunca vi una puesta de sol así, Joana. Qué pena que esté cansado.

Apoyé la cabeza sobre su vientre: emitió un ruido delicado.

—Ponme el diablo en el cuerpo —dijo Joana—, ¿no quieres ponerme el diablo en el cuerpo?

—Después.

—Ahora, ahora.

—Déjame mirar el cielo.

—Ahora, perezoso, egoísta. Trae un palo y pégame hasta que el diablo entre en mi cuerpo.

—Después.

—Ahora, ahora.

Cogí la bolsa y saqué las dos botellas de vino tinto.

—¿Quieres vino?

—No.

Bebí, mientras Joana me insultaba con todos los tacos que sabía.

—Por favor —suplicó.

—No hay nada con que pegarte —le dije.

—Estoy muerta. Levántate y dame puntapiés.

—¿No quieres vino?

—¡No! —gritó Joana, impaciente, rodando sobre el suelo.

Me puse de pie, fui hasta el bolso, a unos dos metros, cogí un pan para comer mientras bebía vino.

Le di un puntapié a Joana. Se rio.

Le di más puntapiés mientras ella reía y yo miraba la puesta de sol. Era algo hermoso, indescriptible.

Joana dejó de reír.

Sentí que su cara estaba húmeda de sangre.

—¿Ves lo que me has obligado a hacer?
Joana no respondió.

No sé cuántos días pasaron. Yo estaba borracho la mayor parte del tiempo. Carmen apareció histérica, con un periódico en la mano. Gritó:

—¡Joana apareció muerta en la playa!

Me temblaba la mano cuando cogí el periódico. Primero vi una foto de Joana a caballo, en un concurso hípico. Había otra foto. Joana, con gorra de marino, en un velero. «Muerta en la playa. La policía investiga».

Empecé a llorar. Dolor, pena por ella, pena por mí.

—Pobre —dijo Carmen.

Dejé que las lágrimas corrieran por mi rostro sin la menor vergüenza. Quería llorar.

Carmen preguntaba todo el tiempo:

—¿Cómo puede haber ocurrido, Dios mío? —También estaba emocionada.

—Creo que debo ir a la policía —dije.

—¿Quieres que vaya contigo?

Contesté que no era necesario.

Departamento de Homicidios. Me dijeron que aguardara al comisario Matos, encargado del caso. Esperé tres horas. Los policías iban de un lado a otro, sin ocuparse de mí.

—¿A quién espera? —preguntó uno, con una pistolera vacía en la cintura.

—Al comisario Matos.

—Está con el médico forense. Asiste a la autopsia de esa niña bien que apareció muerta en la Barra.

—Es sobre ella de lo que quiero hablar con él.

—¿Ah, sí? —El sujeto parecía ligeramente interesado—. ¿Y de qué se trata?

—Yo... yo soy... yo la conocía... ah...

—¿Puede usted aclarar en algo los hechos?

—No, no, yo solo... no, nada de importancia...

—Bueno. Espere al comisario, o deje su nombre al comisario Gonzaga. Después le buscarán.

Dos días en mi habitación, solo, sin querer hablar con nadie. Y nadie me buscaba.

A un viejo no le importa morir. Un enfermo grave espera que sus días se acaben rápido. Yo estaba cerrado y seco. No quería a las personas, ni ellas me querían. Que todo fuese rápido y sin dolor, como la proposición de la trapecista de pies hábiles.

Se abría una puerta como la de una nevera en que se guardaban legumbres, huevos, carne, cerveza, leche. De una gaveta de acero emergía el cuerpo de Joana, frío, abierto por el burócrata, un médico forense que bailaba tangos los sábados por la noche.

El timbre sonaba con insistencia.

Abrí la puerta.

—¿Paul Morel?

Uno de los seres descritos por mi madre, que veía fantasmas.

—Sí.

—Vamos.

—¿Adónde vamos?

Se rio. Tenía un diente de oro en la boca. Me conmovió. Pobre diablo. Sentí gran simpatía por él.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—¿Viene así como está, o se pone la chaqueta?

—¿Y para qué la chaqueta?

—Quien ve la cara, no ve el corazón —dijo, misteriosamente.

—¿Puedo dejar una nota?

—Sí. Pero rápido.

Carmen,

Se me lleva un hombre de la policía. Te quiero.

Paul

Necesitaba querer a alguien. Joana estaba muerta.

Un coche detenido ante la puerta de mi casa. Un hombre al volante y otro de pie junto a una de las puertas del coche.

—¿Adónde me llevarán?

—Entra en seguida, basura —dijo el del diente de oro, mientras me empujaba con violencia.

—¿Qué pasa? —exclamé sorprendido.

Recibí un golpe debajo del oído izquierdo.

Debía de tener un gran anillo, o un puño de hierro, porque sentí el calor de la sangre que me corría por el cuello.

—¿Qué tal, está bien? —preguntó. Respiraba hondo, como si hubiese hecho un gran esfuerzo—. ¿Está bien?

Me quedé callado. Tampoco sentía dolor.

—¿Está bien, está bien? —insistió.

Nos detuvimos ante un edificio viejo. Los hombres bajaron. Los seguí, como un perro.

Me dejaron solo en una habitación.

Más tarde entró un hombre.

—Me llamo Matos.

No voy a decir nada, pensé.

—Y usted es Paulo Moráis —continuó.

Pausa.

—También conocido como Paul Morel.

—Seudónimo artístico —me justifiqué, de modo abyecto. Nunca me lo perdonaré.

Matos se puso las gafas, abrió un cuaderno de tapa verde.

—«Las ancas de una yegua son más duras que las de una mujer, dijo Paul, con el látigo en la mano. Su cuerpo delgado, musculoso, temblaba. Ah, mi animal vibrante, tu negro látigo parece el florete del Zorro... El primer latigazo cortó el aire con un suave suspiro y explotó en mi carne...».

Matos hizo una pausa.

—El diario de Joana. ¿Quiere que siga?

—No.

—«Me gusta ser degradada por él, sentir que Paul me posee, me castiga, me sacrifica. Fue un orgasmo maravilloso; me traspasó de un golpe rápido, y respondió a mis gemidos con puñetazos en la cara hasta que mis ojos se hincharon y casi no podía ver a mi amor. Me apretaba con fuerza, me dejaba sin aire entre sus brazos potentes y pegaba su boca a la mía. Le pedí “dame tu saliva”, y Paul empezó a escupir en mi boca, y luego eyaculó su semen caliente en mis entrañas, un torrente de lava que me inundó». ¿Quiere oír más?

—No.

—Interesante la construcción de la frase. Lava, es decir, masa ígnea del volcán y también, un tiempo de un verbo que significa limpieza. La purificación por el fuego, como la que se hacía con las brujas. Las brujas eran brujas porque querían ser quemadas, ¿no le parece?

Apoyé la cabeza sobre la mesa.

—Cuénteme cómo ocurrió todo —dijo Matos, con voz compasiva—. ¿Usted odia a las mujeres, lo castran a uno, no es verdad?

Guardé silencio.

—Entonces voy a leer un poco más. «Corrí por la habitación, quería que me persiguiera, eso me excitaba mucho, varias veces me alcanzó y me caí. Cuando llegué a la cocina, Paul me aferró por el pelo, me mordió la cara, cogió una botella del fregadero, me puse las manos sobre la frente, el golpe cayó sobre el brazo, sentía que se partía el hueso. “Me vas a matar”, dije. “Sí, puta, te quiero matar”, pero el segundo golpe falló, la botella se estrelló contra la pared y el ruido despertó a Paul. “Cariño”, me dijo con dulzura...».

Pausa de Matos.

—Etcétera, etcétera...

—Yo no he matado a Joana. Ni le rompí el brazo.

—Entonces, ¿es todo mentira? ¿Las zurras con el látigo, el ondinismo, las degradaciones, las depravaciones, todo imaginación de la muchacha? ¿Quiere que lea un poco más?

—No, por favor.

Matos se quita las gafas.

—¿Conocía este diario?

—Una o dos veces vi a Joana escribir en él. No sabía que era un diario.

—¿Quiere saber cómo vino a parar a mis manos? Una mujer lo dejó abajo, en un sobre con mi nombre. Una nota decía: «El asesino es Paul Morel». Así le encontramos, por una alcahuetería. Ningún mérito para nosotros..., pero en fin, lo que interesa son los resultados.

—¿Me voy a quedar preso aquí?

—Aquí o en otro lugar. Pediré al juez su prisión preventiva.

—¡Pero soy inocente! —exclamé. En mi mente, como en una película de cámara lenta, pateaba la cara de Joana.

—Me parece muy difícil que alguien lo crea después de leer el diario de la chica. Y menos el juez de lo criminal.

—Me voy. No me pueden arrestar sin una orden judicial.

Matos me miró divertido, sin moverse.

Fui hasta la puerta. Matos seguía inmóvil, parecía un gran gato.

—Yo no he matado a Joana —dije como despedida. Salí y cerré la puerta.

Al final del corredor había dos hombres. Uno era el policía que me había golpeado. Comprendí entonces la tranquila condescendencia de Matos. Pensé en volver a su lado. Sentía en la boca el miedo de mi infancia. Pero era mejor enfrentarse a todo de nuevo, recomenzar, la vida era eso, precisamente.

—¿Adónde va? —preguntó el tira^[4], con las costillas apoyadas contra una puerta.

—Me marcho —dije, con voz insegura.

—¿Sabes quién es este, Alfredo? El rey del látigo, especialista en pegarle a las mujeres. Ya mató a una. ¿La has matado, verdad, basura?

Yo era la persona ideal para que él pudiese ejercer su sadismo, sin tener ningún sentimiento de culpa ni reprobación social. Sabía lo que me esperaba.

—Basura es usted...

El tira me echó mano.

—Aquí no —dijo Alfredo. Los dos me sostuvieron con firmeza y me llevaron a rastras hasta un cuarto sin ventanas, apenas iluminado por una bombilla amarillenta, que colgaba de un cable. Durante el trayecto me dieron puñetazos en los riñones.

Me ataron a un banco, cuyas patas estaban unidas por un barrote, con las manos junto al suelo.

—No tenemos un látigo, nos vas a tener que perdonar, tendremos que pegarte con esto mismo. —Una vara fina; no podía verla dada mi posición, pero oía el zumbido junto a mis oídos.

—Comienza por las piernas, Ventura.

Nosotros los humanos llevamos dentro las simientes, continuamente alimentadas, de nuestra propia destrucción. Necesitamos amar, y también odiar. Destruir, y también crear y proteger.

Un sufrimiento rápido, lancinante. Un relámpago de luz estalló en mi cabeza junto con el dolor. Un relámpago: un grito prisionero entre mis dientes apretados. En cierto momento, los golpes cayeron sobre mi cabeza. Me encorvé aún más para recibir los golpes en la nuca. Dolían menos. Pero pronto cesaron.

—¡Hijo de puta! A lo mejor le gusta —dijo Ventura.

—No abrió la boca —dijo Alfredo.

—A un degenerado como este, hay que matarlo. ¿Tienes una porra?

Exit Alfredo.

Mientras esperaba a Alfredo, Ventura me dio patadas en las rodillas, me escupió en la cara y me dio puñetazos por todo el cuerpo, con excepción del estómago y los testículos; mi posición no lo permitía. Ventura jadeaba. Era grande, pero un poco gordo, tal vez no estuviera en buena forma física. Probablemente fumaba demasiado, sufría de enfisema; en los momentos en que podía verle mientras me golpeaba, fumaba sin parar, con avidez, y pasaba de una mano a otra el cigarrillo, según la que usase para pegarme.

Alfredo volvió. Traía una porra de goma, gruesa y oscura.

—Se la voy a clavar a este puto, a ver si le gusta —dijo Ventura.

—Mejor pásale vaselina. No vas a matarle, ¿no?

—Esto no mata a nadie —respondió Ventura.

Ruido de una puerta que se abre.

Voz de Matos:

—Basta.

Me llevaron a un cuarto donde había una cama. Cerraron la puerta. Me eché en ella. ¡Estaba vivo! Qué sensación tan agradable la del dolor que disminuía. ¡Lo mejor del mundo! Me dormí de inmediato.

Vilela llama por teléfono a Matos.

—¿Cuándo quieres ver los papeles de Morel?

Matos le da una cita; Vilela no necesitaba decirle que lleve el diario de Joana. Esa es la sorpresa que Matos le reservaba, el as que tenía escondido en la manga.

—Yo sabía que tendrías que darme esos papeles —dice Matos. En su rostro se veía la misma sonrisa de años atrás, cuando le ganó a Vilela las elecciones del Directorio Académico de la facultad.

Intercambian grandes sobres oscuros.

—Me gustaría leer el informe de la autopsia.

—Lo arreglaré.

—Y el informe pericial.

—Te lo mandaré todo mañana.

—Morel todavía no ha terminado.

—Pero quiero ver el resto apenas lo escriba. Cambiamos todas las figuritas —advierde Matos.

—Morel no ha confesado nada.

—Tú mismo dijiste que todavía no ha terminado.

—No ha terminado de escribir. Pero la investigación policial sí ha terminado, ¿no?

—Sí. Ya está decretada la prisión preventiva. Mi petición fue muy breve: bastaba con adjuntar la copia del diario.

—Es evidente que el juez la iba a decretar —observa Vilela—. Morel es un pintor, y por lo tanto un sospechoso. Y además, sexualmente promiscuo. Por lo menos, es una amenaza. Apostaría a que le negaron la fianza por el inciso IV del artículo 323, la incaucionabilidad de los vagabundos.

—Te has olvidado del Código. Su crimen no admite fianza.

—Pero no está probado que sea el homicida.

—Recuerda los indicios...

—¿El diario?...

—El diario, la presencia en el lugar donde apareció el cuerpo de Heloísa, admitida por el mismo Moráis... ¿te parece poco?

—Es poco.

—Las acciones de Moráis son inconciliables con la posibilidad de su inocencia.

—Entonces, por eso, tendrá que probar que no es culpable. Eso va contra la ley. También tú has olvidado el Código.

Matos se ríe.

—Dentro de poco, sacarás de tu manga a Mittermayer, yo replicaré con Manzini y tú contrarreplicarás con Malatesta. —Matos gesticula como un italiano de caricatura—: «*La scienza privata del giudice, elemento spesso insidioso e incontrollabile, non può aver valore decisivo e sostitutivo della prova ma può ammettersi soltanto per illuminare il libero apprezzamento dei risultati della prova medesima*».

—Ganarías una fortuna en el teatro —dice Vilela.

—Ciertamente, más que en la policía.

Los dos hombres callan. Vilela piensa en sus épocas de policía, su viaje a través de la miseria, la ira, el miedo. Matos trabajaba entonces en Jubilaciones.

Vilela telefona a Matos.

—¿Has leído el diario? —pregunta Matos.

—En parte. He leído el informe pericial^[5] y el informe de la autopsia^[6]. Tengo dudas.

—¿Qué dudas?

—No le encuentro mucho sentido a la cosa.

—Cuando el homicidio no es por dinero, no tiene sentido. Lee el diario. Les gustaba excitarse de las maneras más extrañas. Moráis ataba a la chica y después la poseía; ella gritaba que no, y fingía que él la violaba.

—¿Vamos a comer? —invita Vilela.

Matos, apenas llegan:

—Me muero de sed, el médico dijo que puedo beber cualquier cosa menos cerveza. Pero me gusta la cerveza, ¿comprendes? Dentro de poco pesaré exactamente el doble de lo que pesaba en la facultad.

En esa época Matos era pálido y delgado y ahora es gordo y rubicundo; Vilela era gordo y rubicundo y ahora es delgado y pálido. El tiempo ha actuado en forma diferente sobre ambos.

—Leí lo de Moráis —continúa Matos—. Ese individuo te imita, pensé que leía tu último libro. Es igual. Joana y Heloísa. ¿Crees que existen las otras mujeres? Varios hechos son verídicos: de veras ganó un premio en la Bienal, se separó de la primera mujer... En el interrogatorio policial, Moráis declaró que vivía solo con Heloísa en la casa de Santa Teresa. ¿Mentía? No sé... Hay que investigar eso. La mierda es que estoy muy escaso de personal, todos los días hay nuevos homicidios. ¡Cómo se mata en esta ciudad!

—También podrían ser puras imaginaciones de Morel —dice Vilela, sin convicción.

Piden la comida.

—La imaginación de los dos es la cosa más alucinante que vi en mil años en la policía —responde Matos—. Moráis ha escrito en su relato: «Sospecho que el universo no es más extraño de lo que supongo; es más extraño de lo que somos capaces de suponer».

—Sí, eso es literatura. Una más de sus citas. ¿Quién habita en esa vivienda que menciona el informe sobre el examen del lugar? ¿Lo averiguaron?

—Una mujer llamada Creuza, que vivía con un individuo llamado Félix Assunção Silva. Él murió ahogado el verano pasado, en febrero. Se decía peón de albañil, pero en realidad era un ladrón ordinario de tercera categoría. Creuza fue quien halló el cadáver de Heloísa.

—¿Por qué, en esa ocasión, Morel golpeó a Heloísa hasta el punto de romperle nueve costillas, perforar el pulmón y provocar una contusión en la cabeza?

—¿Quién puede saber lo que pasa por la mente de un sádico? ¿O de un masoquista? Gilíes de Rais, mariscal de Francia, que luchó al lado de Juana de Arco, en Orleans, mató y torturó a cientos de personas en procura de gratificación sexual; Febronio, un modesto compatriota, sacrificó a muchos chicos para poder alcanzar el orgasmo. Le conocí en el Hospicio Judicial: era un pobre infeliz que sufría de fimosis y no podía tener relaciones sexuales con nadie, un ser ignorante y confundido, alejado del mundo.

—Termina con esta charla de Emilio Zola —responde Vilela—; ya sé que solo simulas cierta preocupación por los problemas sociales y psicológicos; basta de demagogia, deja esas tretas al jefe de policía o a los periodistas.

Matos se ríe, se sirve más cerveza.

—Aparte de esa mujer, Creuza, ¿alguien más vivía allí? —pregunta Vilela.

—No.

—A esta historia le falta lógica. ¿Has leído el relato de Morel?

—Claro que sí. Ya te dije que escribe como tú.

—No confiesa.

—¿También te has olvidado de Mittermayer? —pregunta Matos—. La confesión es la prostituta de las pruebas. Recuerda el crimen de Arca que tú mismo investigaste. Había una falsa confesión, por exhibicionismo patológico. En tus tiempos de tira habrás visto gente que confesaba por miedo, ambición, amor, vergüenza, mientras que otras personas no confesaban por nada... Moráis estaba frenado, contenido por esas mujeres, por aquel chico. Cuando empezó a pegarle no se controló, tal vez no quería hacerlo con tanta fuerza, sino meramente representar su papel. Heloísa, a su vez, representaba el suyo. Moráis creía que ella quería que la golpearan, ella que Moráis quería pegarla con violencia, y quizá ambos acabaron por ser lo que no querían, asesino y víctima...

En la mente de Vilela, un fragmento del diario:

Compré un látigo en el Au Bon Marché. No fue fácil. Busqué la sección deportiva, vi raquetas, bastones ferrados, mochilas, tiendas, finalmente pregunté, avergonzada, y me contestaron *aufond, á droite*, y allí, en medio de sillas de montar inglesas, frenos y riendas, estaba la fusta que poblaba mis sueños, dura, para ancas de yegua en celo, para Paul, el amor de mi vida. «Tengo un látigo», dije. «Mentira —respondió él—, muéstramelo». Estábamos desnudos en la cama. «Tu cuerpo esbelto —decía Paul—, tu cuerpo luminoso, vibrante», decía esas cosas y sus ojos brillaban. Siempre tenía el aspecto febril de quien sufre una neumonía. «Tu cuerpo enjuto, flaco, de animal suelto en la selva, tus pechos puntiagudos, ah, cariño»... Le pasé la fusta. «Ah, mi bien —dijo—, mi amor», y aferraba la fusta negra y dura, mi amor, como un florete, cuando me dio el primer latigazo en la pierna, y otro en el pecho, mi corazón era solo de él; de él mi vida; me volví de espaldas, pero él me puso de frente; tenía los ojos llenos de lágrimas y de su boca surgía un silbido delicado, como el de una tetera con agua hirviente.

Vilela a Matos:

—Me gustaría haber conocido a Joana.

—¿A Heloísa? La conocí en la mesa de autopsias. ¿Te interesa?

—Leí el informe del examen del cadáver —responde Vilela. —Esa frialdad técnica... El cuerpo de esa chica, podrido y maloliente, hinchado, en la mesa, como si fuese una basura molesta, era algo que estaba por encima de la capacidad descriptiva de cualquier forense.

Vilela se despide de Matos, coge un taxi, se va a su casa.

—Podrías haber tomado el café conmigo, esta mañana. Después de todo lo que dijiste anoche, podrías haber sido hoy más gentil —dice Isabel, mientras dispone su ropa en dos maletas.

—¿Qué te dije? —pregunta Vilela.

—Si no sabes lo que has dicho, realmente nuestra situación no es buena —suspira Isabel.

—No vamos a discutir en el día de tu partida —responde Vilela.

La noche anterior habían comido en un restaurante con dos matrimonios amigos. Durante la comida, Isabel conversaba en voz baja con Marina, una de las mujeres. Esta había mirado varias veces a Vilela, visiblemente preocupada y recelosa de ser oída.

Isabel continúa preparando las maletas.

—Dulce Soares... ¿La conozco?

—No —responde Vilela.

El rostro de Isabel es el de una mujer extraña.

(¿Qué haría Morel en esa situación?).

Isabel ha terminado.

—¿Eres feliz? —pregunta Vilela.

—No sé. ¿Y tú?

—No.

Vilela lleva las maletas de Isabel. Apaga las luces del apartamento, cierra la puerta. Descienden en el ascensor, en silencio.

De vuelta, acostado en la cama, con el diario de Heloísa a su lado, Vilela divaga.

Cazaba bandidos, pero era feliz. En un basurero, en medio del hedor y de los urubús^[7], obligó a Jorginho a desnudarse y arrodillarse. Su prisionero daba diente con diente, de miedo y de frío.

«No sé nada», sollozó.

Al ser despertado en el calabozo había preguntado mientras se mordía el labio inferior con un tic nervioso que mostraba sus dientes arruinados por las caries: «¿Ya es de mañana?». Arrodillado, me facilitaba el trabajo, bastaba que estirara la mano con el revólver, apretara el caño contra su cabeza trémula iluminada por la linterna. Después del estruendo, solo se oía, en la oscuridad, el rumor de las alas de los urubús. No, no era feliz en aquel tiempo. Solo tenía un objetivo definido: escribir. Mientras los demás se divertían o dormían, escribía obsesivamente.

¿Y ahora? Horas frente a la máquina, bebiendo, sin escribir una línea.

Abre el diario.

Primera página.

Fui al *vemissage* de Ana. Me sentía asfixiada en aquel salón lleno, atestado de personas. Salí un momento a respirar. Llovía. Un hombre me cogió del brazo y me dijo: «Mojarte no te hará bien». Se llama Paul Morel. Un rostro melancólico (a veces), pero que casi siempre ríe y finge, sonríe y simula estar alegre. Voy a comenzar un diario de las cosas que me ocurran a partir de ayer, desde que Paul Morel me cogió del brazo y me condujo de regreso al centro de la muchedumbre. Después se le acercó una mujer, una de esas rubias que se pintan de arriba a abajo, y tienen la cara de un color y el brazo de otro, y habló en voz baja con él, los dos salieron y al llegar a la puerta Paul me miró, y toda su cara me dijo cosas, y en lo profundo de sus ojos había un mensaje que entendí. De noche soñé con él, así: en un famoso restaurante, caro y lleno de tradición (aquí se sentaba el conde Cagliostro, allí Balzac, allá Napoleón), gente anciana que ya no podía mover las piernas comía manjares preparados con inmenso refinamiento. Uno que otro extranjero lograba ser rico y joven al mismo tiempo. Los camareros (su jerarquía era aún más rígida que la de los sacerdotes o los militares) servían silenciosamente.

Subido sobre mi espalda, Paul Morel hacía fantásticos malabarismos hasta que dijo irritado: «¡Se me ha resbalado el pie!». Le respondí: «¡Pórtate bien!», y él lloró, avergonzado. Después, se fue a dormir y yo me quedé despierta, solo para los turistas.

Por la mitad.

Ayer, al llegar a casa de noche, con Chico, vi el coche de Morel detenido en la puerta. Me excitó mucho. Besé a C. en la boca (él se asombró ante mi inesperado gesto). Morel se acercó y, sin darse por enterado de la presencia de C. me llevó a su coche. C. permaneció parado en la calzada con esa cara de idiota que tiene. C. me sigue todo el tiempo, dice que lo hace para protegerme, pero es más temeroso que un ratoncito... Quiere casarse conmigo... Yo le dije que debía casarse con una burguesita tradicional, una de esas rameritas discretas y respetables que protegen la imagen (y las propiedades) del matrimonio con uñas y dientes, y piensan en los hijos y la vejez.

16

Vilela detiene el coche en la playa. Para llegar a la chabola tiene que ir a pie. A través de las suelas de los zapatos siente la arena caliente.

La puerta está cerrada. Empuja la puerta. Un hombre acostado en la cama da un salto. Una mujer, acuclillada junto a un hornillo de petróleo, se levanta. Ambos están asustados.

—Busco información —dice Vilela.

—La casa es de ella —dice el hombre, señalando con el dedo a la mujer.

—Él murió ahogado —dice la mujer.

Unos instantes de silencio tenso.

—Aquí cerca encontraron una mujer muerta. ¿Fue usted quién encontró el cuerpo?

—Sí, doctor, la policía habló conmigo, una chica de buena familia. La mató su hombre.

—¿Cómo encontró el cuerpo?

—Los urubús daban vueltas arriba, fui a ver qué había, y la muchacha estaba allí, caída.

—¿La había visto alguna vez?

—Nunca.

—¿Y no vio nada sospechoso?

—No. Los muchachos tocaban la guitarra en la chabola.

—¿Vive aquí?

—Estuve fuera un tiempo, con mi madre, en Mangaratiba, cuando Félix, mi marido, murió. Ahora he vuelto. Este es mi primo.

Atemorizada.

—¿Cómo murió su marido?

—¿Usted es de la policía? —El hombre, de tórax ancho y velludo, mira a Vilela con ojos serviles.

—Sí.

El hombre se pasa el revés de la mano por la boca.

—¿Ahogado cómo?

—Acababa de traer unos peces para que nos hiciéramos arroz y dijo que iba a nadar un rato. Entró en el agua y no volvió más.

—¿Usted le vio ahogarse?

—Sí. Encontró una corriente, y luchó para volver, no lo consiguió y terminó por hundirse.

—¿No intentó socorrerle?

—La playa estaba vacía. Todavía era temprano y yo no sé nadar.

—¿Usted sabía que la policía le buscaba? ¿Por hurto?

—Doctor, era un hombre bueno y trabajador. Era pobre, pero no ladrón.

—¿Y usted? —Vilela se dirige al hombre.

—¿Señor?

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es... José —balbucea la mujer.

—¿José qué?

—José da Silva.

—¿De veras es su primo?

El hombre y la mujer se miran.

—No, señor. Le conocí la semana pasada, al volver a casa.

Una mujer flaca, fea, con el pelo recogido con una goma, los dientes cariados. El hombre apenas consigue hablar y quizá ni siquiera sepa usar la fuerza de sus brazos. Dos personas habituadas a temer. El miedo de ambos llena de repugnancia a Vilela.

—¿No tiene un retrato de su marido, el otro, el que murió?

—No, señor.

—¿Cómo se llamaba?

—Félix.

—¿Y usted? ¿Cómo se gana la vida?

—Soy peón de limpieza en el hotel Nacional.

—Vive conmigo ahora, una no puede quedarse sola —se disculpa la mujer.

—Cualquier día volveré para hacer más preguntas.

—Sí, señor —responde la mujer.

Vilela sale de la chabola, siente el sol que le golpea el rostro. Olas de espuma blanca se quiebran en la playa. El mar, una inmensa, ondulante masa azul.

Calle Ministro Viveiros de Castro, 54. Era día de mercado: dos mujeres y una chica con bolsas repletas de alimentos penetran en el estrecho corredor. Con dificultad, Vilela y las mujeres suben rozándose. Una de las bolsas exhala un nauseabundo olor a pescado.

En la puerta del 909 hay una mirilla. Vilela aprieta varias veces el botón de la campanilla; no se oye sonido alguno. Vilela golpea la puerta. Inmediatamente una voz de mujer pregunta desde el interior:

—¿Quién es?

—Policía. Quiero hablar con la señora Lilian Marques.

—No está.

—¿Quiere hacer el favor de abrir?

—¿Para qué?

—Deseo hablar con usted.

—No estoy vestida.

—Entonces, vaya a vestirse. La espero.

Un hombre íntegramente vestido de negro, con la barata solemnidad de un empleado de funeraria, abre la puerta en el extremo del corredor y observa a Vilela.

—¿Desea usted algo? —pregunta Vilela, irritado.

—Vivo aquí.

—Entonces vuelva a su casa. O váyase a pasear. Deje trabajar en paz a la policía.

El hombre entra en su apartamento. Debe de tener el oído pegado a la puerta.

Se entreabre la puerta del 909, sostenida por una cadena; una mujer joven, rubia, pregunta:

—¿De qué se trata?

Vilela tarda en responder. Después de mirarla fijamente, le dice en voz baja:

—Abra la puerta, Lilian. Ya me ha hecho esperar bastante.

Lilian cierra. Ruido de cadena. La puerta se abre.

Vilela entra en el apartamento. Un dormitorio, *kitchenette* embutida en la pared, una sala minúscula. La cama, de matrimonio, ocupa casi todo el espacio. Sobre la mesilla de noche una radio de pilas, una pequeña estantería con libros, aparato de televisión de 14 pulgadas, guardarropa, pósters en la pared. Greta Garbo en la *Dama de las Camelias*; una niña negra y sucia y semidesnuda en cuclillas, junto a dos adultos, un hombre y una mujer, muertos; Lilian.

—Bonita foto —dice Vilela, mientras señala el póster de Lilian.
—La hizo un fotógrafo maravilloso.
—¿Y esa?
—¿Ha venido a interrogarme sobre mis pósters?
—No, señora —dice gentilmente Vilela, que quiere ganarse la confianza de Lilian—. Solo me preguntaba por qué alguien cuelga en la pared una foto tan triste.
—Para no olvidarme de que el mundo es eso.
—Si necesita usted que se lo recuerden... Quería hacerle algunas preguntas sobre la muerte de Heloísa Wiedecker.
—No sé quién es.
—Sí que lo sabe. Vivió con ella en la casa de Paul Morel. A él se le acusa de haberla asesinado.
—Pero yo no sé nada. ¿Quién le ha dado mi dirección?
—Morel me dijo que era usted modelo.
—¿Morel me hizo esa jugada?
—No le hizo ninguna jugada. Está escribiendo un libro. En el libro hay una Carmen, modelo de una agencia inexistente. Pero la modelo existía. No tuve ninguna dificultad en encontrar a la persona descrita por Morel.
—¿Él le dejó leer el libro?
—Tengo la certeza de que Morel no pensó que yo pudiera identificarla.
—Es muy ingenuo. Cree en las personas. A veces llega a ser infantil — responde Lilian—. ¡Qué nombre más bobo me ha puesto!
—Todo escritor tiene dificultad en encontrar nombres.
—¿Y a las otras? ¿Qué nombres les ha dado?
—A Heloísa Wiedecker la llama Joana Monteiro Viana; la pintora Aracy es Ismenia. A las otras dos aún no las he localizado. En el libro se llaman Elisa Gonçalves y Ligia. ¿Cuáles son sus nombres verdaderos?
—No sé.
—Lo sabe, y me lo puede decir sin miedo. Yo quiero ayudar a Morel.
Lilian, afligida:
—¡No sé, no sé!
—Tranquilícese... No tiene importancia el nombre.
—¿Y él, Morel, está bien?
—Sí.
—No tenía valor para ir... Ahora que me han descubierto, creo que iré.
—Le hará feliz su visita. Tengo la impresión, por lo que leí, de que le gustaba Carmen... ¿Y su hijo?

—Está de nuevo con la mujer que le cuidaba. No se podía quedar aquí, conmigo, ¿comprende? Mientras viví en casa de Morel no tuve problemas, dejé de trabajar, podía ocuparme de él.

—¿Cómo funcionaba esa familia de ustedes?

—Heloísa era una persona muy alocada. O estaba muy alegre, o muy triste, muy elegante o harapienta, muy amable o muy grosera, con ella no había término medio. Pienso que yo no le gustaba y odiaba a la... aristócrata.

—La aristócrata ¿vivía con ustedes?

—No. No vivía allí, estaba casada. Pero pasaba días enteros en nuestra casa, participaba en nuestros juegos, cocinaba, aprendía a pintar con Aracy.

—¿Qué juegos eran esos?

—Hacíamos teatro. Cada día uno inventaba una historia que todos debían representar, o películas. Era muy divertido. Lo pasábamos bien.

—¿Morel participaba?

—Él tenía las ideas.

—¿Y Heloísa?

—A veces participaba. Le gustaba más filmar y cantar, sabía todas las músicas, tenía una voz muy hermosa, tocaba bien la guitarra. Habríamos vivido muy felices si Heloísa no hubiese sido tan celosa. Pasábamos películas, de esas... bueno... usted sabe...

—¿Ella quería a Morel?

—Todas lo queríamos. Yo tenía pasión por él.

—¿Y no les molestaba que se acostara con las demás?

—Al principio me perturbaba un poco, siempre discutíamos de eso cuando conversábamos, y hasta representábamos en teatro nuestra situación. Yo terminé por entender que no tenía nada de malo. Éramos una familia.

—Pero Morel era el que mandaba.

—Nadie mandaba. Solo la casa era suya. Él quería tener varias mujeres y nosotras estábamos cansadas de hombres, uno solo era suficiente para todas. Yo he tenido muchos y me harté.

—¿Leyó el diario de Heloísa?

—¿Qué diario?

—Un diario que ella escribía, un cuaderno grueso de tapa verde.

—No. ¿De qué hablaba?

—Esas cosas que se ponen en todos los diarios.

—¿Sabe una cosa? Para ser policía, me parece que es usted hasta simpático.

—Muchas gracias.

—Los tiras que conocí hasta hoy eran unos estúpidos. ¿Usted es detective?

—Sí.

—Debe de ser una vida difícil.

—Pues sí.

—¿A su mujer le gusta que sea policía?

—Tampoco le gustaría si fuera bancario o escritor.

Lilian sonríe. Un cuerpo perfecto, una cómoda (y atrayente) impresión de vulgaridad.

Llaman a la puerta. Es un hombre pálido, de pelo largo. Se aferra la puerta, como si tuviera dificultad para mantenerse de pie.

—Perdón, no sabía que estabas ocupada.

—Entre, ya me voy —dice Vilela. Un gesto de despedida, al salir.

Vilela come en un restaurante. Enciende un cigarro, lee en el anillo amarillo: «Romeo y Julieta, Rodríguez Argüelles y Cía., La Habana». Es el último y Vilela está decidido a saborearlo lentamente, y a mantener el humo largo tiempo en la boca y el gusto acre en la lengua, espesando la saliva. ¿Cuál de las mujeres habría enviado a la policía el diario de Heloísa? ¿Ismenia-Aracy? ¿Elisa? ¿Carmen-Lilian?

Aracy espera a Vilela. «No es necesario que venga usted a la comisaría, yo iré a su casa; es solo para esclarecer algunos puntos».

El habano se acaba.

Aracy, al abrir la puerta:

—¿De qué se trata?

—Algunos detalles, iremos rápido. ¿Puedo pasar?

—Pase —responde Aracy, sin esconder su impaciencia.

—¿Me puedo sentar?

—No. Prefiero hablar con usted de pie, así tardaremos menos.

Vilela le dice a Aracy que la policía sabe que ella vivió con Heloísa en casa de Morel. Mientras habla con Aracy, la mente de Vilela divaga y evoca fragmentos del texto de Morel y del diario de Heloísa. Siente el deseo de pedirle a Aracy que cocine macarrones, pero controla su asombroso impulso.

—Me gustaría que me hablara usted de Paul Morel.

—¿Hablar de qué? —Aracy se limpia las manos sucias de tinta en su pantalón azul de brin—. No le conocía bien.

—Usted vivió en su casa cuando era un joven estudiante. ¿Cómo fue eso?

—Creo que será mejor que tome asiento. —Aracy cayó con un suspiro en una silla—. ¿Cómo fue? Yo vine del norte y alquilé una habitación en casa de su madre. Paul era un chico inexpresivo que me seguía dentro de la casa como un perrito. Viví allí más o menos un año y cuando le reencontré, años más tarde, no le reconocí.

—¿Por qué?

—Estaba cambiado. Ya no era un muchachito tímido... era un hombre cínico y amargo. Había cambiado de nombre.

—¿Cree que habría sido capaz de matar a Heloísa?

—No me gusta decirlo, pero me parece que sí.

—¿Y Heloísa? ¿Qué clase de persona era?

—Una chica rica y mimada. Apenas la conocí, Heloísa me dijo: «Es preferible ser comida por el lobo que pasarse la vida dentro de la casa de ladrillos, como el cerdito prudente».

—¿Fue usted quién envió el diario de Heloísa a la policía?

—¿Qué diario? Ni siquiera sé de qué se trata.

Vilela sabe que Aracy miente.

—Un cuaderno de tapa amarilla.

—Ni amarilla ni verde. Y además no me gusta la combinación, parece la bandera de Brasil.

—Señora, no quiero hacer nada que la perjudique, solo estoy interesado en la trama —dice Vilela.

Vilela encuentra que se parece a Morel. La misma vida marcada por la pobreza, la soledad, la repugnancia por la violencia. El sadismo de Morel perturba a Vilela. Siente el mismo impulso vital hacia la violencia, no una manifestación salvaje de atavismo, sino el deseo maduro y lúcido que permitía a Morel la conciencia de su propia crueldad.

Diario:

Él me pega y abre el cofre cerrado de mis tormentos. Mi cuerpo empieza a estar marcado de rojo, mis labios están hinchados, estoy muy cansada, y él me pregunta con la respiración jadeante (pobre, también él está exhausto) si quiero que él me pegue más y le contesto que sí, y me da nuevos golpes, cada vez más débiles; tal vez lo sintiese menos por estar anestesiada, pero lo cierto es que los golpes ya no dolían tanto. Después se detuvo y me limpió la boca, me levanté, fui a verme la cara en el cuarto de baño, mi boca hinchada sangraba, apreté bien los labios para que la sangre chorreara de la herida, abrí un hueco en la carne, la sangre corría por el mentón y manchaba las baldosas blancas del piso del baño, escupí sangre en la pared y cuando todo estaba muy sucio grité: «¡Paul! ¡Paul!», y él vino corriendo y se detuvo asustado ante toda esa inmundicia, y decía cariño y amor de mi vida y parecía que se iba a arrodillar y a pedir perdón y yo fingí estar prácticamente muerta y abrí la boca como un pez fuera del agua. Paul

me abrazó y me llevó a la cama, y me limpió nuevamente la sangre con una toalla y vi que quería llorar, un deseo secreto, insatisfecho durante muchos años a floraba con toda la fuerza, y las lágrimas descendían por su cara masculina. Una sensación extática de fraternidad en el sacrificio y el dolor, nuestras almas satisfechas. Paul decía: «Mi amor, cariño mío, estoy muy solo y soy infeliz, cariño, ayúdame», y apoyó su cara en mi pecho, y estaba trémulo y frágil, como una persona llena de enemigos de los que hubiera escapado solo por unos instantes, los músculos de la cara tensos. No me moví durante largo tiempo, me dolía el cuerpo a causa de la posición inmóvil, no quería despertarlo y aguanté hasta la madrugada; él se sacudió con fuerza y dijo: «¿Qué pasa? ¿Qué pasa?», como si saliera de una pesadilla. Y le respondí: «No es nada, no te preocupes, todo está bien, ¿qué has sentido?, descansa, tonto, tienes hambre». Hice bromas y hablé mucho para que él se despertara y se moviera de mi regazo y yo pudiera desprezarme y reposar sin tener todo aquel peso encima.

—Paul no consiguió huir de su víctima —dice Vilela.

—Heloísa me dijo una vez que toda mujer era masoquista —responde Aracy con un resentimiento que la muerte no ha aliviado—. Suponía que el mundo estaba hecho a su imagen y semejanza. ¡Pero yo no dejaría nunca que un hombre me golpease de esa manera, nunca!

—No todo lo que Heloísa cuenta en su diario es verdad —dice Vilela, con astucia.

—Nadie tendría una imaginación tan enfermiza como para confesar falsamente esas ignominias —contesta Aracy.

—Acaba de admitir que leyó el diario. ¿Por qué no reconoce también que se lo envió a la policía? —Vilela habla secamente, como un médico que instruye a un paciente.

—Está bien —suspira Aracy—. Sí, lo leí y me horroricé. Heloísa era muy descuidada y dejaba el diario tirado por la casa. Pero no fui yo quien lo envió a la policía.

—¿No tiene idea de quién pudo ser?

Aracy:

—Realmente no puedo perder más tiempo con esto. Ya dije todo lo que les podría interesar, querría que me dejaran en paz.

En la puerta, Aracy agrega:

—Me gusta mucho mi casa, las largas tablas enceradas del piso, las alfombras, los objetos, los cuadros, el cuarto de baño con todo lo que tiene, mis discos y películas, mis libros, sillones, divanes, cortinas.

Mientras habla, recorre con la mirada su sala.

—No quiero volver a irme de aquí.

Al llegar a su casa, Vilela encuentra una carta.

Fernando,

Sé que debería decirte esto personalmente, pero no he tenido valor.

No quiero vivir más contigo. Ya no nos queremos, y nuestra separación será un alivio para los dos. Mi vida ha sido un tormento. Es todo lo que sé.

Isabel

Vilela a Morel:

—¿Quién es Francisco?

—Uno que estaba enamorado de Heloísa. No nos resistimos a sus progresos, nos divertía. Yo le conocí de esta manera: me invitó a comer y llevó a una muchacha muy bonita que solo abría la boca cuando acercaba el tenedor con un bocado. «Mira —me dijo—, esta chica hermosa, dulce, sumisa, es mía, la compré, la pago a plazos, desde luego... Te doy esta joya, se llama Nadia; y con ella, como bonificación, una moto Suzuki 750 y además una parte en dinero en efectivo: todo esto a cambio de Heloísa. Quiero a Heloísa y sería capaz de cometer todas las vilezas, ser su bufón, cualquier cosa». Le contesté que, antiguamente, los brasileños enamorados se prendían fuego a la ropa (¿adónde se ha ido esa gente maravillosa?) y le pregunté si la chica era del plantel de Gastón. «¿Del plantel de Gastón? —respondió—, por el amor de Dios, la compré en Santa Catalina, en un lugar cerca de San Joaquín, donde nieva, el paisaje es bello, se la compré directamente al padre, es nieta de alemanes, lee Goethe en el original». Mientras tanto, la putilla ponía expresión de ingenuidad, aprendida de las telenovelas.

—¿Quién es Gastón?

—Gastón Damián, casado con una tal Doris Hesse. Nombres falsos. Todo el mundo los conoce.

—No son de mi época. ¿Francisco les seguía durante las caminatas?

—Tenía que correr para acompañarnos. Era gordo y bajito. Nosotros simulábamos que no le veíamos.

—El día de la muerte de Heloísa, ¿les siguió a la playa?

—No sé. Me parece que no.

—¿Tienes fotos de Heloísa?

—Un montón. Diapositivas, copias, filmes en super-8.

—¿Podría verlas? Tengo muchas ganas de ver fotos de Heloísa.

—Está todo dentro de un archivo en el estudio, en mi casa. La mayoría de las diapositivas son en treinta y cinco, pero hay muchas en seis por seis, que tomé con la Hasselblad. Las diapositivas están guardadas entre láminas de plástico transparente. Las ampliaciones, entre hojas grandes de papel gris. Las películas en latas, en un estante de la biblioteca. ¿Tienes los proyectores?

—Sí. ¿Cómo hago para buscar las películas?

—Una criada se ocupa de la casa, una señora llamada *dona* Benedita, que fue cocinera en mi casa cuando yo era chico y ha vuelto ahora que estoy preso. Le escribiré una nota.

D. Benedita,
El portador, señor Fernando Vilela, tiene mi autorización para entrar en casa y llevarse películas, fotos, libros y otros objetos. Por favor, ayúdele. Gracias.

Paulo

—¿Libros?

—Para mí. *El enigma socrático*, de un tal Spiegelberg. Tengo ese libro hace más de diez años. Por lo menos, eso puede hacer uno en la cárcel: leer los libros que dejó para mañana.

—¿En qué orden están los libros?

—En ninguno. Será difícil encontrarlo.

En casa de Morel.

Dona Benedita es una mujer blanca, de pelo grisáceo. Vilela le muestra el mensaje de Morel.

—¿Cómo está Paulinho? La última vez que fui a la cárcel le vi tan delgadito...

La mujer extrae un pañuelo del delantal y se dispone a llorar.

—Está bien...

—¿Qué maldad han hecho con él! ¿Se quedará mucho tiempo preso? —La mujer lloriquea, se lleva el pañuelo a los ojos, se suena la nariz.

—No sé. ¿Me quiere llevar al estudio?

La casa tiene dos plantas, una a nivel de la calle, otra más abajo, sobre el morro. El estudio se encuentra en la primera.

—¿Quiere ver el jardín? —pregunta *dona* Benedita.

—Gracias, pero no tengo tiempo.

En un estante de madera, las carpetas grises. Vilela coge una foto. El rostro de una mujer joven, el lado derecho iluminado por una pálida claridad amarillenta; el otro lado surge de una penumbra sepia. Son dos rostros diferentes, uno es reverso del otro. La modelo mira al hombre que está detrás de la cámara y se ve a sí misma como está en la foto, revelada. Vilela mira

otra. La misma mujer rubia, desnuda, en una cama con sábanas blancas. La mujer seguramente se acaba de despertar, con el cuerpo aún lánguido por el entorpecimiento del sueño. El cuerpo de la mujer y las sábanas en desorden parecen envueltos en una nube de azafrán en polvo.

Vilela coloca las fotos en la carpeta gris. No quiere ver las demás en ese momento. Con la ayuda de *dona* Benedita, lleva a su coche las fotos y los filmes, y se va sin recordar el libro que le ha pedido Morel.

Vilela en su casa. Foto: la mujer rubia, ahora con el pelo negro. Después abrió la boca y los dientes aparecieron como un chorro de luz en su rostro moreno. Los pezones rosados. *Podía ser la misma mujer.*

Joana. Foto: tres mujeres desnudas, sentadas en posición de meditación yoga; la del centro sostiene delicadamente, entre el índice y el pulgar de cada mano, un seno de las otras dos. Vilela reconoce a Lilian y a Aracy. La del medio solo puede ser Joana. Una mujer de muchas caras que Vilela contempla, foto tras foto, fascinado.

Una película. En la lata dice *Presentación de la familia*. Joana, de pelo negro, con un micrófono en la mano.

JOANA: Hola, me llamo Heloísa Wiedecker. El Wiedecker es suizo. ¿Qué más digo? (Heloísa interroga a la cámara, alza las manos. *Off*: palabras no identificadas). Está bien. Mi padre es embajador y mi madre ha sido la *hostess* del año. Soy miembro de la familia Morel, pero hasta ahora no hemos matado a nadie, ni a un artista de cine, ni a una mosca, porque nuestro jefe es muy buenito... No somos una familia famosa, nunca veremos nuestra foto en el periódico, ni siquiera seremos un artículo en la revista brasileña de sociología, si es que existe. Terminé. Hoy no tengo mucha gracia. (Joana estira el brazo con el micrófono. Aparece Lilian).

LILIAN: Me llamo Lilian. Yo era puta... ¿Cómo? (Lilian se inclina hacia adelante, para oír mejor. *Off*: palabras no identificadas). Ya no lo soy, ¿saben? Me salvó esta familia. Declaración para la posteridad: ser puta es muy aburrido, es mucho mejor ser una mujer de familia... He dicho. (Lilian le pasa el micrófono a Aracy).

ARACY: Mi nombre es Aracy Batista, pero me conocen como Aracy. Soy pintora, ingenua, primitiva, *naïve*, como quieran. Me gusta pintar porque me gustan las formas coloridas, soy ignorante, como todo el mundo. Me siento protegida por la familia. La familia es necesaria. Espero que nos quedemos juntos para siempre. Amén. Ahora tú. (Aracy le pasa el micrófono a Morel).

MOREL: Podría comenzar por decir... Y así, el enemigo del hombre será su propia familia, Mateo, diez, treinta y seis; sin embargo, Mateo se equivocaba, tener una familia grande como la mía, llena de mujeres maravillosas, es sensacional, y sería todavía mejor si no me diesen tantas gachas de avena.

Vilela telefona a Matos y le pregunta si han investigado a la mujer del barracón.

—Claro.

—¿Y al hombre que vive con ella? ¿Un tío que consiguió después de la muerte del marido? No vivía allí cuando Heloísa fue asesinada. La mujer le conoció después.

—¿Quiere burlarse de la policía?

—No mucho.

Identificar a Elisa fue una sorpresa excitante.

—Tú conoces a todas las mujeres de la *society*. ¿Existe alguna con una cara así? —le pregunta Vilela a un columnista de sociedad a quien conoce.

—¿O sea? ¿Qué quieres decir con eso?

No fue fácil. Por la descripción de Morel podía ser Bebel Azambuja, Cleo Vargas, Marta Cunha, Eunice Araujo.

—Todas fingen que les gusta el arte, tienen maridos cornudos y casas con escaleras de mármol —dijo el periodista.

Marta Cunha. Vilela sueña con el pasado.

Vilela visita a Morel. Ha pasado un mes desde que estuvieron juntos por última vez.

—Pensé que ya no volvería —dijo Morel.

—Estaba ocupado.

—Yo también. —Irónico, airado.

—¿Ha escrito mucho?

—Ya sabe que no. Desistí. Rompa toda esa mierda.

—Está bien.

—Se lo exijo, ¿comprende?

—Traeré todo aquí. Usted mismo lo rasga.

—La literatura es una estupidez. Raymond Chandler es mejor que Dostoyevski, pero nadie tiene el valor de decirlo.

—Ya ha dicho eso del arte en su libro.

—¡Rompa esa mierda! —dice Morel, enfurecido.

—Leí el diario de Joana. Hay allí muchas cosas que no entiendo y quiero entender. Usted podría ayudarme.

—¿Por qué tendría que ayudarle? ¿Porque me ayuda usted?

—Me gustaría mucho saber si las cosas que le ocurrieron podrían haberme ocurrido a mí.

Morel, sarcástico:

—Oh, no, cada uno tiene su propio destino trazado especialmente por los dioses, como en una tragedia de Eurípides.

—No vine a discutir con usted, Morel, he venido...

—Llámeme Moráis, como el doctor Matos.

—... He venido a conversar con usted, quiero ayudarle y que usted me ayude.

Morel examina la cara de Vilela.

—Está bien, no vamos a discutir.

—Tendré que hacerle algunas preguntas que tal vez le hagan sufrir.

—No soy tan delicado.

—Serán preguntas desagradables.

—Hágalas.

—¿Cuándo pegó usted a alguien por primera vez, durante el acto sexual?

—Con esa chica.

Pausa.

—Continúe.

—Heloísa... Heloísa...

—¿Cómo fue? ¿Al principio?

—Un día me pidió que la apretara con fuerza, y con más fuerza, y de pronto me mandó que le pegara...

—¿Le mandó?

—Mandó... pidió...

—¿Y usted la pegó?

—La pegué, la pegué, y después sentí una enorme repugnancia. No quise verla durante mucho tiempo.

—Pero terminó por volver a encontrarla.

—Yo la quería...

—¿Y cómo fue que reanudaron su relación?

—Ella me telefoneaba siempre, aunque yo me había alejado... Un día atendí el teléfono... La segunda vez ya no me pareció mal, no me molestó tanto.

Larga pausa.

—Cada vez la pegaba con más fuerza. Después de un tiempo eso ya no me incomodó.

—Y usted ¿sentía placer?

—No sé... sentía y no sentía.

Pausa.

—¿Y Heloísa?

—Ella alcanzaba el orgasmo en el momento en que yo la pegaba. Yo no.

—¿Nunca tuvo usted un orgasmo mientras la pegaba?

—No. Pero pegarla me excitaba.

—¿Y la pegaba cada vez con más fuerza?

—A mí ella me gustaba mucho. Hacía todo lo que me pedía. Queríamos satisfacernos el uno al otro. Yo no solo quería el placer de unir mi cuerpo al suyo, quería hacerla gozar alucinadamente. Siempre nos decíamos después, fue bueno, maravilloso, ¿verdad? Fue mejor que ayer, ¿no?, y esperábamos que el otro contestara que sí, que había sido increíble, mejor que nunca. Yo la golpeaba cada vez con mayor violencia para que fuera continuamente mejor que nunca, que ayer.

—¿Tomaba usted la iniciativa?

Pausa.

—Muchas veces. —Con amargura—: Ya le dije que me excitaba, ¿no es verdad?

—Sí. ¿Cómo la golpeaba?

—Con la mano...

—¿Solo con la mano?

—No... A veces usábamos cosas, instrumentos... Látigos, esas cosas...

—¿Alguna vez le pidió que la atara?

—Sí... Pegarla se fue convirtiendo en una liturgia, una ceremonia eucarística, una crucifixión, recreada con sus bendiciones.

—¿Puede desarrollar ese punto?

—Se me acaba de ocurrir durante nuestra conversación, no sé explicárselo bien, era como si fuese una acción de gracias, como si el espíritu tomara conciencia del cuerpo, como si uno se enterara del otro, algo así... Yo sentía que ahí había un camino, pero no sabía hacia dónde... Hubo un momento en

que pensé que esa crueldad intermitente hacía de nosotros personas mejores, que nos redimía... Un día dejé de pegarla, poco antes de... no, ese día la pegué...

—¿Ella se lo pidió?

—Gritaba: «demuéstrame que estás aquí, de mi lado, demuéstrame que existes, mátame».

—Lo ha escrito de otro modo en sus papeles.

—Solo ahora lo recuerdo. «Me siento muerta —me dejo ella—, pero si me matas, estoy viva. Anda, ven, revientame, ponme el diablo en el cuerpo».

—¿Mató usted a Joana?

—No.

—Escribió que quedó en el suelo herida, y que usted se fue. Podría haber muerto.

—La mató alguien que llegó cuando yo me fui.

—Podría haberse olvidado, haber bloqueado inconscientemente la memoria.

—Lo recuerdo todo con mucha lucidez. Cuando la dejé, Joana estaba viva, estoy seguro de ello.

—¿No ha escrito nada más?

—No.

—No puede detenerse ahora.

—No tengo nada que decir.

—¿Pero ha escrito o no?

—Sí. Joana me pidió que buscara una mujer dispuesta a salir con los dos. No quería saber nada con Ismenia y Carmen. Una intermediaria me dio el teléfono de una chica que aceptaba programas dobles. La llamé y organicé el encuentro. La chica dijo que iría con pantalón blanco y blusa violeta.

—¿Cuenta usted ese episodio?

—Sí. Me pareció importante, para explicar cómo era Joana.

—Entonces démelo. Yo lo leo y lo rompo, con lo demás.

—¿Lo hará? —Vilela siente que Morel ya no quiere que rompa sus papeles; quizá nunca lo quiso.

—Ya veremos. El nombre, Paul Morel, ¿lo ha tomado del libro de Lawrence?

—No. Mera coincidencia.

Dijo que iría con pantalón blanco y blusa violeta.

—Te espero en un coche rojo, en la esquina —le respondí. Caminaba a lo lejos, iluminada por las luces del escaparate de la tienda.

—¿Qué tal? —le pregunté a Joana, a mi lado.

—Sirve.

—Se llama Sonia.

Bajé del coche.

—Hola —dijo Sonia. Tenía bonitos dientes, blancos y agudos como los de un cachorro.

—Entra por aquí mismo. —Le indiqué la puerta abierta y el asiento delantero. Por el otro lado los coches pasaban a gran velocidad.

Mientras íbamos hacia el restaurante, las dos conversaban animadamente. Parecían viejas amigas que intercambiaban informaciones útiles.

—¿Estás casada? —pregunté ya en el restaurante.

—Lo he estado. ¿Cómo lo adivinaste? Solo tengo diecinueve años, y no creo tener cara de mujer casada.

—La marca blanca en el dedo.

—Nunca me quito la alianza. La he mandado pulir.

Sonia dijo que el fin de semana iría al interior, donde vivía su padre.

—Tienes la mano igual que la mía. —Extendí mi mano abierta, verticalmente. Sonia, desde el otro lado de la mesa, apretó su mano contra la mía. Eran desde el mismo tamaño.

—Mano de trabajadora del campo —dije.

—Es verdad que trabajé en el campo —respondió Sonia, sonriente, divertida—. Lo sabes todo.

—Es un genio —dijo Joana.

—¿Y qué vas a hacer en casa de tu padre?

—Él es matarife.

—¿De qué animales? —preguntó Joana.

—Cerdos, carneros, cabritos, gallinas, de todo.

—¿Y tú lo miras? —La mano de Joana tocó la de Sonia.

—¿Mirar? Yo le *ayudo*.

—¿Y tú también matas animales? —preguntó Joana, interesada.

—Claro. Maté mi primer lechón a los diez años.

—¿Cómo se mata un lechón? —La mano de Joana, con el cigarrillo, temblaba, pero su cara no demostraba su creciente excitación.

—Agarras el hocico, le pones la rodilla encima y metes aquí el cuchillo. —Sonia señaló su propio omóplato izquierdo.

—Fascinante —murmuró Joana.

—El cabrito es más difícil. Tienes que herirle en el cuello, pero el cuello del cabrito es huesudo como el de la gallina, y mucho más duro. Las gallinas las mato que es una perfección. Cojo las alas con esta mano, usando estos dedos, y con estos otros agarro la cabeza. Así. —Un gesto rápido—. Y luego solo hay que cortar el cuello con el cuchillo en la otra mano.

—Y cuando matas, ¿salta la sangre? —preguntó Joana.

—Sí.

—¿Roja?

—Claro, roja.

—¿Y te manchas de sangre?

—Un poco.

—¿Las manos?

—Las manos, los brazos, la ropa.

—¿Y el olor de la sangre?

—Es gracioso, ya no sé cómo es el olor de la sangre. Me he acostumbrado.

Con la boca muy abierta, Sonia empezó a reír. En seguida todos reíamos a grandes carcajadas. Los demás clientes del restaurante nos miraban disimuladamente.

—¿Cómo es el cuchillo? —inquirió Joana, cuando se acabó la risa.

—Así. —La fina punta se alargaba en las líneas que Sonia trazó en la servilleta.

Bebimos martinis, *whisky* y vino.

—Si no aferras el hocico del cerdo suelta un grito horripilante cuando muere.

—¿Matas bueyes? —Joana cogió la mano de Sonia.

—No. Nosotros sabemos usar el cuchillo, y el buey no se mata a cuchillo. Pero nos gusta matar cerdos grandes, a los que hay que atontar antes. Papá golpea la cabeza con un cuidado enorme, para no estropearla. Si le partes la cabeza, no lo compran. Entonces, papá le da en la oreja con una barra de hierro. Y hay que clavar el cuchillo en seguida, no se puede perder un segundo.

—¿Y tu madre? ¿También lo hace?

—¿Mamá? No. Era alta y musculosa como yo, pero no sabía matar. No le gustaba.

—¿Quieres más a tu padre? —pregunté.

—Quiere más a su madre —dijo Joana.

—Mamá murió cuando yo tenía quince años.

—Pero la querías más.

—Ella me pegaba. Papá nunca me pegó.

—Es bueno tener un padre —observó Joana, reticente.

—Papá hace todo lo que quiero. Lo mejor que me ha pasado ha sido separarme de mi marido y volver con él.

—Mi padre —dijo Joana— me prometió llevarme al cine con mis primas. Yo era pequeña, él dijo: «Te llevaré al cine con tus primas», me vestí y esperé, pero no me llevó. Dijo que iba, pero no fue. Debe de ser bueno tener un padre que cumpla lo que promete.

—Mi padre cumple lo que promete —dijo Sonia.

Cuando salimos del restaurante, las dos estaban bebidas. Cuchicheaban, abrazadas. Bajaron del coche cogidas del brazo.

En el apartamento de Sonia pusieron el tocadiscos al máximo volumen y bailaron como locas, desnudas. También yo me quité la ropa, me senté en un sillón y las miré. Ambas tenían el mismo cuerpo largo, de carnes duras. Joana hacía gimnasia y *ballet*; Sonia, en la infancia (y la adolescencia), había matado animales, plantado y cosechado legumbres y verduras. La visión de sus cuerpos perfectos en movimiento me emocionó mucho. Las dos se pusieron a golpear las paredes, arrojaron cuadros al suelo, rompieron una lámpara.

Encendí la luz del techo.

—Calma, chicas.

Bailaban abrazadas y se besaban.

—Vamos a la cama —dije.

Fue una locura.

Más tarde estaba en el cuarto de baño, cuando acabó la música. Cerré el grifo. Oí el murmullo de sus voces: hablaban en voz baja, como conspiradoras. Tuve la impresión de insectos que royeran algo. En la *kitchenette* había un cuchillo afilado, de cabo negro. Sentí miedo.

Cuando salí, ambas estaban de pie, estrechamente abrazadas, cara a cara.

—Muérdeme —decía Joana. Fueron juntas al cuarto de baño.

Sobre la mesa había restos de flores: nostalgias en un vaso de barro.

—¿Me enseñarás? —dijo Joana cuando salieron.

—Sí.

—¿Me dejarás que lo haga yo?

—Son cuatro horas de viaje —respondió Sonia.

—¿Quieres venir? —me preguntó Joana.

No me interesaba. Ellas decidieron ir el día siguiente, antes del fin de semana.

Diario:

Cuando Morel me invitó a la familia, acepté. Creía que era posible la existencia de lazos familiares que no fueran de alambre de espino. El casamiento institucionaliza la ideología burguesa de la seguridad, corrompe la vida emocional de las personas. No conozco un matrimonio feliz, ni uno siquiera. Conozco a los hipócritas constructores de la fachada-que-queda-bien, infelices que de noche se acuestan juntos como viejos compañeros de una miserable hospedería, e ignoran o desdeñan los tormentos que afligen al otro. Esos matrimonios tienen un solo objetivo: comprar cosas, ser respetables, eficientes, influyentes, todas las formas secretas u ostensibles de la corrupción. Toda esposa es una mujer frustrada. Soy todavía muy joven, pero he observado a muchas mujeres casadas, en su casa, en la peluquería, en la calle, en la escuela, en el supermercado, en cualquier parte; y todas son infelices, unas más resignadas o silenciosas que las otras, pero todas destrozan su vida, y envejecen desgraciadas, sin poder salir del pozo en que se han metido. Y los hombres también son infelices y sufren tanto en su estúpido papel autocrático como las mujeres en el propio. Sé que quien lea este diario pensará: esta chica dice tonterías. Pues sepa el mundo entero que tengo solo veintiún años, pero sé las cosas: esto de la familia colectiva no existe. ¿Cómo tomar decisiones en común cuando las personas son tan diferentes como Lilian, Aracy, Morel y yo? ¿Cómo va uno a liberarse de la tradición, solo con reemplazarla por las recetas de las revistas en colores que se venden sobre las mesas de la Av. N. S. de Copacabana? Así es nuestra familia moderna: una manera de adaptar las antiguas convenciones a los tiempos modernos. «Todos vamos a participar, a repartir, a vivir comunitariamente». Da ganas de vomitar. Todo debe ser modificado, ¡todo! Una familia no puede ser reemplazada por otra, sea cual sea el calificativo que se le agregue. Todo, todo, todo tiene que terminar. La vida es corta, mi gente, ¿será que no lo ven? Siento que me aprietan por todos lados. Paul tiene razón, realmente es fantástico que haya tan pocos fugitivos a través de la locura o de la muerte, nadie puede aguantar todas las leyes, no haga esto, haga aquello, el desodorante, el peine, los zapatos, las órdenes. Ojalá pudiera ser una mujer primitiva, preocupada solamente por el sol y la lluvia.

Sueño: bailo con gran vibración, un hombre me agarra por detrás, es Paul, con la cara triste. Los dos estamos en un programa de televisión, me entrevistan y digo, mientras señalo a Paul: él es distinto de los demás, yo le llamaba papaíto en el mismo momento en que él hacía aquello conmigo delante de todos los telespectadores. «Este es un programa transmitido exclusivamente para adultos equilibrados, seleccionados por las autoridades gubernamentales», dice la locutora, de negro y con gafas, en voz impostada. Canal Cultura.

Vilela está en casa de Gomes, el editor.

—Al contrario de la creencia general, pensar, ver, actuar eróticamente con intensidad, de forma constante, no disminuye el interés sexual, ni convierte el sexo en una cosa aborrecible, fatigosa o repugnante —dice Gomes—. Cuanto más comemos, más nos gusta la comida y más queremos comer. Lo mismo ocurre con el sexo, jamás se alcanza un punto de saturación.

—¿Qué ocurrió con el libro ilustrado por Morel?

—¿*Venus R. B.*? La censura se apoderó de él, soy una víctima de las fuerzas de la represión, como Protágoras, que huyó de la Atenas de Pericles para no caer prisionero, pero cuyos libros fueron igualmente quemados; como Sócrates, que murió porque deseaba libertad para discutir sus ideas. Yo sabía todo esto de memoria, una larga y fundamentada argumentación llena de nombres y de hechos, pero solo me acuerdo de estos dos. —Una sonrisa cínica.

Gomes, sentado detrás de una mesa totalmente vacía, abre una gaveta y coge un libro.

—Una gran obra, verdaderamente, *Venus R. B.*, que el oscurantismo intenta destruir, con el apoyo de defensores oportunistas, como Platón, ¿o era Eurípides? No, ese también fue perseguido, qué diablos, ¿dónde está ese maldito papel con todas las informaciones? —Gomes revuelve en las gavetas, maldice suavemente.

Venus R. B.

—Un libro corrompido, depravado, escabroso, pernicioso y subversivo, dijo el censor, pero el libro es por encima de todo, *pathos* (la palabra griega, ¿eh?): hace que el lector se apiade de la condición humana. ¿Usted quiere editar su próximo libro conmigo?

—Ya estoy comprometido con otro editor —responde Vilela.

—¿Qué le parece *Venus*?

—Está bien impreso.

—Mire la vagina de Morel.

Los dos hombres contemplaban el intrincado dibujo.

—No estaba muy bien de la cabeza en esa época —dice Gomes.

—¿Cómo?

—Un día le invité a una reunión y se puso a andar desnudo por la casa. Eso fue poco antes de que matara a la muchacha.

—Morel me habló de una fiesta en su casa, que terminó en una orgía... ¿Es la misma?

—¿Orgía? ¿Eso dijo, ese moralista? En verdad, algunas personas se acostaron con otras, pero solo él anduvo desnudo por los pasillos y se

embriagó hasta tal punto que fue necesario llevarlo a su casa. Morel es un puritano intoxicado por el sexo. Por eso logra ver tantas cosas en una vagina, y puede crear, felizmente, obras maestras como esta.

—¿Cree que él mató a la chica?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Vilela se despide de Gomes. Se siente frustrado. Decide hacer la visita que estaba postergando.

El mayordomo le indica que espere en el escritorio. En la biblioteca, libros de arte, diccionarios, enciclopedias, colecciones en colores, volúmenes que nunca fueron abiertos.

—¡Por fin! —dice la mujer cuando entra.

Vilela piensa que no la hubiera descrito ósea y alerta, como Morel. La mujer parece frágil y desanimada.

—¿Sabes que leí todos tus libros?

Vilela no responde.

—¿Por qué no has aceptado nunca mis invitaciones a venir a casa?

—Nunca me invitaste cuando era policía.

—¿Eras policía? No lo sabía, desapareciste, hasta que uno de tus libros fue un *bestseller*. No tenía la menor idea de dónde estabas. Varias mujeres de tu libro se me parecen, me identifico con ellas. ¿Soy yo?

—No.

—¿Ni siquiera una de esas mujeres horribles?

—No hay ninguna mujer horrible en mis libros.

—No voy a discutir con el autor sus propios personajes. ¿Quieres beber algo?

—*Whisky* con soda.

—No te acompañaré, estoy haciendo régimen. Vivo haciendo régimen.

—Comprendo.

—¿Por qué tienes esa cara? —pregunta Marta, mientras prepara la bebida.

—¿Qué cara?

—Como la de aquel día en que fuimos a un baile, y yo te pregunté qué traje era ese que tenías, y tú pusiste esa cara y no dijiste una palabra más.

—Había alquilado esa ropa, me sentía ridículo con ella.

—Lloré toda la noche cuando me dejaste en casa. Yo quería quedarme contigo, tú...

Marta sonrío.

—... me gustabas mucho...
—Yo era un joven idiota.
—¿Te parece que estamos envejeciendo?
—Tú no. Yo.
—Pero tenemos casi la misma edad.

Marta apoya la nuca en el sillón, con los ojos cerrados. En su cara se ven las arrugas que están debajo de la piel, esperando. ¿Para qué exacerbar la verdad?

Marta:

—¿No sientes nostalgia de esa época?
—Salía a trabajar a las seis de la mañana y volvía a medianoche de la escuela nocturna.

Pausa.

—¿Y Morel? —pregunta Vilela.
—¿Morel? ¿Paul Morel?
—Está en la cárcel. Escribe un libro.
—¿Conoces a Morel? —dice Marta, sorprendida.
—Le conozco. He leído su libro.
—¿El libro? ¡Es pintor!
—Pero está escribiendo un libro.
—¿Qué tipo de libro?
—Parece una autobiografía.
—¿Y habla de mí?
—Sí.
—¿Qué?
—Khaiub, esa historia. No mucho.
—¿Usa mi nombre? ¿Me identifica?
—No. Eres Elisa Gonçalves, pero no es difícil identificarte.
—¡Eso es absurdo! ¡Tienes que decirle que es imposible!
—La última vez que nos encontramos me ordenó romper todos los papeles. Pero no lo haré.
—No hay nada que quiera menos que verme envuelta en un escándalo.
—¿Frecuentabas su casa?
—Sí. No vivía allí, como las otras, pero pasé varios días en la casa. ¿Lo cuenta en el libro?
—¿Has leído el diario de Heloísa?
—Sí. Yo, Liban y Aracy lo leímos juntas, horrorizadas. No, pienso que estábamos fascinadas, por lo menos yo lo estaba.

—Háblame de Morel —pide Vilela.

—Andar con Paul era diferente. Él no pertenecía al grupo, no era amigo nuestro, ¿comprendes? Vino una sola vez a casa y me arrastró en seguida a la cama. Era grosero.

—Morel escribió que le rechazaste, con la explicación de que eras una mujer difícil.

—Y lo soy, pero no le rechacé. Como sabía qué tipo de hombre era, decidí, eso sí, tener paciencia y esperar. Dejarle en la duda, hacerle sufrir... Soy una mujer terrible.

—¿Y después?

—Fue maravilloso. Se apegó a mí, dominado por una pasión absurda, daba con la cabeza contra las paredes; eso era una no vedad, ¿comprendes? Los otros eran elegantes, se preocupaban por su propia imagen; Paul era de verdad...

—¿Una persona seria?

—Eso mismo. Lo que más me gustaba era seducir a los amigos de mi marido... Después de Paul, ya no encuentro gracia en eso... yo...

Pausa.

—¿Te gustaba Heloísa?

—No. Ni yo a ella.

—¿Y las otras? ¿Lilian y Aracy?

—Nuestro trato era superficial. Lilian era una persona que temía el futuro. Era muy joven, inútilmente. Aracy, una buena profesora de pintura.

—Morel y tú ¿discutíais mucho?

—Nunca. Me dijo que al principio se imaginaba cosas horribles de mí, pero que eso terminó cuando me conoció mejor.

Vilela observa a Marta, los movimientos tensos de su boca, los dientes armados, amenazantes, contenidos.

—No parece lamentar que esté en la cárcel.

—Oh, sí, estoy muy triste. —En verdad su amargura es porque tiene más de cuarenta años; porque entre ella y su marido solo hay indiferencia; porque la pasión por sus nuevos amantes termina siempre en aburrimiento o desdén; porque cada vez necesita más dieta, gimnasia y cirugía para mantener su cuerpo atrayente.

—¿Es eso? —pregunta Vilela, sintiendo el mismo placer amargo de Morel al ofender a Marta. Los pobres odian a los ricos y en ese momento Vilela libera una venganza veinte años postergada.

—No seas tonto —dice Marta, como si Vilela fuera un chico malcriado. Pero sus ojos no logran esconder las antiguas angustias, los estragos recientes, las pesadillas futuras.

—Me has preguntado por la familia. Hacíamos filmes en super-8, juegos, teatro, sexo, pero el sexo tenía cada vez menos importancia; estaba bien irse a la cama con ellas, pero no era obsesivo. Me interesaba el trabajo que hacía Ismenia, era una mierda *naïve* tonta, pero yo quería principalmente que fuera feliz, más que llevarla a la cama. Lo mismo con Liban. Trabajaba y yo me preocupaba por lo que hacía, era una chica muy sensible y yo tenía mucho cuidado. Liban fue puta y eso la angustiaba y yo quería que olvidara el pasado. Todo iba muy bien, pero Heloísa no era feliz.

Heloísa:

—¿Cuándo vamos a hacer aquí el teatro de orgía y misterio de Nitsh? Tengo gallinas, un cerdo y un cabrito.

Me reí.

Ella:

—El baño turco es una cosa del pasado, arte de la víscera, la sangre, el cuerpo, en eso estoy. —Su ideal era entonces Scharzkogler, el artista que se amputó todo el cuerpo, a partir del pene, hasta que murió.

—Mi amor, el sadomasoquismo es una cosa vieja y clásica, peor que el baño turco, la más académica de todas las manifestaciones del comportamiento humano.

—El mejor artista que conozco es el padre de Sonia.

—¿Quién? ¿El carnicero?

—El mismo. Es un hombre grande y saludable. ¿Sabes lo que es una buena cabeza? La de ese hombre. ¿Y sabes por qué? Porque de día mata cerdos y cabritos, oye bramidos y se cubre de sangre; y por la noche se va a la cama con su hija, la mujer que él ama y que lo ama y, así, al hacer lo que le gusta, ese hombre bueno e inocente solo puede tener una mente saludable.

Joana agregó que prefería vivir con él y con Sonia que vivir conmigo. Le dije que se fuera a vivir al matadero. Al oír mi respuesta, Joana empezó a

llorar, con esa manera que tenía de mezclar, en el mismo instante de emoción, la tristeza y el odio en partes iguales.

La primera vez encontré a Joana en la calle. Tal vez no fuese en la calle. En una oficina... una exposición de pintura... una casa, poco importa... Acabo de sentir el olor de la marihuana... divertido, hasta dentro de la cárcel... Benditos traficantes...

Le pregunté si quería acostarse conmigo. Me respondió que yo era demasiado viejo...

—¿Y por qué quieres acostarte conmigo? —preguntó.

Respondí que parecía un tigre ardiendo brillante en las selvas de la noche. La deliciosa energía... Blake siempre acierta...

Parecía muy alta ese día, de piernas finas, caminaba ligeramente descoyuntada y desgarrada, una simetría terrible... La veo ahora en el humo... Benditos...

Joana se fue a su casa; miraba las matrículas de los coches, buscaba el número siete...

Cuando llegó, Joana cogió un libro de la biblioteca. Un tigre estaba preso en una jaula y no sabía por qué, pero Dios, antes de que el tigre muriese, le concedió la gracia de saber la razón: en esa época, en Ravena, un poeta llamado Dante moría en la miseria por el mismo motivo...

Como era un pájaro, tenía la ética de los puros, solo se acostaba con la gente que le gustaba. O mejor, no se permitía dejar de acostarse con aquellos que le gustaban... Así que Joana me dijo: «Te permito que me lleves al cine, a ver una vieja película de Godard, por la coincidencia tigre-tigre, solo por eso...». Cogimos un avión hasta el lugar donde pasaban la película... Hotel... El uniforme de los porteros... Las mujeres ponen tantas cosas en el cuarto de baño: potes, polvos, cepillo, lápices, pinceles... Pasamos la noche follando. Cuando amaneció su cara estaba llena de pecas y hermosísima... «Te quiero», me dijo Joana... Después de todo lo ocurrido, le exigí un documento por escrito... Joana escribió con tinta azul: «Te quiero por tu cabeza absurda, me parece que empezó cuando me cogiste la muñeca en el cine, que se joda Godard, te quiero porque te preocupas por las cosas antes de tiempo y no tenías el botón de la camisa aquella vez de la borrachera espléndida, te quiero desde el principio (y todavía más cuando solo comía arroz), creo que te voy a querer por tus manos y por todo el resto, quédate por ahí para ver qué ocurre...». Eso escribió ella, o sueño que lo escribió... Me quedé por ahí para

ver qué ocurría... Sus ojos eran color de oro, amarillo brillante... Yo le lavaba la cara con agua y jabón y aparecían la palidez, las pecas, la boca. Le ponía un sombrero en la cabeza, bien hundido, de manera que solo se podía ver su boca que se movía. Me quedaba horas mirando la boca animada de Joana mientras ella me contaba historias. Después le quitaba el sombrero y le miraba los ojos y también la nariz, que era muy bonita. Después follábamos, Joana bajaba sus manos por mi espalda y yo me adhería a ella como un murciélago con muchos brazos, y asomaba el día.

Vilela recibe una llamada de teléfono en su casa.

—¿Puedo ir a verle?

—Si quiere iré a su encuentro.

—No; iré yo. Espéreme, por favor.

Llega Lilian.

—¿Cómo consiguió mi dirección?

—Fue muy difícil. Yo sabía que era usted del Departamento de Homicidios, pero allí nadie le conocía. Pensé en seguida que debía ser de la secreta. Pedí por el comisario, uno grande, gordo, medio loco, que me dio su dirección.

—Se llama Matos. ¿Por qué medio loco?

—Cuando le dije que quería su dirección se rio mucho y le pregunté qué tenía de gracioso, y él contestó que nada y se rio más y me dijo que le diera un recado.

—¿Cuál es el recado?

—Pregunta si no prefiere usted un trenecito eléctrico. Debe de ser una broma.

—Debe de serlo.

—Usted se parece a Morel, cuando habla.

—¿Cómo?

—Los dos tienen la misma manera de hablar, aprietan el aire con las manos, como si las palabras fueran pájaros que quieren escapar.

—¿Qué desea usted de mí?

—No sé... Quería conversar...

Lilian se calla. Vilela coge un habano, abre lentamente el papel celofán, corta la punta. Lilian espera. Vilela enciende el cigarro. Lilian, tensa.

—Él no confiaba en mí —dice Lilian.

—¿Quién? ¿Morel?

Pausa.

—Cuando encontraron a Heloísa muerta en la playa, Morel perdió el control. Dijo que tenía que ir a la policía, y cuando le pregunté por qué, contestó que debía contarle todo a los tiras. Le pregunté «¿todo qué?»; le dije «cuéntame». No contestó; prácticamente me arrodillé a sus pies, quería saber qué había ocurrido, era su mejor amiga, pero él no confió en mí; sufrí mucho, si usted supiese lo que aguanté, los dos sentados, cogidos de la mano, horas y horas, hablando en inglés de cosas que yo no entendía.

—¿Qué dos?

Pausa.

—Morel y Heloísa. Trataba de manera diferente a Heloísa, con más cariño, y ella era solamente una idiota llena de vicios. Todos esos horrores, fue ella quien los provocó. Conozco a esas mujeres, he visto cómo muchas parecidas a ella destruían a hombres más fuertes que Morel... Cuando le dio el pánico le pregunté, ¿fuiste tú, fuiste tú? Solo podía haber sido él, ¿comprende? Estaba trastornado. «Puedes contar conmigo —le dije—, no me importa que haya muerto, hasta lo prefiero». Me miró con furia, me mandó a gritos que me callara y se encerró en su cuarto varios días, hasta que la policía fue a buscarle... Salió de casa preso, en mangas de camisa, a la calle vacía... Los tiras le pegaban...

Las lágrimas descienden por el rostro de Lilian.

—¿Él le dejó un mensaje donde decía que la quería? —pregunta Vilela.

—Vi todo desde la esquina, no tuve valor para acercarme...

—¿Por qué le mandó a la policía el diario de Heloísa?

—Cuando llegué a casa y vi su mensaje, me dieron ganas de morir, no me maté por mi hijo... Fui yo, sí... Me arrepentí cuando le vi preso, humillado, pero ya era tarde... ¡Fui yo!

—¿Le parece que Morel mató a Heloísa?

—No, no la mató. Pero si lo hubiera hecho, ¿qué importancia tiene? Todos los días muere gente, y a ustedes no les importa. Pero ella era rica y bonita.

—Usted también es bonita.

—Pero solo tengo mis dientes, para poder reírme y vender mejor la mercancía.

Poco después la habitación se oscurece. No se oye ningún ruido en la calle. Lilian, sentada en un sillón, parece una muñeca de cera. «Somos todos cómplices, con excepción de los locos y los criminales», piensa Vilela. La vida es un vacío que es preciso llenar cada día con sacrificios. En la

biblioteca, encuadernados en cuero negro, están todos los libros que ha escrito. Todo para divertir a un montón de cretinos. Miller tiene razón, un carpintero es más útil.

—Dejé de estudiar inglés, bebo, me hartó de comida y engordó: esta es mi vida, ahora —dice Lilian.

—Olvidelo.

—No puedo. ¿Cree que él me perdonará, si me arrodillo a sus pies a lamer el suelo?

—Basta de arrodillarse —dice Vilela.

—¿Me encuentra bonita, de veras?

—Sí.

—¿Dónde está su mujer?

—Me abandonó. Todas las mujeres terminan por abandonarme.

—¿Puedo volver otro día?

—Sí.

—Pero ¿quiere de verdad? No parece muy interesado.

—Sí que puede.

—Me gusta mucho su casa... yo... diablos, ya es de noche... cómo pasa el tiempo... bueno... entonces... hasta otro día...

21

Vilela acaba de releer la copia del informe del cadáver de Heloísa Wiedecker. ¿Cómo pude olvidarme de los urubús? ¿Y Matos? ¡Pasar por alto una prueba como esta! ¿Juega al policía? Vamos a ver. Más tarde. Antes, otra película de la familia Morel.

Conectado el proyector.

HELOÍSA (con el micrófono en la mano):

El guión de este filme es mío. La dirección ídem. Es sobre arte. Agradezco la colaboración del señor Paul Morel, que conoce esta mierda mucho mejor que yo.

(Sonríe al espectador).

Ver es saber. Esto se discutió en Cassell. El área de lo visible, de la sensación, del mundo de las formas sensibles, de la estética es el ver. El área del conocimiento, del mundo inteligible es el saber. ¿Que esto se pone muy aburrido? Esperen: dentro de poco verán a Paul y a Lilian desnudos en el suelo. *Body art*. Pero establezcamos los puntos de articulación entre esas dos áreas: el ver, o el arte, representa la realidad, o la transforma al transformar su representación, o crea una realidad nueva y autónoma. El saber, es decir, la ciencia, percibe la realidad, o transforma la realidad por medio de la transformación de los elementos de su percepción, o crea también una nueva realidad. ¿Me vuelvo confusa?

PAÚL, OFF: No seas bestia. Ese discurso ha sido robado y decorado. Continúa.

HELOÍSA: Gracias por el estímulo. Tenemos aquí, entonces, lo que se puede llamar la realidad de la imagen, por un lado, y la realidad de *l'imagé*, por el otro. No hablo francés porque sí; no he podido traducir *imagé* al portugués. En alemán es *abgebildeten*. ¿Está?

LILIAN (desnuda): ¡Joder!

CARCAJADAS, OFF.

Corte.

HELOÍSA: Ejemplos de la realidad... ¿quieren pelear?... de la realidad *abbildung*. El realismo socialista, la imaginería publicitaria (anuncios, vallas), la emblemática trivial (el *kitsch*), la historia en cómics, la ficción científica, la propaganda política, la prensa, la iconografía social (billetes, monedas), la iconografía religiosa (los exvotos, las estampas, aquellas de la primera comunión). Ejemplos de la realidad *abgebildeten*: el hiperrealismo, la fotografía documental, el arte de acción (el teatro en las calles), la pornografía, el arte pop, las mitologías individuales. A veces estas cosas se confunden, como en el caso de los dibujos de niños, o en el arte de los psicópatas, o en el deporte. O tal vez no se confunden nunca, como en el arte conceptual han demostrado Szeeman, Brock, Helz y Bode.

PAÚL (desnudo): Mira, ya sé que el filme es tuyo. Pero ese parloteo de revistita especializada aburre a cualquiera. La crítica del arte es tan superflua como el arte mismo.

HELOÍSA, OFF: A mí, Aracy. (La cámara pasa de Paul a Heloísa).

HELOÍSA: Y ahora, *ladies and gentlemen*, Paul Morel y Liban Marques haciendo *l'amour*.
(Heloísa baila).

Corte.

Paul y Liban, desnudos, abrazados, en el suelo.

Movimientos en cámara lenta.

Vilela desconecta el proyector. Enciende la luz de la sala. Se levanta. Abre una gaveta de la mesa. Coge un revólver. Dos caballitos plateados grabados en la empuñadura y otro sobre el acero, con un trazo fino, casi invisible, a la izquierda de la culata. 38 especial CTG Cobra. En la mira, vestigios de herrumbre. Las estrías del caño están bien. Recuerdos entremezclados: el suelo de tierra apisonada... olor de hierba... sudor... un rostro espantado que huye. Vilela aprieta en la mano el objeto negro y duro, sus dedos buscan una posición fácil, cierta y mortífera, estira el brazo y durante unos segundos mira un blanco al frente. Mi brazo es todo esto, hueso músculo sangre máquina oscura pieza única. Mi brazo acromegálico... No es tan bueno como *tu mano protonotaria*...

En el coche, pone un casete de Mozart. Soy varias personas, nadie es solo uno, pero pocos afrontan esa realidad, se permiten ser una corporación de muchos. Estamos todos en el coche, uno escucha música, otro carga un revólver con balas de doble carga. También hay un tercero que siente pena por sí mismo. Todos, yo y yo... Y todavía este otro, que no es el último, mira un rostro gastado en el espejo del coche...

Vilela se afirma el revólver en el cinturón, se cierra la chaqueta, baja del coche. El cielo está cubierto, al revés que en la otra oportunidad.

La mujer abre la puerta de la chabola. Sorpresa, miedo, incertidumbre. Vilela entra, empuja con sus hombros el cuerpo de Creuza. Esta se queda en la puerta, indecisa.

—¿Dónde está el hombre?

—Él...

—Entre y cierre la puerta —ordena Vilela.

La mujer obedece.

Vilela saca el revólver de la cintura. Mira a Creuza y recita, didáctico:

—Treinta y ocho, doble carga, el tamaño de un Smith especial, pero solo la mitad del peso, una aleación de antimonio y otro metal, pero lo que sale de aquí, por el cañón, mata con la misma rapidez y tiene el mismo veneno, por eso se llama Cobra... Si penetra en la carne de alguien, en la tripa, en la mía, así, o en la suya, así, abre un rombo llamado pozo de mina... Las metáforas

de los que lidian con la muerte siempre son muy secas... Los bordes de la herida quedan chamuscados, negros. La mina inspiradora debe de haber sido de carbón... Usted pregunta por qué me amenaza con el arma... Y yo le contesto: porque me ha mentido... ¿Por qué me ha mentido?

—¿Está hablando conmigo? —inquire, en voz trémula.

Creuza no entiende lo que dice Vilela. Él ríe. La carcajada hace que la mujer se encoja, indefensa.

—¿Dónde está el hombre?

—Fue a hacer un trabajo en la Isla de los Pescadores.

—¿Qué tiene en esa cacerola? —Un hornillo de petróleo.

—Fríjoles.

—¿Ya está?

Con una cuchara de madera Creuza lo prueba.

—Pronto.

—Voy a querer.

—Esta es casa de pobres, tal vez no le agrade.

—Los pobres saben hacer fríjoles. —Vilela guarda el revólver en la cintura. Se quita la chaqueta. Se sienta en la vieja silla mecedora. Cierra los ojos. Joana: «Mi nombre es Heloísa Wiedecker, mi cuerpo es ahora transparente, tú nunca has tocado la delicada punta rosa de mi pecho y solo puedes verme si por dentro de mí pasa una fuerte luz».

—Ya está. —La voz de la mujer ha cambiado sutilmente.

—Vamos a esperar a tu hombre. ¿Los fríjoles no eran para él?

Se abre la puerta. José.

—Entre, Félix —dice Vilela, con el brazo extendido y el revólver en la mano—, ¡rápido!... Siéntese allí, en el suelo, apoyado contra la pared.

José entra lentamente, se apoya contra la pared, de pie.

—¡Siéntese!

José se pone en cuclillas.

—¡Ponga el culo en el suelo! Y usted, siéntese también.

Vilela pone la pistola en su regazo y balancea la silla, hacia atrás y hacia adelante, varias veces.

—Quiero saber la verdad. ¿Cuál de los dos va a hablar? Mejor ahora, por las buenas. Si no, será a palos en la comisaría.

José y Creuza se miran.

—No fue él, señor.

—Usted me dijo que descubrió el cuerpo cuando vio que los urubús volaban encima. El cuerpo estaba podrido y no tenía una sola picadura de urubú. Basta de mentiras. ¿O acaso tengo cara de burro?

Pausa.

—Yo la encontré — aún estaba viva — había pasado la noche sufriendo — respiraba, abría y cerraba los ojos — quiso decir una cosa, hizo ¡aaa!

—José habla sincopadamente, miedo, ansia, prisa.

—Vamos, Félix, sigue.

—Yo — la alcé en brazos — la traje aquí — Creuza — dije — esta chica se está muriendo — Creuza dijo — le puso la mano en el pecho y dijo — ya se murió — murió en el camino — debe de haber muerto cuando hizo caca en mi brazo — llévala adonde estaba — dijo Creuza.

—¿Por qué no lo hizo?

—Era sábado — la playa se empezó a llenar de gente — la alcé del suelo y la cargué en brazos más de cien veces — esperaba una hora en que nadie me viera — esperaba la noche — pero los *hippies* acamparon cerca de aquí — no dormían, tocaban la guitarra — vinieron a pedir cerillas — el sábado y el domingo — ella empezó a oler mal y no podíamos sacarla — el lunes — fue horrible — hasta que los *hippies* se fueron — la chica parecía a punto de deshacerse en mis brazos — la tiré en la arena y en seguida vinieron los urubús.

La mujer:

—No queríamos que se la comieran los pájaros. No habíamos podido ayudarla, a la pobre. Félix fue condenado por la justicia, pero yo dije que había muerto y me creyeron, y es de veras como si hubiese muerto, ese hombre que bebía y robaba. Se arrepintió, y ahora trabaja, y nadie nos molestaba. Le dije «quédate ahí y espanta los urubús», no queríamos que los urubús le comieran los ojos y las tripas, tenía los ojos abiertos, una vez los cerré y se abrieron de nuevo, fui al bar y llamé por teléfono a la policía y volví y le dije a Félix «vete» y me quedé con una vara espantando a los urubús hasta que llegó la policía, primero unos guardias y después muchos policías más, sacaron fotos y uno me dijo que fuera a la comisaría al día siguiente, fui y ellos me preguntaron cómo fue y les dije que había visto a los urubús volando, y fui allí y encontré a la chica muerta y ellos escribieron eso a máquina y me pidieron que firmara y yo dije que no sabía firmar, entonces leyeron lo que les dije y ellos mismos firmaron y me dijeron que me fuera.

Vilela balancea el cuerpo en la mecedora.

—Que me quede ciega si eso no es verdad.

Mecedora.

—Félix estuvo escondido más de dos meses, pero aquí no vino nadie y yo fui a buscarle y le dije que podía volver, y usted apareció cuando menos lo esperábamos.

—¿Qué robaba?

—Lo que podía — saltaba los muros de las casas — ropa tendida — una bicicleta — entraba si había una ventana abierta — nunca rompí una puerta — nunca ataqué a nadie — un día una viejecita despertó y le dije que no tuviera miedo y me fui sin llevarme nada — hilo de cobre — tubos de plomo — si la casa estaba vacía me llevaba todo lo que podía cargar, pero eso pasó una sola vez — yo no tenía mucha suerte — robé hasta gallinas — he estado en la trena — me golpearon mucho — no lo hago más — nunca más — prefiero morir.

Mecedora.

—¿Vamos a comer los fríjoles? —pregunta Vilela.

—¿De veras quiere?

—Sí.

—Usted... ¿me va a llevar preso? —pregunta Félix.

—No. ¿Acaso no está arrepentido? Las cárceles están demasiado llenas para dejar entrar a los ladrones arrepentidos. Solo me interesa la muerte de la chica. Vamos a comer los fríjoles.

Papá, sentado en la biblioteca de nuestra casa, en la época en que era rico, con una chaqueta de terciopelo azul, lee, con el mentón apoyado en la mano, pensativo y refinado, como corresponde. Había aprendido a leer la lengua del país donde había nacido al emigrar, a los doce años, y ahora era un políglota que leía la lengua extranjera de aquella gente civilizada y lúcida. El lomo de los libros era amarillo y las tapas tenían un dibujo de borrones coloridos, parecidos a las ingenuidades psicodélicas de los años sesenta. Había comprado esos libros con amor; eran ediciones antiguas que nadie quería. En ellos, solo, sin profesor, mi padre aprendió francés. Era una colección llamada *Bibliographie méthodique et complète des livres de médecine et des Sciences*, editada por A. Maloine.

Los libros favoritos de mi padre habían sido escritos por un tal doctor Surbled: *L'amour, Le vice solitaire, Le vice conjugal, L'amour malade y Le cerveau*.

Cuando me enamoré de Silvia, la chica que me metió la lengua en la boca y después no quiso saber nada más de mí, y me dejó con el corazón partido, papá recitó para consolarme las palabras inolvidables del doctor Surbled, «*non, Vamour n'est pas le tyran souverain et indiscuté de notre nature, nous ne sommes pas fatalement, nécessairement, les vils esclaves*» de esa pasión.

Eso era lo que le hacía pesado y vulgar, pretender que no era un vil esclavo de todas sus pasiones, fingir todo el tiempo que *cogito ergo sum*.

Le gustaba la sopa de cebollas y nunca discutió con mi madre. Antes de la pelea se ponía el sombrero en la cabeza y se iba a la calle. Tenía aventuras con mujeres altas y audaces. Un día, no recuerdo a qué edad, le vi con una mujer toda vestida de negro, que parecía una foto de Greta Garbo, lánguida y desafiante, con un enorme escote que cortaba su largo cuerpo blanco, abrazados, hermosos, llenos de vida.

Él y mamá trabajaban día y noche en la época de la miseria, ahorraban para ir por última vez a su tierra.

Mamá murió allí. Papá volvió. Le pregunté si quería vivir conmigo. Me miró como a un extraño, que lo era, y respondió que no.

Yo hacía fotos en bautizos, bodas, fiestas de fin de curso. Las que más se vendían eran las de fin de curso en el Teatro Municipal. Fotografiaba a los graduados, sentados en el escenario con su ridículo atuendo y a los padres, con ropas nuevas, en la platea. Comenzaba por la primera fila, del lado izquierdo y los fotografiaba de cinco en cinco filas, alzando mi vieja Rollei sobre la cabeza, con el visor hacia abajo. No se escapaba nadie. Todo debía hacerse velozmente, para poder revelar y vender las fotos antes de que se terminara la ceremonia y la gente se dispersara. Los pobres (los conocía por la ropa que usaban) siempre las compraban. Ponía las fotos en sus manos; inicialmente pensaban que eran gratuitas o baratas, y cuando les decía el precio se avergonzaban de rechazarlas. Los pobres se joden siempre.

Los hombres odian a los lobos y hace siglos que los matan sistemáticamente. Hoy, los defensores de la ecología intentan colocar a los pocos que quedan en lejanas reservas, a salvo de sus implacables enemigos. Pero el lobo solo sabe vivir al lado del hombre. Un mártir de la convivencia.

Vilela. Ayer me dijiste que Lilian me denunció a la policía. El día que me llevaron preso le dejé una nota a Lilian para decirle que la quería. Heloísa estaba muerta, el que se muere se acaba, deja un espacio vacío, el espacio del cuerpo que entierran o queman o comen o se evapora, o desaparece de cualquier manera, y ese espacio siempre es ocupado por otro cuerpo. El cuerpo de Lilian.

Lilian cogió un palito (comíamos gambas a la brasa) y limpió la sustancia que se extiende como una línea oscura a lo largo del crustáceo. Yo comía las gambas después de retirar solamente la cáscara tostada, pero ella las limpiaba meticulosamente una por una, con sus dedos largos y finos frente a los senos pequeños de duros pezones, apretados bajo la camisa de algodón, y a su atento rostro de muchacha. Y me dijo cándidamente: «Esta cosa oscura en el lomo de las gambas es mierda». En ese momento —esto puede parecer increíble—, descubrí que también amaba a Lilian. Pero no le dije «te quiero porque llamas mierda a la mierda, miedo al miedo, amor al amor, cuidado al cuidado, a las cosas por su nombre». Callé, porque sospechábamos el uno del otro. Ella había sido puta; yo, artista; éramos dos marginados obligados a la desconfianza recíproca.

Ya no escribo ningún libro.

Durante la conversación me preguntaste si Francisco, aquel idiota, nos había seguido el día que fui a pasear con Heloísa a la playa, cuando ella murió. Nos siguió durante un rato, pero creo que al llegar a la playa ya no nos seguía, no le vi más. Se lo conté a Matos. Ese chico no tiene nada que ver con toda esta desgracia. Es solo un pobre diablo obsesivo.

No quiero escribir más. Cuando era pintor, vivía preocupado por el efecto de lo que yo hacía sobre los demás, por saber si se iba a vender, por ganar premios, por recibir elogios de la crítica; era como un perro amaestrado, uno de esos animales de circo que ejecutan sus pobres pruebas para ganar un poco de azúcar. Incluso como artista de vanguardia, supuestamente destructivo, seguía haciendo lo que los demás esperaban que hiciese. Al escribir, solo cambié de lenguaje, pero igualmente quería el aplauso, la corona de laureles, la admiración. Medallitas y terrones de azúcar. Cuando estuve preso me sentía culpable (¿acaso no estaba preso?) y llegué a considerar justas las torturas que sufrí. Ahora quiero ser yo mismo, no deseo la aprobación ni la estima ni el respeto de nadie y por nada.

Matos:

—Se fue de viaje. Debe de estar por Europa.

—¿Cuándo?

—Hace un mes.

—¿Alguien habló con él?

—Yo mismo. Él no mató a Heloísa.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque quien mató a Heloísa fue Moráis.

—Francisco siguió a Morel y a Heloísa hasta la playa.

—No. A mitad de camino desistió.

—¿Él se lo contó?

—Sí.

—¿Y se lo ha creído?

—Presentó un testigo. Un conocido que encontró por la tarde en Leblon, a la hora en que Heloísa y Moráis estaban juntos en la barra. Francisco invitó al amigo a comer y bebió tanto que tuvieron que llevarle a su casa.

—¿Usted mismo le interrogó?

—Fue Barroso. El testimonio es válido.

—Nada debemos temer excepto las palabras...

Pausa.

—¿Ha escrito algo?

—Estoy agotado. Eso les ocurre a los escritores y artistas en general cuando descubren que todo es una tontería.

—¿Qué?

—Todo.

—¿Ha visto a Moráis?

—Ayer estuve con él. No dijo una palabra. Me entregó unos papeles que había escrito.

—¿Algo interesante? —indaga Matos.

—No... No habla más de lo que me gustaría saber... Los juegos entre Heloísa y él, las regresiones infantiles, los mimetismos animales, las personificaciones, posesiones, abyecciones... Morel vestido con la ropa del padre de Heloísa, castigándola, antes de ir, padre e hija, a la cama... Heloísa como una perra, a cuatro patas en el suelo; Morel con las patas delanteras sobre su espalda, penetra su cuerpo... enganchados a cuatro patas, ella de espaldas a él, copio un par de perros vagabundos... Heloísa ladra por la casa, con un collar de perro... Heloísa le hace un corte en el cuello a Morel, y él a ella, y después se abrazan y chupan cada uno la sangre del otro...

—¿Eso le sorprende?

—No. Sí. A los escritores siempre nos sorprende el mundo.

—Sufría mucho cuando estaba en la policía...

—He tratado de ser apático o cínico, para defenderme, pero no lo he conseguido.

—Siempre que hablaba de un crimen sucedido en mi comisaría, me decía: «Todavía va a ser peor».

—Cada vez nace más gente. ¿Qué espera? Todavía va a ser peor.

—Quizá tenga razón. Este fin de semana el número de asaltos con muertes batió todos los récords. Los atacantes son de todas las edades, desde los diez a los sesenta años. Las prisiones están repletas.

—La ciudad es un mercado con amplias posibilidades para todos por igual —dice Vilela, taciturno—. Capturas a los delincuentes que puedes y finges creer que en la prisión serán rehabilitados y la sociedad, defendida. Pero sabes que en realidad los delincuentes son degradados y corrompidos en prisión, y que la sociedad no debe ser defendida, sino destruida.

—No sé nada. —Matos deja escapar una sonora carcajada—. En el Congreso de Criminología del año pasado ni siquiera se consiguió establecer si había, y cuál era, la diferencia entre crimen rural y crimen urbano. Una de las ponencias se titulaba «Problemas de la conurbación»... ¿No parece una

barbaridad? Nadie sabe mucho sobre el crimen ni sobre los criminales, todos somos criminales en potencia, es difícil saber por qué algunos lo son de hecho y otros no. ¿Vamos a tomarnos una cerveza?

Matos llama por teléfono a Vilela.

—Érase una vez una muchacha muerta, unos policías distraídos, urubús y...

—Ya conozco esa historia.

—¿Qué historia?

—Esa misma. Sea breve.

—¿Está preocupado? Bueno. Oliveira... ¿se acuerda de Oliveira? Fue alumno suyo en la Escuela de Policía, en el curso de Detective...

—No importa. Vamos, cuénteme en seguida.

—Mandé a Oliveira al Hotel Nacional a examinar los papeles del tal José Silva. Estaba trabajando en el *parking* y le reconocieron de lejos, Oliveira le había arrestado una vez cuando trabajaba en Robos y Hurtos. Los hombres de la 16.^a estaban seguros de que Félix Augusto había muerto, pero solo había cambiado de nombre. He mandado traer a Félix y a la mujer. Releí el informe del examen del cadáver y vi la burrada que hicimos.

—¿Oliveira ya volvió?

—No tardará.

—Mire, voy para allá. Félix y la mujer no están implicados en la muerte de Heloísa; quiero decir, sí lo están, pero no como puede parecer. La encontraron agonizante y la llevaron a la chabola. Espéreme.

En el Departamento de Homicidios.

Matos. Vilela. Oliveira (detective). Pedrosa (detective).

Gente que entra y sale.

—Quiero escuchar todo el relato de Oliveira. ¿No puedes cerrar esa puerta cinco minutos? —dice Vilela, irritado.

Matos aprieta el botón del intercomunicador.

—No deje entrar a nadie hasta nueva orden.

—Cuenta cómo fue todo. Desde que telefoneó al doctor Matos en adelante.

Oliveira carraspea, se aclara la garganta.

—Llamé al doctor Matos y me dijo: «Trae al hombre y a la mujer». Entonces Pedrosa me preguntó si pensaba que el hombre se iba a resistir.

—Tengo un proceso —explica Pedrosa— por disparar a un vagabundo que desacató mis órdenes. Debo cuidarme, o quedará marcado.

—Está bien —corta Vilela—. ¿Y después?

—Buscamos al gerente del hotel y dijimos que íbamos a arrestar al tipo. El gerente, un gringo medio fresco, se quedó aterrorizado, dijo que el hotel estaba lleno de científicos del mundo entero, con sus mujeres, por un congreso, para que no hiciéramos escándalo. Le dije, le dijimos, invente un pretexto y mande venir a ese sujeto a la oficina, y nosotros lo pillamos aquí y nos lo llevamos sin que los científicos y las madamas se enteren. Estábamos a punto de conseguirlo, pero cuando el individuo llegó a la puerta, sacó la cabeza, nos vio, y no entró. Se largó corriendo por el salón grande atestado de gente. Los dos corrimos detrás, llevándonos por delante a las viejas.

—¡Ja, ja! —ríe Pedrosa, sin contenerse.

—Llegué a tirar una al suelo. Pedrosa corrió hacia la puerta en medio del revuelo y pudo verle cuando entraba en el ascensor. Apenas tuve tiempo de entrar con él. Estaba lleno de gente, había hasta niños; luchamos, el ascensor se detuvo y salió disparado por el corredor circular. Una criada salía de una habitación, y él, como un ratón, se metió dentro y cerró la puerta. Le pregunté a la criada si la habitación estaba comunicada con otra, y dijo que no. Ahí esperé cinco minutos a Pedrosa.

—No tardé ni dos minutos —replica Pedrosa, ofendido.

—Entonces, le ordené a la criada que abriera. Dijo que tenía cerrojo por dentro, pero metió la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Nos asustamos. Entramos con el arma en la mano, pero no había nadie. Revisamos el cuarto de baño, el armario, debajo de la cama. Y entonces Pedrosa, desde la ventana, dijo: «Me parece que eso que hay en el borde de la piscina es él».

—El paisaje, desde allí arriba, es una belleza —dice Pedrosa.

—Bajamos, y era él —continúa Oliveira—. Había caído de cabeza, cuando dio contra las piedras reventó y saltaron sesos por todos lados. Llamamos a la gente de la 16.^a y cuando llegó el comisario fuimos a buscar a la mujer.

—Se ha olvidado de la alianza —dice Matos.

—Así es. Vimos que llevaba en el cuello un anillo atado a una cadena metálica. Me pareció mejor quitársela y traerla. En los bolsillos no tenía nada.

Matos abre la gaveta. Extrae una cadena de gruesos eslabones de metal oscuro con una pequeña alianza de oro. En el interior de la alianza está grabado *Paul ama a Heloísa*.

FIN

Un ladrón es considerado un poco más peligroso que un artista.

Matos fue a visitar a Morel y le contó los últimos acontecimientos: la muerte de Félix, la reapertura del caso, las perspectivas de libertad inmediata.

—Sin embargo, no parecía muy satisfecho.

—La condena de Félix es un final perfecto para nuestra historia. Vamos a olvidar que era inocente, y saltó de la ventana por el miedo (ya había estado preso y sabía lo que le esperaba). También olvidaremos que la mujer fue golpeada y no cambió su declaración. (¿Quién se hubiera aferrado a una mentira tan inútil?).

Estamos en la misma celda y nos miramos en silencio.

—No sabías cómo empezar tu libro. ¿Sabrás terminarlo?

—No era un libro. Apenas una pequeña biografía, mal escrita. *A story told by a fool...*

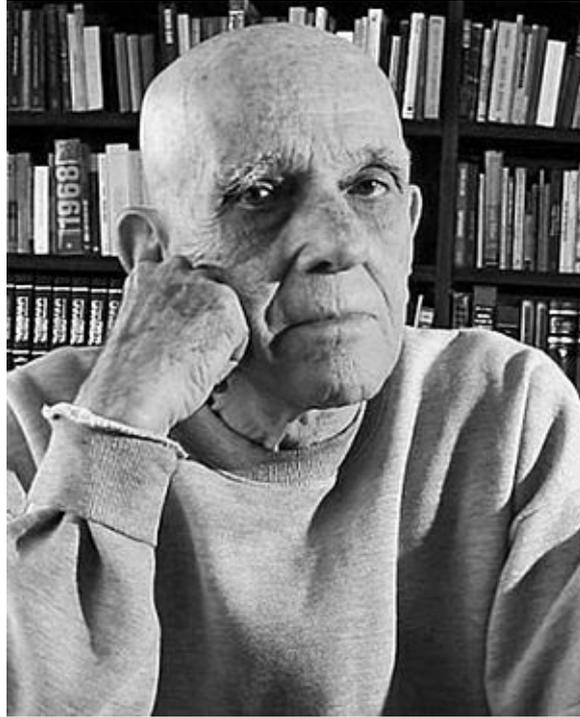
—¿Y la biografía? ¿Sabrías cómo terminarla?

—Tal vez, abrir una puerta. —Vemos una reja de hierro y sabemos que esa no es. Estamos de pie.

Estamos muy cansados.

En verdad, somos una única persona y lo que siente uno, lo siente también el otro. Lógico.

Por lo tanto, nuestro final también es el mismo.



RUBEM FONSECA (Juiz de Fora, Minas Gerais, 1925) es uno de los grandes escritores brasileños, galardonado con los premios Juan Rulfo (2003) y Camoes, el más prestigioso en lengua portuguesa, por el conjunto de su obra. Tras licenciarse en Derecho, ingresó en el cuerpo de policía, donde desempeñó funciones de comisario y de relaciones públicas y conoció los bajos fondos cariocas. Sus obras están pobladas de asesinos, prostitutas y todo tipo de personajes marginales que tratan de sobrevivir en un mundo de violencia y sinrazón. En RBA ha publicado el libro de relatos «*El Cobrador*», «*El caso Morel*», «*Bufo & Spallanzani*» y «*Agosto*».

Notas

[1] La narración de Paul Morel está frecuentemente interrumpida por citas. Algunas son de él mismo, otras de autores que probablemente leyó en la cárcel. <<

[2] Vilela:

Nuestra casa era grande. Muchas fiestas, gente alegre, hermosa, que bebía champán.

Detrás de la casa, el terreno subía por el monte hasta un valle, con un riacho y moreras. Yo tenía un bichito dorado.

Nuestra niñera era una negra alta. Lurdes.

Éramos gente refinada. Mi madre fumaba con una boquilla de oro. Mi hermano y yo teníamos el pelo largo bien cuidado y ropa de terciopelo.

Paredes llenas de cuadros, loza inglesa, copas de cristal de Bohemia, mantequilla fresca, papel de cartas de lino, monograma en relieve.

Dos perros, con los que no se podía bromear, recorrían de noche, en un silencio feroz, la sombra invisible de los árboles.

Primer día de clase.

—¡Qué absurdo, mis hijos con paquetitos de comida!

La hora del recreo.

Lurdes con uniforme negro y una toca blanca, bonita, junto a Mario Camela, nuestro chófer. La bandeja, las cosas de plata, cubiertas por una servilleta de lino immaculado.

Comimos rápidamente, con vergüenza.

El aula. Una bola de papel en mi cabeza. Un pedazo de tiza. La regla, el sacapuntas. Miedo, ganas de huir, un deseo que crecía, insoportable.

Le pedí ayuda al profesor.

—Maricón. —Todos se reían de mí.

Terminó la última clase. Mi hermano, dos años mayor, y yo. En la sala vacía, arrancamos dos patas a las sillas.

—Nos escondemos dentro del armario —dijo él.

Llevábamos uniforme caqui, botones negros con el emblema del colegio.

—Cuando se acerquen, golpea en la cabeza para que salga sangre.

—No quiero hacerlo —le rogué.

—Nos pegarán, nos rasgarán la ropa, nos meterán el dedo en el culo para toda la vida —respondió mi hermano.

Delante del colegio nos esperaban, cerraban el camino.

Me quitaron la cartera de las manos. Golpeé con el palo la cara del que tenía más cerca. Debía de tener unos ocho años, como yo. El rostro cubierto de sangre.

Yo pegaba. Mi hermano pegaba. Yo quería matar.

Cuando huyeron, recogimos nuestras cosas; nos fuimos a casa.

Dejé de criar insectos dorados. De cualquier modo, un año más tarde perdimos la casa, y el lugar apartado adónde fuimos a vivir no tenía tierra ni árboles. <<

[3] Bicho: forma popular e ilegal de quinielas. (*N. del t.*). <<

[4] Tira: en Brasil, Argentina y Uruguay, policía de civil. (*N. del t.*). <<

[5] Estado de Guanabara

Secretaría de Seguridad Pública

Instituto de Criminología

Departamento Técnico-Científico

Caso n.º 716/72

Informe del examen del lugar del homicidio

A los 20 (veinte) días del mes de setiembre del año mil novecientos setenta y dos, en el Estado de Guanabara y en el Instituto de Criminología de la Secretaría de Seguridad Pública, de acuerdo con el artículo 1 del Decreto Federal n.º 23 030 del 2 de agosto de 1933, art. 159, así como con el art. 178 del Decreto-Ley n.º 3689 del 3 de octubre de 1941, y el art. 249 del Reglamento aprobado por el Decreto n.º 37 008, del 8 de marzo de 1955, *ex vi* del Decreto n.º 40 047, del 27 de setiembre de 1956, el director Dr. José Enrique Fonseca designó a los peritos criminales Leonel Sebeck y Martín Bastos para proceder al examen del lugar del homicidio atendiendo la petición del Ilustrísimo Sr. Comisario de la Comisaría Policial 16.^a, y para describir con verdad y con todas sus circunstancias lo que encontrasen.

HISTORIA: A las once horas y veinticinco minutos del día 20 de setiembre del año mil novecientos setenta y dos, el Sr. Comisario de la Comisaría Policial 16.^a solicitó el examen pericial del lugar del homicidio que ocurrió en la playa de Barra da Tijuca. Dichos exámenes fueron, en consecuencia, realizados, y se relatan en los términos del presente informe.

LOS EXÁMENES, A) DEL LUGAR: El lugar está situado a doscientos metros de la calle. Es una zona desierta que solo es frecuentada los fines de semana. Sobre la arena se halló un bolso de lona *beige*, que contenía un peine, un cepillo de pelo, un frasco pequeño de perfume Empreinte, un carnet de identidad de Heloísa Wiedecker. No había marcas identificables en la arena, B) DEL CADÁVER: Era el de una mujer de piel blanca que parecía haber alcanzado, en vida, la edad de 20 (veinte) años. Vestía pantalón a rayas rojas y blancas y una blusa estampada con motivos florales de color, y llevaba al cuello un pañuelo de seda verde. Se encontraba en posición decúbito ventral, C) DE LAS HERIDAS: Por la simple inspección ocular, los firmantes no estaban en

condiciones de analizar las heridas, pues el cuerpo se encontraba ya en avanzado estado de putrefacción. Solamente en una sala de autopsias, y en un ambiente favorable para exámenes de esta naturaleza, sería posible la determinación y caracterización de las heridas; esta es la razón por la cual los peritos dejan la respuesta exclusivamente a cargo de los Sres. Médicos Forenses, que sin duda podrán formularla con mayor propiedad. D) DE OTROS ELEMENTOS: De los exámenes realizados surge también lo siguiente: 1. Que posiblemente el hecho ocurrió antes del día 18; el estado de putrefacción del cuerpo refuerza esta hipótesis; 2. Que la búsqueda de huellas dactiloscópicas no ha resultado fructífera, CONCLUSIÓN: Ante lo narrado en los capítulos anteriores, los peritos están de acuerdo en afirmar que, en el lugar mencionado, y objeto del presente informe, ha ocurrido una muerte violenta; que nada se puede decir acerca del arma o instrumento utilizado, ni de la dinámica del hecho, que solo se podrá determinar mediante la suma de este informe al de la autopsia y la ayuda de las demás investigaciones policiales, ACERCA DE LAS FOTOGRAFÍAS: Los peritos agregan un Anexo de 10 (diez) fotografías cuya nómina es la siguiente: Foto 1: el cadáver tal como fue encontrado; Foto 2: rostro del cadáver; Foto 3: complemento foto 1; Foto 4 y Foto 5: la playa, con una vivienda en el fondo; Foto 6: el bolso; Foto 7: la víctima, colocada en posición dorsal; Foto 8: complemento de la foto anterior; Foto 9: detalles fisionómicos de la víctima, evidentemente alterados por la putrefacción del cuerpo; Foto 10, complemento de la anterior. Sin otra novedad, cierro el presente informe, que ha sido redactado y mecanografiado por mí, el primer perito, y leído por el segundo, que firmamos de conformidad. Leonel Sebeck - Martín Bastos. <<

[6] Estado de Guanabara

Secretaría de Seguridad Pública

Departamento Técnico-Científico

Instituto Médico Legal

Protocolo 789 984

Autopsia

Director del IMI. Marcos Meireles

1.^{er} médico forense: Paulo Martins

2.^o médico forense: João E. Coutinho

Autoridad solicitante: 16.^a Comisaría Policial

Pedido n.º 50 del 20 de setiembre de mil novecientos setenta y dos. El director designó a los peritos arriba citados para que procedieran a examinar el cadáver de Heloísa Wiedecker, a fin de atender al pedido mencionado, y para describir, con verdad, todas las circunstancias que encontraren, descubrieren y observaren, así como para responder a las siguientes cuestiones: PRIMERO: si hubo muerte; SEGUNDO: cuál fue la causa de la muerte; TERCERO: cuál fue el instrumento o medio que produjo la muerte; CUARTO: si esta se debió a veneno, fuego, explosivo, asfixia o tortura, u otro medio insidioso y cruel (especificar). En consecuencia, los peritos pasaron a ejecutar el examen ordenado, así como las investigaciones que juzgaran necesarias; concluido esto, declararon:

En el servicio de Necropsia de este Instituto se dio entrada, a las 17 (diecisiete) horas y cuarenta y cinco minutos del día 20 de setiembre del año mil novecientos setenta y dos, a un cadáver acompañado por la gula n.º 50 de la 16.^a Comisaría Policial, firmada por el oficial Joaquín Araujo, en la que consta: Cadáver de Heloísa Wiedecker, hija de Otto Wiedecker y Cecilia Wiedecker, de sexo femenino, profesión quehaceres domésticos, veintiún años, blanca, brasileña, soltera, domiciliada en avenida Vieyra Souto, 322. La muerte ocurrió el día 18 de setiembre de mil novecientos setenta y dos, a consecuencia de un crimen ocurrido en las siguientes circunstancias: cuerpo encontrado en decúbito ventral, en la arena de la playa, INSPECCIÓN EXTERNA:

Se presenta a los peritos el cuerpo de una mujer de piel blanca, en estado de putrefacción; este cadáver mide ciento setenta centímetros de estatura y muestra una tonalidad verdosa en el tronco, cuello, cabeza, miembros superiores e inferiores, hasta la parte superior de las piernas, con presencia de flictenas de putrefacción; el cuero cabelludo, con implantación de pelo negro levemente ondulado, revela algunas lesiones contundentes: córneas opalescentes, tumefacción/enfisemación del rostro en párpados y labios; dientes en buen estado de conservación; el cuello muestra excoriación prolongada que se extiende hasta la mitad izquierda de la región subaracnoidea, no observándose surco debido a la tumefacción/enfisemación; en la parte inferior de la región maseteriana izquierda se observa una pequeña escoriación rojo oscuro; el examen de tórax y abdomen revela pequeñas excoriaciones en la parte más alta y externa de la región peritoneal izquierda y del hipocondrio izquierdo; los miembros superiores e inferiores no tienen movimientos anormales: se notan excoriaciones pardo-rojizas oscuras en la cara externa del brazo derecho, al nivel del codo, en la cara anterior de la rodilla izquierda, en la cara anterior del tercio medio de la pierna derecha al nivel del tobillo. Los órganos genitales externos no muestran lesiones violentas, y tampoco el dorso del cadáver. Se advierten granos de arena sobre la piel, los miembros y el torso, CAVIDAD CRANEAL: La cara profunda del cuero cabelludo se encuentra impregnada de sangre y presenta zonas de infiltración hemorrágica; el músculo temporal izquierdo está impregnado de hemoglobina; la bóveda craneal está íntegra; la duramáter está íntegra; el encéfalo está recubierto superficialmente por una sustancia rojiza, que se mezcla con el tejido encefálico y se presenta como una masa blanda y putrefacta de tonalidad verde grisácea hacia el interior; la base del cráneo está íntegra, CAVIDAD TORACOABDOMINAL-CUELLO: En la abertura de la cavidad peritoneal no se observa salida de líquidos; se perciben las ansas intestinales distendidas por gases; la musculatura de la parte anterior del tórax muestra zona de infiltración hemorrágica; se percibe fractura de los arcos costales tres a seis del lado derecho, y de tres a seis del izquierdo; el esternón muestra movimientos anormales en su parte media; las cavidades pleurales contienen sangre; los pulmones, cuya consistencia parece disminuida, revelan manchas subpleurales; y del lado derecho muestran rupturas y presentan una superficie de corte de color rojo brillante oscuro; el corazón se encuentra blando y no presenta manchas subepicárdicas, y al corte se revela embebido de hemoglobina; los riñones tienen tamaño normal, del lado derecho muestran infiltración perirrenal y al corte no revelan alteraciones aparte de

impregnación hemoglobínica; el hígado tiene tamaño normal con superficie de corte pardo-rojiza, impregnada de hemoglobina; el estómago tiene la mucosa impregnada de hemoglobina; los demás órganos de la cavidad abdominal están embebidos de hemoglobina. Los órganos del cuello presentan un proceso de impregnación hemoglobínica; no se observan fracturas de los elementos óseos cartilagosos; se percibe solución de continuidad, con infiltración hemorrágica, en la comisura labial derecha; la carótida no presenta alteraciones. Concluida la necropsia, responden a los interrogantes mencionados en la forma siguiente: AL PRIMERO, sí; AL SEGUNDO, contusión en la cabeza, con hemorragia subdural y contusión torácica, con fractura de costillas, ruptura del pulmón derecho y hemorragia interna; AL TERCERO, acción contundente; AL CUARTO, prejuzgado. Sin otra novedad, se cierra el presente auto que, leído y aceptado, firman los médicos forenses y firma el director. Paulo Martins. João Coutinho. <<

[7] Urubú: ave de rapiña negra, con la punta de las alas blanca, común en la parte norte de Sudamérica (y en su literatura). Se llama *gallinazo* en Perú, *guajolote* en México, *aura tinsa* en Cuba. (N. del T.). <<